

se

BOLSILIBROS

TERROR

Selección

TERROR

extra

**LA VISITA
DE LA MUERTE**

**Ronald
Mortimer**



Después fue la luz. Algo, un brillo, un resplandor hería sus ojos, aun a través de los cerrados párpados. Comenzó a despertar con esa doble sensación de molestia.

Y de inmediato la vio. Allí estaba la Muerte otra vez. Como la noche anterior, le hacía con sus manos señal de que se acercara a ella. No era un gesto imperioso, no había prisa en él, pero tal vez esa ausencia de nerviosismo, es decir de inseguridad, la hacía más impresionante. Significaba seguridad. Parecía decir: «Yo no tengo prisa, porque tú no tienes escapatoria».



Ronald Mortimer

La visita de la Muerte

Bolsilibros: Selección Terror extra - 21

ePub r1.0

Titivillus 18.12.17

Título original: *La visita de la Muerte*

Ronald Mortimer, 1983

Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Selección

TERROR *extra*



Capítulo primero

—SEÑORITA, ¿Dios existe?

—¡Pero qué pregunta, Maggie! Claro que Dios existe.

—¿Y por qué no lo vemos?

—Porque es invisible. No tiene cuerpo, como nosotros. Es un espíritu.

—Y la vida, ¿existe?

—Pero, Tommy, qué cosas dices. ¿Habéis estado viendo algo raro en la televisión?

—No, señorita. Yo sólo quiero saber si la vida existe.

—Mira, Tommy, desde el momento que tú, yo, Maggie y todo el resto de la clase estamos aquí hablando y moviéndonos es porque la vida existe, porque estamos vivos.

—Y la muerte, ¿existe?

—Claro que sí, Tommy. La muerte es el final, el cese de la vida.

—Como mi abuelita, que se murió el año pasado y mi mamá lloró mucho.

—Así es, Rita. Todos lloramos cuando mueren nuestros seres queridos. También yo lloré cuando murieron mi madre y mi padre.

—Señorita, ¿usted vio alguna vez a la muerte?

—Vi morir a mi padre, pero no vi la muerte.

—¿Por qué? ¿No fue la muerte a llevárselo?

—Tommy, la muerte no es una señora muy fea con una guadaña, como muchas veces se la representa en grabados y dibujos...

—¿Entonces es invisible, como Dios?

—Mirad, niños. Ya os he dicho que la muerte es el final de la vida. No hay una «señora» llamada muerte. Veis demasiada televisión y películas de terror y todas esas cosas que vuestros padres no deberían permitir os ver.

Media hora más tarde las maestras aprovecharon un recreo para

beber una taza de té en la sala de profesores. Eleanor Humbler, rubia y guapa, aunque con su expresión siempre algo seria, pese a contar sólo con 25 años, formaba parte del grupo.

—¿Sabes qué me preguntaron hoy los niños? —Se dirigió al simpático Leonard Johnson. Además de simpático, Leonard era guapo, cosa que Eleanor no ignoraba.

—Supongo que te habrán preguntado si estabas a favor de las relaciones sexuales pre...

—¿Prematrimoniales?

—No seas decimonónica. Prepuberales.

Eleanor se echó a reír, poniendo en peligro el contenido de la taza que sostenía en su mano.

—No exageres...

—¿Que exagero? Eso me lo preguntaron a mí... no empleando el término «prepuberales», claro, sino «antes de los trece años», hace poco más de una semana.

—No, lo que a mí me preguntaron fue si había visto a la muerte.

—¿Con mayúscula?

Eleanor, que había vuelto a su seriedad habitual y bebía un sorbo de té, no entendió la ironía.

—¿Cómo dices?

—Nada. Era o intentaba ser una broma. Te preguntaba si tus necrófilos alumnitos se referían a la muerte con minúscula o con mayúscula.

—¿Es que hay dos clases de muerte?

Leonard hizo un gesto como para alejar muertes, fueran mayúsculas o minúsculas.

—Olvídalo —dijo—, era una modesta forma de demostrar mi supuesta erudición literaria.

Eleanor terminó de beber su té y, dejando la taza sobre una bandeja, comenzó a alejarse en dirección a la puerta.

—El timbre estará a punto de sonar —dijo, a guisa de despedida—. Me voy a la clase.

—¿Qué hay de un paseo por los Kew Gardens a la salida? —propuso Leonard guiñando un ojo.

—Los Kew Gardens —simuló admirarse ella—. ¿Eso también es para demostrar erudición?

—En todo caso, se tratará de erudición botánica —rió él.

—Hablares a la salida —se despidió Eleanor, aunque sabía que aceptaría la invitación. No porque Leonard, primer «don Juan» del grupo escolar, le gustaba especialmente, sino porque su compañía era agradable, porque siempre se estaba una riendo con él y porque, lo último y lo más importante, era mucho mejor pasear con un chico que estar sola en casa.

—Te veo hoy más seria que de costumbre; lo que ya es mucho decir.

Eleanor y Leonard habían paseado por los jardines mientras duró la luz natural y ahora, ya anochecido, bebían unos combinados en una elegante cafetería próxima a Oxford Street.

Ante la observación del muchacho, ella sonrió y, con gesto maquinal, se arregló el pelo que, corto o largo según las modas y las estaciones, era uno de sus pocos motivos de orgullo. Porque, pese a ser muy guapa, se consideraba fea y carente de atractivos en lo que a deslumbrar a los chicos se refería.

—Verás —comenzó tímidamente—. Lo que dijo ese chico me dejó mal.

—¿Lo que dijo qué chico?

—Tommy Berstain. El que me preguntó si yo había visto alguna vez a la muerte.

Leonard sonrió afectuosamente.

—Eleanor —comenzó en tono amable—, a otra le diría que se dejara de tonterías, pero yo sé que tú sufriste mucho con la muerte de tu padre, hace tan sólo seis meses.

—Ocho meses. Sí, desde luego que sufrí porque quería mucho a mi padre, pero también por la forma en que murió. Estábamos tranquilamente hablando en la sala, después de cenar; de pronto, me dijo que tenía un terrible dolor de cabeza y en el pecho, que le trajera una aspirina, y, cuando regresé con ella, estaba muerto.

Hubo un instante de silencio que los dos consumieron en encender sendos cigarrillos y después dijo Leonard:

—Comprendo lo que habrás sufrido, pero desgraciadamente esas cosas pasan. El corazón suele dar esos disgustos. También mi padre sufrió un infarto y murió a consecuencia de él, aunque hubo tiempo de ingresarlo en una clínica.

—No acaban ahí mis experiencias con la muerte —dijo de pronto Eleanor con voz ronca, lo que hizo a su compañero mirarla

con sorpresa.

—¿Te refieres a tu madre? —preguntó.

—Sí, a ella me refiero. Todos saben que murió cuando yo era niña, pero no que murió a consecuencia de un choque y que yo era la única persona que iba con ella.

Leonard lanzó una mirada a la chica, entre la compasión y el respeto.

—Pobre Eleanor —dijo—. Ahora comprendo por qué se te ve siempre tan seria. —Como era habitual en él, se animó de inmediato—. Tú necesitas más compañía del viejo y sabio Leonard —rió, palmeándole cariñosamente una mano—. Tengo un sistema que he patentado y que llamo «Alégrateyamismo».

—Comienza a aplicarlo —dijo ella, intentando sonreír.

—No aquí —señaló el concurrido local con un amplio movimiento de su brazo—, es imposible. La aplicación se realiza en mi casa. La soledad absoluta de dos es imprescindible —simuló mirar su reloj—. Si fuéramos ahora mismo, te garantizo que mañana a primera hora te levantarías de la cama... digo saldrías de mi casa pletórica de alegría y seguridad en ti misma.

El sistema no debía ser tan malo porque, sin moverse del lugar, Eleanor rió francamente.

—Leo —dijo—, eres un peligro público.

Él puso cara de contricción.

—Lo siento —dijo, golpeándose el pecho—. Una vez más me he dejado llevar por mis perversiones. Es que también tú estás tan buena...

Siguió riendo Eleanor y la conversación discurrió por cauces de amable intrascendencia.

Cinco minutos después de llegar al pequeño apartamento al que se trasladara después de la muerte de su padre, sonó con insistencia el timbre del portero eléctrico. Sorprendida, porque no solía recibir visitas y menos a las nueve y media de la noche, Eleanor descolgó el telefonillo.

—¿Sí?

—Eleanor, soy Albert.

—Sube.

Oprimió el botón que abría la puerta y abrió la del apartamento sin que en ningún momento un gesto de disgusto se borrara de su

cara. Una visita de Albert sólo podía significar un pedido de dinero. Ése era el único motivo que podía impulsar a su único hermano a visitarla.

—¡Hola! ¿Sorprendida de verme?

Allí estaba él, alto y guapo, como siempre. Con treinta y dos años y todo el encanto de los Ashton-Miller, la aristocrática familia de su madre, de la que ella, según su propia opinión, sólo heredaría el pelo. «Yo salí a los Humbler», pero eso también tenía sus ventajas. Tantas que su padre, no bien ella cumpliera la mayoría de edad, la nombró heredera única.

Se besaron por rutina y también por rutina ella le preguntó si quería un *whisky*. Una pregunta inútil, porque la respuesta fue sí, como no podía ser de otra manera. Sin embargo, Albert no era un alcohólico. O, en todo caso, el alcoholismo era sólo uno de sus defectos.

—¿Cómo anda el colegio?

Era una forma de empezar una conversación que fatalmente llevaría a un pedido de dinero tan vulgar, que Eleanor se sintió de pronto hastiada de aceptar su parte en la comedia.

—¿Cuánto quieres? —preguntó abruptamente a su hermano, que se la quedó mirando.

—Eh, chica... Las cosas no se largan así...

—Albert, he trabajado todo el día. Acabo de llegar y aún no he probado bocado. Tengo deseos de una ducha, un bocadillo y dormir.

—Tú nunca has tenido sentido de familia. Tu hermano, tu único sostén en el mundo...

Ella negó con la cabeza.

—Al revés —corrigió—. Yo soy tu único sostén en el mundo.

Él simuló indignarse y hasta dejó su vaso, aún mediado de *whisky*, sobre una mesa baja, junto al sillón en el que estaba sentado.

—¡No piensas más que en el dinero, Eleanor! —chilló—. ¡Eso no es bueno para una chica! Yo no me refería al vil metal cuando hablaba de «sostén», me refería al aspecto espiritual, efectivo, fraterno de la cuestión.

—Al, ya te he dicho que estoy cansada.

—Pues ve a ducharte y yo prepararé los más exquisitos

bocadillos que jamás hayas probado en tu vida. Siempre que en tu nevera tengas algo más que libras esterlinas, claro...

Porque estaba demasiado cansada para discutir, Eleanor hizo lo que su hermano le sugería. Cuando regresó al salón, Albert había dispuesto toda una cena fría. Bocadillos de varios tipos, canapés, trozos de tarta, cerveza, *whisky*, café y coñac.

—Esto parece una fiesta —no pudo menos que decir Eleanor. Y tampoco pudo evitar sonreír mientras lo decía.

—Es una fiesta —aclaró él.

—No veo el motivo...

Albert fue hasta ella y la besó ruidosamente en ambas mejillas.

—¿Puede haber motivo mejor para una fiesta que el encuentro de dos hermanos que se aman? —Fantaseó.

Eleanor se rió y, ocupando un sillón, hizo honor a las exquisiteces que Al preparara.

Siempre ocurría así; por grande que fuera la barbaridad que él hubiese cometido, ella acababa rindiéndose a su encanto. «O tal vez sea lo que se ha dado en llamar la *sangre*», trató de convencerse a sí misma.

—¿Cuánto quieres esta vez? —volvió a preguntar Eleanor, ya con la taza de café en la mano.

—Hermana, tú no tienes sentimientos.

—Me pregunto si alguna vez nos veríamos, de no ser yo la que administra el dinero.

Él se alzó indignado en su asiento y hasta parecía sincero.

—¡Eso no lo digas ni en broma! Si papá no hubiese hecho de ti su preferida, cosa que le disculpo porque eres encantadora, y fuese yo quien administra los dineros familiares, tú vivirías en un palacio rodeada de sirvientas y los más exquisitos manjares...

—Engordaría demasiado. ¿Cuánto, Al?

—Mil...

Ella dio un respingo.

—¿Mil libras? ¿Estás loco?

—Ahora, no; pero debí estarlo cuando me lié con esa golfa de...

—Sabes muy bien que no puedo darte mil libras. Ni remotamente tengo esa cifra en el banco. Tendría que vender una cantidad de acciones... No, Al, eso es imposible.

Él sostenía una visible lucha entre la furia y la necesidad de

guardar las formas. De momento, venció esta última.

—Ellie —así la llamaban sus padres y Al cuando era pequeña. Ella fue consciente de que emplear el diminutivo cariñoso en esos instantes no era más que un intento de golpe bajo—, estoy metido en un lío.

—¿Cuándo no lo estás?

—Éste es muy gordo...

—Siempre lo son.

Al unió sus manos y las adelantó hacia Eleanor en gesto de súplica.

—Hermanita, si no me salvas esta vez, será la última que nos veamos.

—¿No volverás a pedirme dinero?

Él no pudo menos que reír.

—¡Idiota! —rugió—. ¡Lo que estoy tratando de decirte es que no me volverás a ver porque me matarán!

—De nuevo tus corredores de apuestas. El caballo que tenía que ganar...

—No se trata de un caballo, sino de un marido.

Eleanor la miró, intentando saber si Al hablaba en serio, cosa casi imposible.

—¿Qué quieres decir? —tanteó—. ¿Que el marido te exige mil libras para olvidarse de lo que hiciste con su mujer? Un poco asqueroso lo encuentro...

—La cosa es aún más complicada, hermanita. El marido es negro y la esposa es negra y ahora está embarazada, ¿te imaginas si el chico llega a salir blanco?

Ella se le quedó mirando. Aunque los ojos de Al solían estar relacionados con su estúpida pasión por el juego —todos los juegos—, también los tenía con mujeres. Solteras, casadas, viudas y divorciadas. Alguna vez Eleanor había tenido que darle dinero para realizar alguna imprescindible «escapada» al continente, pero esto era demasiado.

—¡Yo no te voy a dar dinero para...!

Entonces él se echó a reír.

—Ellie, tu ingenuidad es conmovedora. Si el problema fuera el de la negra que podría tener el hijo blanco, el pedido nunca alcanzada las mil libras. —De pronto se puso serio—. Es lo que tú

imaginas, hermanita. Malditas, desgraciadas deudas de juego. Y tengo que pagarlas porque ya no me esperan más.

—¡Pero cómo puedes ser tan idiota, Al! ¡Tirar tu dinero... *nuestro* dinero a las patas de un caballo!

—O a las manos de un jugador de cartas, da lo mismo. —La paciencia y hasta el encanto se le estaban acabando—. Eleanor, necesito ese dinero. No sé si habrá que vender acciones para que lo reúnas, pero reúnelo y de inmediato. Lo necesito pasado mañana.

También a ella se le había acabado la paciencia y el efecto que el encanto de Al ejercía.

—No voy a darte mil libras. Te daré, y es una barbaridad, trescientas.

—¡Imposible, necesito las mil!

—Dirás a tus acreedores que tengan paciencia. Te daré trescientas ahora y cien todos los meses. Aparte de tu asignación, claro. —Se puso de pie—. ¡Y quede claro que no volverás a sacarme un penique para tus malditos apostadores!

Él también se incorporó.

—Pero, Ellen, realmente necesito esas mil libras...

—Las tendrás, pero en la forma que te he dicho.

Albert pareció dispuesto a discutir o tal vez a algo peor. Una arteria que comenzó a latir en su sien fue para Eleanor signo conocido e inequívoco de su estado; instintivamente, retrocedió un paso. Pero él logró controlarse.

—Está bien —dijo—. Dame el cheque por las trescientas. Ya veré cómo me las arreglo por el resto.

Eleanor redactó el talón y lo entregó a su hermano que, un segundo después, abandonaba el apartamento. No hubo besos en la despedida.

Esa noche Eleanor durmió mal y tuvo pesadillas, lo que hizo que estuviera de mal humor durante toda la jornada escolar. Habló lo menos posible con sus compañeros y rechazó una invitación de Leonard para ver una película, «y algo más».

—Pero, Eleanor, la película puede que sea mala, pero ese «algo más» es de los que no se olvidan.

—No lo dudo —concedió—. Pero hoy no estoy en forma.

—Yo te pondré en forma de inmediato. Es mi especialidad. Hundidos en la tenebrosa oscuridad del cine pondré mi mano

pecadora en tu rodilla impoluta...

—¿Cómo sabes que mi rodilla es impoluta?

—Bueno, supongo que te habrás lavado...

Pero de nada valieron las insistencias de Leonard. Eleanor se fue a su casa.

Ya en ella, recurrió a la ducha de sus depresiones, pero, esta vez el remedio no resultó eficaz. Se sentía deprimida sin saber bien por qué. Cubierta sólo con una bata, comió un par de bocados en la cocina, bebió un vaso de leche y se sentó ante el televisor. No había mucho para elegir una película del Oeste que ya viera por lo menos un par de veces y un señor presumiblemente gracioso, pero en realidad hortera. Apagó el televisor.

Pensó en tomar un sedante, pero decidió que la novela policíaca que había comenzado varios días antes sería más natural y ejercería el mismo efecto. Acostada, comenzó a leer. Tal como lo previera, en pocos minutos sus ojos se cerraron y el libro cayó al suelo, con ruido suficiente para despertarla. Lo levantó, apagó la luz de la lámpara sobre la mesilla de noche y se quedó dormida.

Estaba fatigada, pero también nerviosa, por lo que sus sueños fueron intensos y más incoherentes de lo mucho que suelen serlo. Comenzó viéndose a sí misma en una clase compuesta por vegetarianos que hablaban de comer carne cruda y de inmediato pasó a bailar con su hermano, a quien llamaba Leonard y se burlaba de él porque creía que los negros eran blancos muy sucios. El hermano Leonard le tapó la boca para que no siguiera diciendo tonterías y, sintiéndose ahogada, despertó.

De inmediato comprendió que se había dormido boca abajo y la presión de la almohada sobre su nariz y boca era lo que produjera el principio de asfixia. Dándose vuelta, se dispuso a seguir durmiendo, pero entonces una especie de brillo en la habitación, que hería su retina a través de sus cerrados ojos, la obligó a abrirlos.

A los pies de la cama, rodeada de un halo de luz y contemplándola con expresión siniestra, estaba la Muerte.

Capítulo II

EN un primer instante, Eleanor no sintió miedo porque se convenció de que seguía dormida y con sus absurdos sueños de minutos antes. Pero muy pronto salió de su error. No estaba dormida, sino bien despierta. Y la Muerte, una figura cadavérica cubierta por un manto que le caía hasta el suelo y rodeada por un extraño halo, pero sin guadaña, estaba allí, a los pies de su cama. Y, con sus dedos que sólo eran huesos, le hacía señales de que se fuera con ella.

Cuando se convenció de que estaba despierta, Eleanor quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta. Sus ojos, inmunes a la acción de músculos y párpados, estaban abiertos y fijos en la horripilante figura, que no dejaba de invitarla con sus descarnados dedos a que dejara la tibieza del lecho y se fuera con ella hacia los reinos más fríos y misteriosos de lo desconocido.

Siguió sin poder gritar, pero consiguió cerrar sus ojos. Temblaba todo su cuerpo, como poseída por la fiebre y hasta sintió castañear sus dientes. Eso hizo que, en forma totalmente mecánica, sus ojos se abrieran. La Muerte ya no estaba allí.

Hubo unos segundos en que la mente no admitió —bloqueada por el terror— el mensaje que los ojos le enviaban, pero finalmente la realidad se impuso. Nadie, excepto ella misma, estaba en la habitación.

Pasó un par de minutos controlando su corazón, sus nervios y su respiración; después, calzándose las pantuflas que estaban junto al lecho, se dirigió al cuarto de baño y del armario extrajo el frasco de «Valium» que no le faltaba desde la muerte de su padre y se tragó una tableta, acompañándola con un poco de agua del lavabo, que vertió en su ahuecada mano.

Curiosamente, y aunque el sedante aún no podía haber iniciado su tranquilizador efecto, el miedo había pasado. Pensó en fumar un cigarrillo en el salón y considerar el extraño hecho, pero estaba tan

tranquila que decidió volver a la cama y dormir sin más.

Cuando el despertador la arrancó de un bello jardín donde jugaba con su madre y su hermano, mientras su padre leía el periódico, se sentía en plena forma. Sólo cuando conducía su Austin en dirección al colegio se permitió pensar en la extraña aparición nocturna.

«Una alucinación, qué duda cabe». De eso tenía duda, pero le sorprendía la sensación de realidad que viviera en esos horribles minutos —¿o sólo habían sido segundos?— y el mismo hecho de que eso ocurriera.

«¿Por qué inventarme una aparición de la Muerte y por qué anoche?», intentaba determinar su mente lógica.

Aparcaba el coche en el lugar reservado para los profesores y casi siempre invadido por los ciclomotores de los alumnos, cuando vio al pequeño Tommy Berstain, y ello le hizo recordar aquella pregunta: «¿Usted vio alguna vez a la Muerte?». Reía mientras echaba llave a la puerta del coche. Allí estaba la explicación del «misterio»: la inocente pregunta del niño, sumada a los nervios de la entrevista con su hermano y a sus propios y sempiternos fantasmas, era la explicación de todo.

«Debí haber tomado el “Valium” antes de irme a dormir», pensó. Y el pensamiento puso final al problema.

Aceptó esa tarde salir con Leonard, e incluso cenaron juntos, aunque la cena se redujo a huevos revueltos con bacón y salchichas, todo regado con excelente cerveza «Guinness», pero sin postre.

—El sueldo de un profesor no da para postre —explicó el muchacho.

—Pero el sueldo de *dos* profesores tal vez sí dé para postre.

Él alzó sus manos en gesto de categórico y definitivo rechazo.

—Si algo le queda a Britania de su imperio, son sus caballeros —recitó, concluyendo—: A una mujer le permito todo, menos que me pague.

—No se trata de que «te» pague, sino de que pague mi parte. Es decir que «me» pague.

—Si lo que pretendes es ofenderme, ya lo has conseguido.

Por una fracción de segundo, Eleanor miró a su compañero sorprendida, pero de inmediato comprendió que el otro le estaba tomando el pelo.

—Leo, quiero comerme un trozo de esa tarta de fresas —señaló con su índice el lugar del mostrador, donde luda esplendorosa la susodicha tarta—, y voy a comérmela.

—Nadie te impide comerla, pero lo que no permitiré es que insinúes la posibilidad de pagarme un trozo a mí, porque no lo permitiré.

Lo permitió.

—Oye, estaba deliciosa.

—¿Tu honor te permitiría comer otro trozo?

—Ya no tengo honor. Lo perdí al comer el primero.

Por lo que no hubo inconveniente en que se comiera el segundo.

Cuando Eleanor abrió su cartera para pagar, los ojos de Leonard se encandilaron ante la cantidad de billetes que en ella vio.

—Oye, Eleanor —comentó con aire despreocupado, cuando ya estaban en la calle, húmeda por una fina lluvia que acababa de caer —, todo ese dinero que he visto en tu cartera no se gana trabajando honradamente como profesora de primeras o segundas, o aun terceras letras, ¿es que tienes una doble vida? ¿Algo deshonesto, relacionado con el sexo, quizá?

Ponía cara de obseso sexual mientras lo decía, por lo que la chica estalló en una carcajada.

—Realmente, contigo no se puede estar triste —dijo.

—¿Y por qué habría que estar triste?

Ella prefirió encogerse de hombros a dar una respuesta más explícita.

—Bueno, hasta mañana —dijo Eleanor, cuando llegaron frente al portal de su casa.

—¿No me invitas a tomar la penúltima copa, como dicen los americanos?

—No, no te invito.

—¿Acaso me temes?

—Sí.

Abrió la puerta con su llavín.

—Eleanor, no puedes dejarme aquí, expuesto a los peligros de la noche...

—Hasta mañana —repitió ella y, tras cerrar la encristalada puerta tras de sí, hizo un burlón gesto de despedida a su falsamente apesadumbrado compañero.

Mientras el ascensor la llevaba hasta su piso se estaba preguntando a sí misma por qué no había dejado que Leonard subiera. «Aún no...». Le gustaba, to pasaba bien con él, pero de ahí al amor... «¿O es que no se necesita amor para hacer el amor?». Ella seguía creyendo que sí.

Frente al armario del cuarto de baño dudó, pero finalmente se decidió por el «Valium». «No produce acostumbramiento», le había asegurado el médico al recetárselo por primera vez, pero ella dudaba de tal afirmación. Se tragó la pastilla, pero esta vez con un vaso de leche. En la cama, la novela policíaca adelantó su efecto al del sedante.

Primero fue una sensación de frío. Envuelta en las brumas del sueño, se preguntó si habría dejado la ventana del dormitorio abierta, pero eso era impensable en Londres y en el mes de marzo.

Después fue la luz. Algo, un brillo, un resplandor hería sus ojos, aun a través de los cerrados párpados. Comenzó a despertar con esa doble sensación de molestia.

No estaba del todo despierta. El «Valium» y la fatiga todavía obnubilaban su mente, bloqueando el recuerdo y con él, el posible temor. Por eso abrió los ojos confiadamente.

Y de inmediato la vio. Allí estaba la Muerte otra vez. Como la noche anterior, le hacía con sus manos señal de que se acercara a ella. No era un gesto imperioso, no había prisa en él, pero tal vez esa ausencia de nerviosismo, es decir de inseguridad, la hacía más impresionante. Significaba seguridad. Parecía decir: «Yo no tengo prisa, porque tú no tienes escapatoria».

Durante unos instantes, Eleanor quedó paralizada de terror. Temía que la horrible figura se acercara a ella, que la abrazara con sus miembros que no eran más que huesos y que se la llevara. ¿Adónde?

—¡Nooo! —el grito salió espontáneamente de su reseca garganta. Era una negativa a aceptar esa invitación que la Muerte le hacía, pero era también un desesperado intento de negar lo que sus ojos le mostraban.

«No» a morir, pero también «no» a esa horrible figura. «No está allí, no existe. Es sólo fruto de mi imaginación».

Entonces la Muerte hizo algo horrible. En realidad, no horrible en sí mismo, pero sí para la aterrada espectadora: la Muerte se echó

a reír. Los maxilares sin dientes se abrían y cerraban, y las cuencas vacías de sus ojos parecían lanzar destellos que se confundían con el aura luminosa que rodeaba toda la figura.

Esa risa o lo que fuera aterrizó a la chica como ni la misma aparición lo hiciera. Era una demostración de poderío, de triunfo. Era, también, la respuesta de la Muerte a los intentos de su mente por negar su existencia.

«Me río, luego existo», parecía decir ese Descartes de los abismos infernales.

Eleanor, de nuevo paralizada por el terror, contemplaba fascinada la figura, temiendo que avanzara hacia ella. Pero ese terror sólo duró unos pocos segundos, porque funcionaron los mecanismos de defensa de su mente y la chica se hundió en la inconsciencia.

Cuando volvió en sí era de noche. El cuarto estaba totalmente a oscuras, sin auras luminosas encerrando figuras cadavéricas. Con mano temblorosa, encendió la lámpara de la mesilla de noche. Durante largos minutos permaneció inmóvil. Tenía miedo de levantarse, ir al baño y encontrarse allí a la Muerte; o en el salón; o en la cocina. Tenía miedo hasta de moverse.

Tenía miedo.

Además de compañera desde hacía cinco años, Jane Webster era su amiga. No bien llegar al colegio, Eleanor pensó en confiarse en ella, relatándole sus terrores nocturnos. Estuvo a punto de hacerlo, pero no lo hizo. Jane era una muchacha apacible y con una vida que parecía trazada con regla y compás. Había completado sus estudios de magisterio en el plazo previsto, con notas que no eran ni matrículas ni suspensos; se había casado a los veintitrés años con Wilfred Mannor, un ejecutivo intermedio de una empresa importante, tenía dos hijos, y vivía en una bonita casa con jardín en Wimbledon, en una urbanización para ejecutivos intermedios. ¿Cómo ir a decir a Jane que por dos noches consecutivas la había visitado *la Muerte*?

Durante toda la mañana estuvo nerviosa y cometió numerosos errores al dar sus clases, al punto que sus pequeños alumnos la miraban entre sorprendidos y asustados. Casi al terminar la última clase de la mañana, regañó exageradamente a Jenny Wilbur porque había perdido su bolígrafo. Cuando la niña hizo un gesto que

seguramente era de miedo, pero que Eleanor interpretó como de desafío, levantó su mano para pegarle. Logró contenerse a tiempo, pero el gesto fue interpretado correctamente por todos los niños que, a partir de ese momento, se sintieron realmente asustados.

Comía sola con su bandeja de autoservicio en el comedor del colegio, cuando Leonard se acercó a ella con su aspecto despreocupado y feliz de siempre.

—Diógenes llevaba una linterna para encontrar un hombre y yo llevo una bandeja para encontrar una mujer —explicó, agregando, mientras se sentaba frente a la chica—: Y ya la he encontrado.

Ella le miró esperanzada. Leonard la comprendía. Se confiaría a él y el muchacho, con su optimismo y su alegría, la libraría de sus ridículos temores. «Porque *tienen* que ser ridículos». Lo miró sonriente.

—Bien venido —le dijo.

—¿Eso quiere decir que vas a acostarte conmigo? —Fue la respuesta inmediata del recién llegado.

—¡Animal! —rió ella. Se sentía confortada y feliz. Leonard disiparía las brumas del mal sueño.

Salieron juntos del grupo escolar, una vez terminadas las tareas vespertinas, y se encaminaron a los próximos Kew Gardens. Caía una fina llovizna y hacía algo de frío, por lo que los caminos estaban desiertos. Eleanor se decidió a hablar.

—Tengo... —comenzó, arropándose en su abrigo y Leonard, confundido por el gesto, interpretó mal el comienzo de la frase, interrumpiéndola.

—Sí, yo también tengo frío. Vamos a sentarnos a algún cálido lugar.

Fueron a un *pub* situado frente mismo a una de las salidas del parque. El lugar estaba casi vacío, porque aún era pronto para los parroquianos. No tuvieron que buscar mucho para encontrar una mesa apartada.

—Leo, quiero decirte algo —comenzó Eleanor, tras beber unos sorbos de su té y encender un cigarrillo.

—Que me amas.

—Estoy hablando en serio, Leo.

—¡Y yo!

Eleanor le concedió una sonrisa y volvió a su gesto adusto y su

ceño fruncido.

—Tengo un problema.

Ahora sí él la tomó en serio.

—Dime qué te ocurre, Eleanor. Sabes que aquí está el viejo Leo para hacer frente a lo que sea.

—Gracias. Porque lo sé es que recurro a ti. Leo, ¿tú crees en la Muerte?

Él, que estaba mirándola muy serio, siguió así durante unos segundos y después se distendió en una sonrisa.

—¿Me vas a hablar de las preguntas de tus alumnos?

A ella le fastidió el malentendido.

—No, no. Olvídate de mis alumnos. Te estoy preguntando si tú crees que puede existir la Muerte como... Bueno, iba a decir como una persona, lo que es un absurdo, pero...

—¿Quieres decir el esqueleto cubierto por un manto y con una guadaña en la mano? —preguntó él con su cara llena de burla.

De pronto ella hizo un descubrimiento a la vez definitivo y terrible: Leonard era un compañero ideal para divertirse, pero no era el hombre que ella necesitaba. No era *el hombre*. Bueno para una fiesta, para veinte salidas y puede que para varias camas, pero no para unirse a él de por vida.

Ni siquiera para confiarse a él con el problema que comenzaba a angustiarla. No la entendería. Hasta puede que se riera de ella.

—Estuve leyendo a Schopenhauer —se evadió—. Él, y Holderlin y todos éstos hablan de la muerte como de algo casi visible.

Leonard la miró burlón.

—¿Y quién te manda leer a esos pesados? —dijo.

El primer pensamiento de Eleanor, tras dejar a Leonard, fue pasar la noche en un hotel, pero rechazó de inmediato la idea. Por una parte, era una cobardía inaceptable; por otra, de nada le valdría hacerlo. Esa imagen de la Muerte, Eleanor pese a su miedo estaba convencida de ello, no podía ser otra cosa que una creación de su mente. Por lo tanto, igual se presentaría en la habitación de un hotel que lo hacía en su dormitorio.

Consciente de que retardaba el momento de ir a su casa, cenó frugalmente en un *snack* y estuvo a punto de meterse en un cine, pero juzgó que la televisión sería suficiente para sus propósitos de retrasar todo lo posible el momento de ir a la cama. Tuvo suerte

porque la película era aceptablemente buena y no excesivamente vieja. Después se preparó un café bien fuerte y se sentó a leer en el mismo sillón desde el que viera la película. Esta vez desechó la aburrida novela policíaca y se decidió por Graham Greene. Era la mejor garantía de que no iba a dormirse.

Sin embargo lo hizo en algún momento, porque no se puede despertar sin haber dormido antes.

Abrió los ojos sobresaltados y allí, en el salón, bien iluminada por la luz de la lámpara de pie, que no había apagado al dormirse imprevistamente, estaba la Muerte.

Ahora no la separaba de ella la distancia de la cama, sino apenas poco más de un metro. «Si alarga sus manos me tocará», pensó ella y un escalofrío recorrió su cuerpo. Sentía miedo, pero también repugnancia.

—¡No me toques! —gritó, desde lo más profundo de su irracional terror.

Casi sabía lo que iba a suceder y, efectivamente, eso fue lo que sucedió: la Muerte, como lo hiciera la noche anterior, se echó a reír. Y su risa era horrible. Rió y siguió riendo sin avanzar hacia ella, pero sin retroceder. De pronto cesó su risa y volvió a su gesto de invitación.

Eleanor se aplastaba contra el respaldo del sillón, en inconsciente e inútil gesto por aumentar la distancia que la separaba de la espectral aparición.

Y la Muerte, como siempre, no parecía tener prisa. «Tiene todo el tiempo del mundo», pensó la chica y eso aumentó su terror, como la noche anterior lo aumentara la calma del espectro.

«Sabe que no tengo escapatoria, que estoy en sus manos».

—¿Qué quieres de mí? —se atrevió a decir en voz alta.

Y la Muerte respondió acentuando el gesto de invitación y separando sus maxilares en lo que querría ser una sonrisa, pero resultaba una mueca aterradora.

Pero esta vez hizo más.

Muy lentamente, tan lentamente que en el primer momento Eleanor no pudo advertirlo, comenzó a acercarse hacia ella.

No se veía movimiento en sus fémures y tibias, apenas cubiertos por el manto que era negro, aunque el aura que lo envolvía le daba tonalidades doradas; no se veía el movimiento, pero avanzaba.

El terror de Eleanor aumentaba hasta la exasperación. Muy pronto fueron centímetros los que separaban las piernas de la Muerte de sus propias piernas. Aplastando su nuca contra el respaldo del sillón, ella miraba hipnotizada esas cuencas vacías que, pese a estarlo, parecían mirarla y mirarla burlonamente.

Entonces comenzaron a actuar las manos sin piel ni músculos.

También muy lentamente, se adelantaron hacia su cuerpo.

—¡Vete! ¡Por el amor de Dios, vete!

Las manos seguían avanzando en dirección de sus hombros.

Maquinalmente, tal vez por el recuerdo infantil de las películas de Drácula, hizo la señal de la cruz. Pero las manos siguieron avanzando.

Aún su torturada mente comprendió que la Muerte no tenía por qué temer a la cruz. «No hay salvación».

Las manos seguían avanzando. Ya casi tocaban sus hombros... «Va a llevarme con ella».

—¡Nooo...! —profirió Eleanor y perdió el conocimiento.

Capítulo III

COMENZABA a filtrarse la luz del amanecer cuando Eleanor volvió en sí. Tenía sus miembros entumecidos hasta casi estar paralizada y le costó un gran esfuerzo distender sus contraídos músculos y, tras varios intentos, ponerse de pie.

Marchó al cuarto de baño, llenó la bañera con agua templada y, tras desnudarse, se introdujo en las aguas. Necesitaba pensar. Y rápido, porque tenía que tomar una decisión antes de la noche. No se atrevía a pasar otra noche como las que acababa de vivir. «Enloqueceré si ese horror vuelve a repetirse».

Muy pronto se convenció —en realidad, siempre lo había estado — de la imperiosa necesidad de confiarse a alguien. Desechados Jane y Leonard, no le quedaban amigos suficientemente íntimos como para recurrir a ellos en tal emergencia. «Está Al».

Pero no. No podía confiar en su hermano. En primer lugar, no era fácil encontrarlo. Igual podía estar jugándose el dinero en Montecarlo, que pasándolo muy bien con una amiguita en Ibiza. Y, de todos modos, su negativa a entregarle de forma inmediata las mil libras que le solicitara no la ponían en buena posición como para recurrir a él diciéndole: «Hermanito, no te doy el dinero que me pides, pero quiero que me ayudes para que la Muerte no vuelva a molestarme».

En realidad, no era fácil ir con esa historia a nadie. «Me van a tomar por loca, indudablemente».

Loca... ¡Un psiquiatra! ¿Cómo no lo había pensado antes? Un psiquiatra era lo que ella necesitaba. Maquinalmente se apoyó en el borde de la bañera, como disponiéndose a salir de inmediato en busca del psiquiatra que era la lógica, la obvia solución de su problema.

Pero volvió a dejarse cubrir por las cálidas aguas. En primer lugar, aún no era totalmente de día y, lo más importante, ella no

conocía a ningún psiquiatra. No era cuestión de ir a las páginas amarillas de la guía...

«¿Quién podría recomendarme...?». Recordó que Alfred Wilcox, profesor de literatura, había estado un par de años antes sometido a tratamiento psiquiátrico, a causa de una grave depresión. Pero ella no tenía con Wilcox más que la relación de compañeros que se saludan cuando se cruzan en un corredor.

Walter Dillon...

¡Claro que sí! Walter Dillon, el abogado de la familia e íntimo amigo de su padre. El hombre que tenía una solución para todo y que la quería como a una hija, él encontraría el psiquiatra mejor de Londres y resolvería el problema.

Sintiéndose animada y viendo que los primeros rayos de un pálido sol matinal se colaban por la ventana del baño, dejó la bañera. Era hora de reconfortarse físicamente con un buen desayuno y después ir a ver a Walter Dillon, el hombre que resolvería su problema.

—¡Mi pobre Ellie, debiste haber venido antes a verme!

—He venido en cuanto el asunto realmente comenzó a preocuparme.

Estaban sentados frente a frente en sendos sillones, que ocupaban un ángulo del amplio y lujosamente decorado despacho del abogado. A sus sesenta años, Dillon podía considerarse un triunfador dentro de su profesión y así lo proclamaban las oscuras maderas que recubrían las paredes y los confortables sillones tapizados con suave piel de color verde oscuro.

—En parte me siento responsable de lo que te está ocurriendo...

Eleanor miró sorprendida al abogado.

—Sí —reafirmó éste, moviendo lentamente su cabeza para apoyar la afirmación—, tú sufriste mucho con la muerte de tu padre y quedaste muy sola. Yo debía estar junto a ti.

—Y lo estuvo.

—No lo suficiente. Este maldito trabajo... —Con sus manos y una expresión de fastidio en su cara abarcó el despacho y todos los papeles que en él había y que eran muchos—. Nos deshumanizamos, querida Ellie. En fin, ahora no es tiempo de arrepentirse por lo no hecho, sino de hacer. —Miró con simpatía a la chica—. En principio —dijo, como pisando terreno no muy firme

—, estoy de acuerdo con tu interpretación de los hechos. Me refiero a que esa «Muerte» es una creación de tu mente. Que no existe en la realidad. Pero...

Se interrumpió y Eleanor lo miró expectante.

—¿Es que usted cree que puede tratarse de una aparición real? —preguntó atónita.

El abogado hizo un gesto evasivo con las manos.

—Desde luego, no creo que se trate de la Muerte, pero podría tratarse de... de alguien, un ser humano, quiero decir, que intenta aterrorizarte.

La idea —y las obvias implicaciones de la idea— del abogado comenzaban a abrirse paso en la mente de la chica. Pero era demasiado horrible como para aceptarlo.

—No le entiendo, Walter —mintió.

El anfitrión suspiró un par de veces, meneó la cabeza otras tantas y por fin se decidió a hablar.

—Eleanor, lo que voy a decir no es en absoluto agradable y bien sabe Dios cuánto desearía no tener que decirlo, pero... —Aún hizo un gesto de desagrado antes de seguir hablando—. Mira, Ellie, yo soy tu abogado, pero sabes muy bien que soy mucho más que eso. He sido el más íntimo amigo de tu padre y he protegido tus intereses como antes protegí los de él. Todo eso y, por encima de todo eso, el gran cariño que te tengo me obliga a ser sincero. Creo que, como tú dices, esas apariciones nocturnas son fruto de tu imaginación, pero no puedo..., no *podemos* descartar la posibilidad de que se trate de un ser de carne y hueso. Alguien que se beneficiaría con...

Eleanor creyó llegado el momento de ayudar al abogado en su difícil trance.

—Entiendo, Walter. Si el terror paralizara mi corazón o me llevara al suicidio, Al heredaría los bienes familiares cuya administración yo ostento.

—Te agradezco, Ellie, que hayas sido tú quien lo dijera.

—Pero eso es horrible —la chica estaba realmente indignada—. Sé que Al es capaz de hacer muchas cosas no del todo legales, pero nunca... —Miró al abogado como rogando su apoyo—. Él me quiere, Walter, nunca sería capaz de hacer una cosa así.

—Aunque al pasar, y sólo para introducirse en el tema de las

visitas de la «Muerte», tú me hablaste de esas mil libras que te pidió, y le negaste, y de la necesidad imperiosa que dijo tener de ellas. Conozco, desgraciadamente, muchos casos en que hermanos o hijos asesinaron...

Eleanor estalló.

—¡Al nunca me haría eso! ¡Al me quiere! —Necesitaba creerlo porque, si era el abogado quien tenía razón, la vida no merecía ser vivida.

Dillon sonrió, para tranquilizarla.

—Estoy seguro de que lo mío no es más que consecuencia de haber visto demasiada maldad entre los hombres, lo que se llama comúnmente «deformación profesional». Creo conocer a Al lo suficiente como para saber hasta dónde puede llegar y estoy casi seguro de que nada tiene él que ver con esto, pero...

—Walter, ¿está sugiriéndome que vaya a la policía y presente una denuncia contra mi hermano por tentativa de asesinato? —Eleanor estaba realmente indignada y el abogado volvió a su sonrisa y sus gestos tranquilizadores.

—¡De ninguna manera, querida Ellie! Dios me librara de semejante barbaridad. —Hizo una breve pausa y siguió con su voz convincente, que impresionara a tantos jurados—: Pero creo que una pequeña comprobación sería beneficiosa para todos.

—No le entiendo.

—Tengo personas a quienes utilizo para determinadas gestiones privadas.

—Detectives.

—Si quieres llamarlos así... Ellos podrían encargarse de vigilar a tu hermano. Así saldríamos de dudas. —Hizo una brevísima pausa y miró a la chica con aire especulativo—. Claro que eso significaría...

—Que yo tendría que quedarme en mi casa esperando que la Muerte venga a aterrorizarme una vez más.

—Me temo que no hay otro remedio. Aunque, naturalmente, yo te proporcionaría la protección de uno de mis subordinados.

—Con lo que la Muerte, si es Al o cualquier otro ser humano, no se presentaría y de nada serviría el experimento —alzó la cabeza en señal de desafío—. De acuerdo, Walter, pasaré otra noche de terror para liberar a Al de toda sospecha.

—Perdóname, pequeña, pero esta obligación que tengo de

proteger tus intereses me obliga a...

Siguiendo un impulso espontáneo, Eleanor saltó de su asiento y besó al sorprendido y agradecido abogado en ambas mejillas.

—Gracias, Walter —le dijo después, a modo de despedida.

Dudó entre el «Valium» —una dosis doble— o el café, también en gran cantidad, y finalmente se abstuvo de ambos. Tenía miedo, mucho miedo. Las sospechas de Dillon abrían nuevos cauces a su terror.

Acostada en su cama, se sentía como el cebo que se pone para atrapar al tigre. Mientras creía que la Muerte era sólo una creación de sus sentidos, se horrorizaba ante ella, pero el terror desaparecía al llegar el día. Ahora era distinto. El abogado había pensado en Al, a quien ella no creía de ninguna manera culpable, pero también podía ser otro hombre. Alguien que la odiara sin ella saberlo, o simplemente un criminal loco.

Recordó que los hombres de Dillon estarían cubriendo las entradas del edificio, pero ese pensamiento no llegó a tranquilizarla. ¿Y si su asesino (ya pensaba en la Muerte como en un ser de carne y hueso que quería matarla) era sencillamente uno de los ocupantes de los otros pisos del edificio? Podía tratarse de un maniático sexual...

Aunque tuvo que reconocer que oportunidades para consumir sus propósitos, fueran éstos los que fuesen, no le habían faltado al macabro visitante y nada físico había intentado contra ella.

Pero la última vez esas manos descamadas que casi llegaron a tocarla...

Se estremeció y durante unos segundos no pudo controlar el temblor que se apoderó de todo su cuerpo. «Tengo miedo, tengo miedo», se repetía a sí misma Y se juró que ésa sería la última noche que pasaría sola y sin ayuda psiquiátrica.

Dejando la lámpara encendida, cerró fuertemente los ojos, en infantil gesto de protección.

Estaba convencida de la inocencia de Al. Más aún, estaba convencida de que la aparición no era un ser humano, sino un fantasma. Un ser ideal que se corporizaba sólo para aterrorizarla...

Sin abrir los ojos, se obligó a detener el flujo de sus pensamientos. «Vas por mal camino, Ellie. Si aceptas que la aparición no es fruto de tu mente, sino que es real, aunque no

humana, acabarás perdiendo la razón».

Siempre había razonado lógicamente. Desde su infancia. «Desde que maté a mamá...».

Abrió los ojos maquinalmente, espantada de la frase que su mente había formado. Nunca había pensado semejante cosa... ¿O sí? Pero no conscientemente; a veces, en algún mal sueño, una exagerada sensación de culpabilidad había hecho presa de ella, pero nunca en estado consciente como ocurriera ahora.

«Aquello fue un accidente». Se lo habían repetido mil veces su padre, su hermano y hasta los policías que intervinieron en la investigación. No era fácil de explicar que su madre hubiese acelerado en una curva, pero eso de ninguna manera podía...

La Muerte estaba a los pies de su cama.

Arrancada tan brutalmente de sus pensamientos, la primera reacción de Eleanor no fue de miedo, sino de sorpresa.

Y las sospechas del abogado...

Se obligó a mirar al ser que estaba ante ella, aunque sus ojos querían una vez más cerrarse para escapar del horror. No los cerró y siguió mirando. Pronto estuvo convencida de que no estaba ante un ser humano.

Las cuencas vacías y los maxilares descarnados podían ser fruto de máscaras o maquillajes, pero lo que no se podía simular eran los pliegues de la negra capa que se veían *por detrás* de las costillas del ser que se enfrentaba a ella.

Y que ahora le hacía signos cada vez más imperiosos de que se acercara a ella. No avanzaba, simplemente la invitaba con sus manos que sólo eran huesos a que se acercara, a que se entregara...

Por un horrible instante, Ellie estuvo a punto de aceptar la invitación.

¿Por qué no? «Este horror me va a acompañar por el resto de mi vida; acabaré loca, ¿por qué no aceptar su invitación ahora mismo?».

Sin razonar, con su mente trastornada por el miedo, por el paralizante terror o, mejor aún, por el pánico, que obliga a la acción irreflexiva, Eleanor apartó violentamente los cobertores y saltó de la cama al suelo, avanzando descalza hacia la Muerte.

La macabra aparición entreabrió los maxilares en tétrica parodia de una sonrisa y avanzó muy, muy lentamente, no hacia la chica,

sino en dirección a la ventana. Fascinada, ella la siguió.

Vio abrirse la ventana y vio a la Muerte hacerse a un lado y hasta simular una reverencia, llevándose la mano derecha al lugar donde algún día estuviera el corazón y haciendo con la izquierda señal de que se adelantara.

Eleanor siguió avanzando.

Llegó junto a la ventana, cuyo alféizar quedaba a la altura de su cintura. Ahora la Muerte le señalaba alternativamente la calle que se veía ocho pisos más abajo y el cielo cubierto por negros nubarrones que preanunciaban una lluvia inminente.

Ella comprendió fácilmente el sentido del mensaje: «Salta por la ventana, tu cuerpo se estrellara allá abajo, pero tu alma ascenderá al cielo».

—¡No quiero morir! —gritó, aferrándose con ambas manos al alféizar.

La Muerte repitió su horrible sonrisa. Y comenzó a mover sus maxilares como si estuviera hablando. Ningún sonido salía de su boca, pero Eleanor *oía* las palabras en su mente.

—Vamos, Eleanor, no me hagas esperar. Salta y alcanzarás la paz.

—No quiero morir... —repitió ella, pero esta vez no era un grito sino una súplica vacilante.

—Debes morir porque has matado a tu madre y a tu padre.

—No, yo no los he matado.

—Sí, sí que lo has hecho. Tu pie fue el que oprimió el acelerador en el coche y tu desidia hizo que tu padre muriera porque tú no le ayudaste a tiempo.

—No hubo mala intención... —Ya no sabía si las frases salían de su boca o simplemente se formaban en su mente.

—Pero los mataste. Con mala intención o sin ella, murieron por tu culpa. Debes purgar tu crimen.

—No quiero morir...

La Muerte volvió a sonreír y esta vez la sonrisa parecía tierna y cariñosa.

—Pero ellos te perdonan, Ellie. Y quieren que vayas al cielo para que estéis nuevamente todos juntos. Sabes que Al no es parte de la familia, pero a ti te necesitan.

—¿Que me necesitan?

—Sí, sí, aún en el cielo te necesitan. Vamos, Ellie, salta de una vez.

—Me necesitan...

Eleanor pasó una pierna por el alféizar y se dispuso a saltar.

Capítulo IV

CUANDO ELEANOR abrió los ojos, lo primero que vio fue un rostro desconocido inclinado sobre su cara y lanzó un grito porque recordó sus temores de que la Muerte no fuera otra cosa que un maniático sexual.

Pero el hombre la tranquilizó con una sola frase.

—Tranquilícese —le dijo—, ya he llamado al señor Dillon y está en camino.

Ahora la chica fue consciente de que estaba echada sobre su propio lecho, cubierta por una colcha.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Quién es usted?

—Yo soy Ernest Prior, y trabajo a las órdenes del señor Dillon. En cuanto a lo que ocurrió... prefiero que sea él quien hable con usted. ¿Desea que le traiga algún sedante?

—¿Usted ha dicho que el señor Dillon viene hacia aquí?

—Sí.

—Entonces, si me lo permite, me vestiré.

—¿Se encuentra bien?

—Muy bien... —De pronto los recuerdos comenzaron a aflorar en su mente obnubilada y miró al hombre que comenzaba a alejarse hacia la puerta—. Usted me salvó la vida, ¿verdad? —afirmó, más que preguntar.

El tipo se encogió de hombros.

—Esta vez hubo suerte —comentó.

—Gracias.

—No tiene por qué darlas —sonrió él, saliendo de la habitación y cerrando la puerta tras de sí.

Eleanor se vistió rápidamente y marchó a la cocina a preparar té para ella, que mucho lo necesitaba, y para sus visitantes. Escuchó el timbre del portero eléctrico y abrió la puerta del edificio al abogado. No se apresuró a salir de la cocina para saludarlo, porque

supuso que el ayudante preferiría rendir su informe a solas. Cuando hizo su aparición en la sala, portadora de una bandeja con tetera y tres tazas, el hombre que le salvara la vida se aprestaba a retirarse.

—Tome una taza de té antes de irse.

—Muchas gracias, señorita Humbler, pero debo irme ahora mismo.

No se habló hasta que el abogado y Eleanor terminaron de beber sus humeantes infusiones. Tras el té, como siempre le ocurría, ella se sintió mejor.

—Bien, Walter —propició—, ya estoy en condiciones de que hablemos.

Dillon dejó su taza vacía sobre la bandeja que estaba sobre una mesa próxima, cruzó las piernas y comenzó a hablar.

—Querida, creo que ya ha pasado lo peor.

—¿Que ya ha pasado lo peor? No te entiendo. Estuve a punto de...

Él la detuvo con un gesto de sus manos.

—Déjame seguir. En primer lugar, te alegrará saber que Al está fuera de sospecha.

—Nunca creí en su culpabilidad.

—Pero era mi obligación descartar esa posibilidad. Uno de mis hombres lo ha seguido y recibí un informe media hora antes de que me llamara Ernest. Tu hermano había estado bailando en una discoteca con una morena muy atractiva, y cuando la Muerte estaba aquí él entraba en el piso de la morena, con el evidente propósito de pasar allí y con ella el resto de la noche. —Dillon hizo un gesto dubitativo—. Claro que siempre queda la posibilidad de que emplee un cómplice...

Eleanor sonrió por primera vez en esa terrible noche.

—Por favor, Walter, deje de jugar al abogado perfecto...

La frase y la sonrisa de la chica resultaron altamente beneficiosas para Dillon, que distendió sus crispadas facciones y rió abiertamente.

—¡Veo que has recuperado tu sentido del humor y eso es magnífico, Ellie! —Se solazó, agregando, más serio—: Bien, como tú dices, descartemos definitivamente a tu hermano de este asunto. Según lo que Ernest me ha relatado, nadie excepto tú se hallaba en el apartamento aunque, claro está, él no lo registró hasta no

haber... bien, solucionado tu problema.

—Cuénteme lo que ocurrió, por favor. Aunque yo ya lo imagino, claro.

El abogado sonrió paternalmente a Eleanor y de inmediato comenzó su relato.

—No hay mucho que contar. Puse a un hombre a seguir a Al y a otro, Ernest Prior, a vigilar este edificio. Aunque su principal misión era controlar la posible entrada de Al, también le indiqué que observara las ventanas de tu apartamento. Cuando vio que se abría la de tu dormitorio...

—¿Pudo ver *quién* la abría?

Dillon, interrumpido en su distendida explicación, miró con renovada preocupación a la chica.

—Eleanor —dijo—, la distancia es muy grande para apreciar detalles en la oscuridad de la noche, pero no debes tener la más mínima duda de que fuiste tú quien abrió esa ventana.

—Sólo era una pregunta —murmuró ella, sintiendo que se ruborizaba.

—Comprendo. Bien, como te decía, cuando Ernest vio abrirse la ventana, él actuó con la rapidez de reflejos que le permite ser uno de los mejores detectives de la ciudad y penetró en el edificio.

—¿Cómo lo hizo? No creo que el portero se levantara a abrirle.

Dillon se permitió una sonrisa.

—Bien. Algunas veces hay que actuar rápidamente y estos hombres llevan...

—Ya entiendo. Ganzúas.

—Así les llamaban antes. Pero dejemos eso. Lo importante es que llegó a tiempo.

—¿Qué estaba haciendo yo?

—Habías pasado una pierna por el alféizar de la ventana y te disponías a pasar la otra.

—Gracias, Walter —fue todo lo que pudo decir Eleanor antes de que saltaran en pedazos las compuertas de sus lágrimas.

El abogado fue a la cocina, preparó más té, volvió con él al salón y aún tuvo tiempo de casi terminar de fumar un cigarrillo, antes de que Eleanor se repusiera.

—Perdón por la escenita.

—No digas tonterías.

—Iré a lavarme la cara.

—El té aún estará caliente a tu regreso.

Volvió a los pocos minutos y se bebió el contenido de su taza de dos tragos; después, tras su gesto maquinal de arreglarse el pelo, dijo al abogado:

—Bien, Walter, ¿qué tengo que hacer?

—Por supuesto, tú harás lo que libremente elijas...

Ella lo detuvo con un gesto imperioso, aunque suavizado por una sonrisa.

—Por favor, no perdamos tiempo, ¿qué debo hacer?

—Uno de mis clientes es médico, hablé con él ayer, previendo que Al no sería culpable, y le pedí el nombre del mejor psiquiatra de la ciudad. Me nombró al doctor Wellright como uno de los mejores y de su absoluta confianza.

—¿Podrá atenderme pronto?

—Yo conseguiré que te vea hoy mismo.

—Bien, señorita Humbler, la escucho.

—No sé por dónde empezar, doctor.

—Por donde usted prefiera.

—Estas visitas de la Muerte...

Durante largos minutos Eleanor relató al doctor Wellright, con todos los detalles que le fue posible recordar, las apariciones de la Muerte, hasta el momento en que estuvo a punto de lanzarse por la ventana de su dormitorio. El psiquiatra la escuchó sin interrumpirla y sólo habló cuando ella quedó en silencio.

—Si no la he comprendido mal, la Muerte la acusó de haber provocado el accidente que costó la vida de su madre por apretar el acelerador con su pie, ¿eso ocurrió realmente?

Eleanor recurrió a su acostumbrado gesto de echar hacia atrás su cabello antes de contestar.

—No lo sé, doctor —confesó finalmente—. Yo era muy traviesa de pequeña. Iba sentada junto a mi madre y todos los testigos presenciales coincidieron en afirmar que el coche aceleró incomprensiblemente al tomar la peligrosa curva —hizo un gesto de dolorosa impotencia con sus manos—. No lo sé, doctor —dijo—. Durante años he pensado en ello, pero no puedo recordar nada concreto.

El médico asintió, comprensivo y de inmediato preguntó:

—Entiendo, usted no recuerda lo que realmente ocurrió, pero yo querría que me dijera que es lo que usted *cree* que ocurrió.

Eleanor encendió un cigarrillo y exhaló violentamente una bocanada de humo antes de contestar.

—Yo —dijo por fin— *temo* haber apretado el acelerador.

Wellright volvió a asentir en silencio.

—Y con su padre —continuó—, ¿también cree que pudo haber actuado más rápidamente?

Esta vez la duda de Eleanor fue más perceptible.

—Me dijo que le dolía mucho la cabeza y el pecho... —comenzó, reflexivamente—. Me ofrecí a traerle una aspirina y fui a buscarla al armario del baño, después a la cocina, para llevarle un vaso de agua con que tragarla. En la cocina había yo olvidado la radio encendida y estaban pasando una de mis canciones preferidas de los «Beatles»... Me quedé escuchando hasta que la canción terminó. Un minuto, tal vez un minuto y medio. Cuando regresé al salón mi padre estaba con la cabeza caída, muerto.

—¿Se siente usted responsable de su muerte por haber retrasado en un minuto o algo más la aspirina?

Ella alzó sus hombros.

—Racionalmente, desde luego que no, doctor. Mi padre, según los médicos me explicaron, tuvo un infarto de miocardio muy amplio, lo que determinó un edema agudo de pulmón fulminante. Y, de todos modos, nada le hubiera hecho la aspirina, aunque hubiese llegado a ingerirla.

—Por supuesto, pero eso es lo que dicen los médicos. A mí me interesa saber qué piensa usted. En una palabra, señorita Humbler, ¿se siente usted responsable por la muerte de sus padres?

—Racionalmente...

—Dejemos de lado la razón, que nada tiene que ver con nuestro subconsciente.

Eleanor hizo un gesto de rendición hundiéndose en el sillón y dijo:

—No me culpo de la muerte de mi padre, aunque sí de no haber estado junto a él en sus últimos instantes. En cuanto a la muerte de mi madre... temo haber apretado el acelerador, doctor.

—Bien —dijo el médico, como dando a entender que se había adelantado mucho—, ahora vayamos a lo más inmediato. Lo que

usted denomina «la visita de la Muerte». ¿Cree usted que realmente es visitada por un ser extraterrestre que...?

—No, doctor.

—¿Qué cree?

—Que es un producto de mi mente. Lo que los psiquiatras llaman «sentimiento de culpa». Me culpo por la muerte de mis padres y juzgo que merezco o debo morir yo también. Y estuve a punto de perder mi vida...

Wellright, cuarenta y seis años de sólido prestigio profesional, se permitió una sonrisa.

—Hace usted diagnósticos muy exactos, señorita Humbler —dijo—. Podríamos introducir el tema de por qué la Muerte la visitó ahora y no tres meses atrás o el año que viene, pero eso me parece secundario. Lo primero ahora, después de su diagnóstico que comparto ampliamente, es el tratamiento, —volvió a sonreír—. ¿También ha pensado en él?

Ella correspondió a la sonrisa y después, aplastando lo que quedaba del cigarrillo en un cenicero, movió lentamente la cabeza.

—No sé, doctor. No he pensado en «tratamientos». Lo que puedo asegurarle es que soy consciente de que hace apenas unas horas estuve a punto de morir... y que no quiero morir.

—Eso es lo fundamental y su mejor seguro de vida: que no quiere morir.

—Pero estuve a punto...

El médico la detuvo con un gesto.

—Lo sé, lo sé —dijo—. Y eso no debe volver a ocurrir.

—¿Cómo puedo saber que la Muerte no volverá a visitarme esta noche, doctor?

—Eso no podemos saberlo ni usted ni yo, pero sí podemos adoptar las precauciones necesarias para qué, si se repite, esa «visita» no pueda ocasionarle el menor daño.

Ella le miró, interrogante.

—Creo que usted necesita desconectarse durante algún tiempo de su medio ambiente. Después de esa llamémosle «cura de reposo» o «desintoxicación», podremos iniciar un estudio profundo, que nos llevará a dilucidar las reales y ocultas causas de sus sentimientos de culpa. Pero, de momento, creo que la desconexión es primordial.

Con dedos que a duras penas podían disimular el nerviosismo,

Eleanor extrajo otro cigarrillo de su bolso y, después de aceptar que el médico se lo encendiera y exhalar una bocanada de humo, dijo:

—Si no le entiendo mal, doctor, lo que usted sugiere es mi ingreso en una clínica psiquiátrica.

Wellright formó una capilla con las yemas de sus dedos y después la deshizo muy lentamente.

—«Mi ingreso en una clínica psiquiátrica» es algo que suena mal, señorita Humbler —dijo—. Trae a la mente recuerdos cinematográficos y televisivos de duchas frías, chalecos de fuerza y terrores nocturnos. Lo que yo le estoy proponiendo, bien entendido que usted decidirá libremente, en su permanencia por un período que yo juzgo, en principio, no menor de ocho días ni mayor de quince, en Bellevue, una hermosa residencia de reposo, situada en pleno campo, cerca de Bicester...

—¿Bicester?

—Una pequeña localidad próxima a Oxford. Bellevue está dirigida por el doctor Sollier, un médico muy joven, pero extraordinariamente capaz. Se trata de un establecimiento médico, naturalmente, pero estructurado como un, digamos, hotel de reposo. Allí estará atendida profesionalmente, pero también disfrutará de buenas comidas, sesiones de vídeo, piscina cubierta, etcétera. Puedo asegurarle que lo pasará muy bien. —Hizo una pausa y después—: Claro está que encontrará entre sus compañeros algunos casos... hum... desagradables, pero eso es inevitable.

—Lo entiendo, doctor.

—Bien, ¿qué decide?

—¿Tengo que decidirlo ahora?

Wellright cogió un bolígrafo que estaba sobre el escritorio, lo contempló durante unos segundos, y después levantó sus ojos hacia Eleanor.

—En mi opinión, usted debería ir a Bellevue hoy mismo, para no pasar esta noche en su casa —dijo.

Tras un instante de silencio y un par de chupadas a su cigarrillo, ella asintió.

—Creo que será lo mejor, doctor. Iré a Bellevue tan pronto arregle mi permiso en el colegio donde soy profesora.

El médico sonrió.

—Antes tengo que hablar con el doctor Sollier —dijo, llevando

su mano hacia el teléfono.

Resultó que el doctor Sollier no estaba en ese momento, pero quien respondió a la llamada, que se identificó como el doctor Pulitzer, dijo que la señorita Humbler sería recibida con gran placer ese mismo día.

Capítulo V

EL taxi la dejó ante la doble puerta de rejas que cerraba el jardín y el portero se encargó, tras darse ella a conocer, de llevar su maleta hasta el edificio principal, separado de la entrada por casi cien metros de bien cuidado parque. En él, partes reservadas a lucir llenas de flores en verano alternaban con bosquecillos de abetos, lo que daba un aire navideño al conjunto, aunque faltara la imprescindible nieve.

En cuanto al edificio en sí mismo, Eleanor lo encontró agradable, hasta cierto punto previsible, pero un tanto tétrico en su absoluta frialdad de piedra, sin hiedra ascendiendo por sus paredes y, obviamente, sin rojos ladrillos para dar un toque de color. A pesar de su profesión, Eleanor no entendía casi nada de estilos arquitectónicos, aunque supuso que el que estaba contemplando, y sería su hogar en los próximos días, debía tratarse de uno de esos edificios vagamente neoclásicos —tenía escalinatas y porche con columnas—, construido a finales del siglo XIX o principios del XX.

A excepción del portero que marchaba ante ella, no vio a ningún ser vivo en el parque o en las proximidades del edificio principal, lo que no la sorprendió en absoluto, porque el campo no es Londres y hacía bastante frío a la intemperie. La perspectiva de una habitación bien calefaccionada y un reparador descanso —¡apenas había dormido en las últimas treinta y seis horas!—, tal vez ayudado por el consabido «Valium», le resultaba agradablemente estimulante. Hasta estaba dispuesta a renunciar a la cena en aras del descanso.

El gran vestíbulo al que accedieron, tras abrir el portero la pesada puerta principal, aparentemente de roble macizo, también estaba vacío.

—Espere aquí —dijo el hombre—. Iré a avisar al director que usted ha llegado.

Una gran escalinata ascendía hacia los pisos superiores, junto a su pie dejó el portero la maleta de Eleanor y abrió sin llamar a una de las cuatro altas puertas, todas cerradas, que daban al vestíbulo. Maquinalmente, la chica consultó la hora en su reloj. Las siete y veinte. Después de haberlo hecho, se dio cuenta que el motivo de su interés por conocer la hora estaba dado por el silencio que reinaba en el edificio. Pero recordó que el doctor Wellright había incluido sesiones de vídeo entre las diversiones que ofrecía Bellevue a sus huéspedes. «Mis compañeros habrán terminado de cenar y estarán viendo alguna película», supuso. Decidió que esa noche prefería dormir a ver cine, por lo que rechazaría la eventual invitación que se le hiciera.

La puerta por la que entrara el portero volvió a abrirse, y éste apareció por ella, haciendo señas a Eleanor para que se acercara.

—El director la espera —dijo, haciéndose a un lado para permitirle el paso.

Eleanor entró en un amplio despacho, rematado por una ventana francesa ante la que se encontraba una elegante mesa escritorio. Su previsible propietario estaba de pie, ante ella.

—¿La señorita Humbler?

—Sí, yo soy.

—Soy el director Pulitzer, a cargo de la dirección del establecimiento hasta el regreso del doctor Sollier.

Se estrecharon las manos. Eleanor miró con cierta curiosidad al médico. Vestía bata blanca y luda una poblada barba negra en su cara. Podía tener entre treinta y cuarenta años. Era extremadamente delgado y sus ojos brillaban de manera extraña. «Debe ser uno de esos genios de los que tanto se habla», ironizó para sí misma Eleanor.

—Échese sobre el diván, señorita Humbler.

Arrancada de su observación, la chica no entendió bien lo que se le decía.

—Perdona...

El médico señaló un diván ubicado contra una de las paredes y que ella no viera al entrar, porque estaba fuera de la zona de luz que proporcionaba una lámpara situada sobre el escritorio y que era la única iluminación de la estancia.

—Le decía que se echara sobre el diván, tengo que tener una

primera entrevista con usted.

Ella sonrió, recordando sus planes de calefacción y sueño reparador.

—¿No podríamos tener mañana esa entrevista? —dijo.

Los ojos endurecieron su brillo.

—De ninguna manera, tiene que ser ahora mismo.

Ella hizo un gesto de acatamiento, sin dejar de sonreír.

—De acuerdo —dijo—. Que sea ahora.

Comenzó a caminar hacia el diván, cuando recordó algo, echando mano de su bolso, y volviéndose hacia el médico.

—Perdóneme, doctor —dijo—. Olvidé darle esto —había sacado un sobre cerrado del bolso y lo entregó a Pulitzer—. Es el informe del doctor Wellright.

Curiosamente a Eleanor le pareció que el médico se desconcertaba ante su ofrecimiento, pero la vacilación, si la hubo, sólo duró segundos; de inmediato el sobre cambió de manos y fue abierto. Pulitzer se sentó tras el escritorio.

A medio camino entre el escritorio y el diván, y sin decidirse a echarse sobre él, Eleanor se entretuvo en observar las reacciones del médico ante la lectura de su breve historia clínica. «¿O debe decirse psiquiátrica en estos casos?», se preguntó retóricamente porque, al fin y al cabo, era una docente.

El hombre comenzó la lectura con expresión de indiferencia, para pasar de inmediato a la sorpresa —llegó a rascarse la barba— y después su cara expresó un sentimiento que Eleanor sólo pudo calificar como de alegría. Terminada la lectura, arrojó la hoja sobre el escritorio y se puso de pie.

—Échese sobre el diván —dijo.

Esta vez, Eleanor hizo lo que se le ordenaba.

—Póngase cómoda, póngase cómoda.

Dejando el bolso en el suelo, junto a ella, Eleanor se extendió sobre el largo diván, a la vez que relajaba sus músculos e intentaba ponerse a la altura de lo que, suponía, se esperaba de ella; es decir, que contara su vida desde el momento de llegar al mundo o tal vez desde antes. Se sentía indudablemente fastidiada. Había esperado descanso físico y mental —más éste que aquél— y comenzaban por una sesión psicoanalítica, con diván y todo como en las películas. Pero resistió a su momentáneo bajón. Aquí la liberarían, y eso era lo

importante, de la horrible visita de la Muerte.

—Hábleme de la Muerte...

La frase y el tono susurrante con que fue dicha le hizo dar un respingo.

—Está muy nerviosa, señorita Humbler —dijo Pulitzer, que se había sentado a su lado.

—Sí, lo estoy, perdóneme.

—Hum... Hábleme de la Muerte.

—¿Quiere decir de mis temores y mis...?

—¡Quiero decir que me hable de la Muerte que va a visitarla todas las noches!

La dureza del tono que empleó Pulitzer impresionó a Eleanor. No le había hablado en ese tono Wellright, ni ella suponía que lo hicieran los psiquiatras con sus pacientes.

—Pues... la veo como un esqueleto.

—¿Desnudo?

—No, cubierto con un manto negro, con reflejos dorados.

—¿Negro o dorado?

—Negro, pero un aura...

—¿Qué ha dicho?

Eleanor comprendió que el médico no había entendido el significado de la palabra, cosa que no la sorprendió en absoluto porque ella misma la había descubierto poco tiempo antes, leyendo una revista de astrología y ciencias ocultas.

—Quiero decir que la Muerte aparecía siempre rodeada de un resplandor...

—Ah, un resplandor, ya entiendo. ¿Y qué hacía? ¿La tocaba?

El tono de voz empleado por Pulitzer volvió a desconcertar a la chica. Ahora no era de dureza sino todo lo contrario. Prefirió no seguir pensando en ello y responder a la pregunta.

—Nunca me tocó, aunque una vez estuvo a punto de hacerlo.

—¿Dónde?

—En el salón. Esa noche no me había acostado.

—Quiero decir dónde intentó tocarla.

Eleanor miró al médico, que estaba sentado a la altura de su hombro derecho. El brillo de esos ojos... Logró desterrar el malestar que comenzaba a invadirla y volvió a concentrarse en las respuestas.

—Adelantó sus manos hacia mis hombros, como si quisiera cogerme y llevarme con ella.

—¿Y usted sintió placer?

Lo desconcertante de la pregunta hizo que Eleanor volviera a mirar al médico. De nuevo la impresionó el brillo de sus ojos. Y su respiración agitada...

—¿Placer? Por supuesto que no, sentí miedo. Terror.

Hubo un instante de silencio y después Pulitzer se puso de pie.

—Bien —dijo—, por hoy es suficiente. Mañana volveré a hablar con usted. Ahora vaya a su habitación.

Oprimió un timbre que estaba sobre el escritorio y, no bien hacerlo, se abrió la puerta y una enfermera entró en ella. Eleanor, que estaba apoyando los pies en el suelo para incorporarse, no pudo menos que pensar que la mujer estaría escuchando tras la puerta. O la atención en Bellevue era perfecta...

—Lleve a la señorita Humbler a su habitación —ordenó secamente el médico.

—Bien, doctor —contestó la enfermera, y se hizo a un lado para permitir el paso de Eleanor.

Subieron dos tramos de escalera. En el primer rellano Eleanor vio puertas cerradas con carteles sobre ellas: «Terapias eléctricas», «Sala de Rayos», «Hidroterapia». A ambos lados del segundo rellano se extendía un amplio corredor, con puertas cerradas a ambos lados; dado que cada puerta tenía un número en ella.

Eleanor dedujo que toda la planta estaba destinada a habitaciones de los pacientes. La enfermera abrió la que tenía el número 16 con una llave que extrajo del bolsillo de su bata.

—Pase —invitó y fue la primera palabra que la chica le oyera pronunciar.

La habitación era similar a la de cualquier hotel de buen tono. Decoración austera aunque agradable. Baño privado, cama, armario, mesa, silla y cómoda. Moqueta en el suelo. Y una ventana al parque.

La ventana era lo único que diferenciaba la habitación de Bellevue de un hotel de buen tono, porque en su parte exterior tenía rejas.

Cuando Eleanor constató este hecho, que no la sorprendió en absoluto, se volvió hacia la enfermera, pero ésta había

desaparecido. Se dirigió a la puerta para salir al corredor y decir a la mujer que prefería que no le llevara la cena, pero no pudo hacerlo. La puerta había sido cerrada con llave por el lado exterior. Esto sí la sorprendió algo, pero no mucho. «Al fin y al cabo, por más eufemismos que empleemos, esto es una clínica psiquiátrica, por no decir otra cosa», razonó.

Decidió darse una ducha y acostarse de inmediato. Pasado el relativo nerviosismo que le produjera la entrevista con Pulitzer, la fatiga había vuelto a adueñarse de ella.

En un santiamén se quitó la ropa y, desnuda, penetró en la bañera y abrió el grifo del agua caliente.

En un primer instante creyó sufrir una alucinación visual y estar viendo todo rojo, pero de inmediato comprendió que era el agua que salía del grifo. Roja. Y con una densidad y un olor... y hasta un gusto porque algunas gotas se introducían en su boca...

—¡Sangre! ¡Esto es sangre! —gritó enloquecida.

Capítulo VI

CUANDO abrió los ojos, lo primero que vio Eleanor fueron unos débiles rayos de sol que, atravesando rejillas y cristales de la ventana, iban a iluminar el pie de su cama. Tras un instante de confusión. —«¿Dónde estoy?». «¿Qué ha ocurrido?»— los recuerdos volvieron a su mente. Y con ellos, el horror.

Estaba en una habitación de Bellevue, había querido darse una ducha y, en lugar de agua, cayó sangre sobre su cuerpo. Ahogó un grito y, en un gesto inconsciente, saltó de la cama. Descalza y cubierta por un camisón, pensaba en huir. Se encaminaba hacia el armario para buscar sus ropas, cuando se abrió la puerta de la habitación y la enfermera que la llevara a ella la noche anterior entró, llevando en sus manos una bandeja con el desayuno.

—Buenos días, señorita Humbler —saludó con inesperada alegría—. Ha dormido muy bien, ¿verdad?

Eleanor, aún en pie y descalza en el centro de la habitación, la miró desconcertada. Dudaba entre hablar o callar, pero estaba en una institución médica —«psiquiátrica», se corrigió a sí misma— y tenía la obligación de hablar.

—Anoche... cuando usted me dejó aquí, fui a darme una ducha...

—Acuéstese, por favor —la interrumpió la enfermera—. O, si desea ir al lavabo, póngase las pantuflas. No queremos que coja un constipado.

Lo que menos deseaba Eleanor era volver a ver la ducha y toda esa sangre.

—No, no iré al lavabo —dijo, regresando a la cama—. Anoche quise ducharme y... y salía sangre en lugar de agua.

La enfermera, que se aprestaba a entregarle la bandeja, quedó inmovilizada a unos centímetros de la chica.

—¿Dice usted que salía sangre en lugar de agua de la ducha? —

preguntó con voz que no ocultaba su inquietud.

—Sí, la sangre cayó sobre mi cuerpo... ¡Hasta sentí su horrible gusto en mi boca! —El horror volvía a apoderarse de ella y no pudo evitar levantar la voz.

Tras un segundo de vacilación, la enfermera recuperó la vertical y, dejando la bandeja sobre la mesilla de noche, anunció:

—Llamaré al doctor Pulitzer.

El médico llegó un par de minutos más tarde, acompañado por la enfermera.

—Buenos días, señorita Humbler. Me dicen que ha tenido problemas esta noche...

Ella había tenido tiempo para reponerse y hacerse cargo de la situación.

—Doctor, sé que lo que digo parece difícil de creer, pero estoy tan segura de ello como de que ahora lo estoy viendo a usted.

—Tranquilícese y cuénteme lo que ocurrió.

—Anoche estaba muy cansada. Quise avisar a la enfermera para que no me subieran la cena, pero la puerta estaba cerrada con llave...

—Acostumbramos hacerlo. Pero debió utilizar el timbre. — Pulitzer señaló uno que se hallaba sobre la mesilla de noche.

—No me fijé en él. Bien, sólo me apetecía una ducha y dormir, por lo que me desnudé y fui al cuarto de baño. Al abrir el grifo de la ducha... Doctor, sé que es imposible, pero fue así, ¡salió sangre en lugar de agua!

Eleanor miró a los ojos al médico. No vio en ellos más que una cortés atención. Recordó el brillo que le impresionara la tarde anterior y no pudo descubrirlo ahora.

—Sangre, dice usted —comentaba Pulitzer—. ¿No podía ser simplemente pintura roja?

—No, porque le sentí el gusto.

—¿Que le sintió el gusto?

—Algunas gotas entraron en mi boca.

—¿Está acostumbrada usted a beber sangre?

La pregunta, que fue dicha con el tono casual que el médico había empleado en la entrevista, hizo estremecer a Eleanor.

—No, claro que no.

—¿Cómo estaba tan segura, entonces, de que se trataba de

sangre?

—Bueno... Todos nos hemos hecho alguna pequeña herida en la boca o nos ha sangrado una encía.

—Entiendo. ¿Ha ido usted al lavabo esta mañana?

—No.

—Venga ahora conmigo, por favor.

Venciendo los restos de repugnancia que aún sentía, Eleanor salió de la cama y, calzándose las pantuflas, siguió al médico. El cuarto de baño estaba absolutamente limpio y con evidente aspecto de no haber sido utilizado desde que lo hiciera el anterior ocupante de la habitación.

—Higiénícese, desayune y después venga a verme, señorita Humbler —dijo el médico abandonando el cuarto y dejando sola en él a la desconcertada Eleanor.

En cuanto la puerta de la habitación se cerró tras el médico y la enfermera, ella hizo lo que no se había atrevido a hacer en presencia de ellos: abrir el grifo del agua caliente de la ducha.

Salió un chorro de agua caliente. El hecho no sorprendió a Eleanor. Mucho más le habría sorprendido que saliese sangre.

Mientras se duchaba, consideró por primera vez en su vida la posibilidad de estar enloqueciendo.

—No debe darle excesiva importancia a lo imaginado anoche —comenzó con tono tranquilizador Pulitzer.

—Pero, doctor, no es normal lo que me ha ocurrido.

El médico, que parecía mucho más relajado que la noche anterior, sonrió comprensivo.

—Ya sabe usted que no hay una frontera definida entre lo normal y lo anormal —dijo—. Usted anoche estaba fatigada, lo noté en la entrevista que sostuvimos, y su mente le jugó una mala pasada durante el sueño.

—¿Estaría realmente durmiendo?

—Claro que sí. La enfermera subió a llevarle la cena y la encontró profundamente dormida, por lo que consideró conveniente, siguiendo mis instrucciones, dejarla descansar.

—¿Estaba? Quiero decir, ¿tenía puesto el camisón cuando me vio la enfermera?

Curiosamente, la pregunta puso nervioso a Pulitzer.

—¿Qué? ¿Qué importancia puede tener eso? —Y Eleanor

observó sorprendida que el brillo había reaparecido en los ojos del médico.

—Ninguna —se apresuró a aclarar—. Sólo que no recuerdo nada después de lo de... —No pudo evitar un estremecimiento— la sangre en la ducha —concluyó.

Pulitzer había recuperado la calma.

—Es lo normal en los sueños.

—Pero estoy asustada, doctor. Primero las visitas de la Muerte y ahora esto. El doctor Wellright...

—Acabo de hablar con él por teléfono —se apresuró a interrumpirla el médico—. Coincide conmigo en que no debemos dar importancia al episodio y proseguir con el tratamiento previsto.

Eleanor pensó que no se había hablado antes de «tratamiento», al menos en el sentido que ella lo entendía de drogas e inyecciones, pero el saber que Wellright había sido informado, y que seguramente lo seguiría siendo a diario, de su evolución, le resultó extrañamente tranquilizador. Ante el silencio de Pulitzer, consideró terminada la entrevista y se puso de pie.

—Me apetecería dar un paseo por el jardín, si a usted no le importa —dijo.

Él le dirigió una fugaz mirada y de inmediato dijo:

—Creo que un paseo le hará bien. Cuando la necesite, la enviaré a buscar.

Hacía algo de frío porque no eran más que las nueve y media de la mañana, pero Eleanor se sintió bien caminando lentamente por los senderos del parque. Había árboles de hojas perennes y otros con sus ramas desnudas y, desde luego, no había flores en los parterres, pero era un hermoso jardín. Entre nubes de un blanco grisáceo, el sol hacía frecuentes apariciones, por lo que la temperatura se elevaría no mucho más tarde.

En la parte posterior del parque, Eleanor descubrió un pequeño lago. En realidad, no era más que un espejo de agua de unos diez metros de lado, pero era agradable de ver. Lo imaginó lleno de pececillos rojos en verano y helado en invierno, lo que trajo a su mente cálidas escenas navideñas en la época en que sus padres aún vivían y los cuatro formaban una familia, unida y feliz.

«¿Podré volver a ser feliz algún día? —se preguntó para, de inmediato, corregir la pregunta—: ¿Podré volver a ser *normal* algún

día?».

Repentinamente entristecida por sus pensamientos sintió frío y soledad.

Soledad... miró en torno, aunque sabía que era inútil hacerlo. Ella era la única que estaba en ese inmenso parque. ¿Cómo era posible que ningún otro de los pacientes —«o debe decirse *internos* o, directamente, *locos*»— paseara por él?

Recordó que a nadie había visto en el trayecto desde su habitación hasta el despacho de Pulitzer y decidió preguntar a la enfermera o al mismo médico el motivo de tanto aislamiento. Lentamente, emprendió el regreso hacia el edificio que, por su fachada posterior, era aún más gris, impersonal y hasta desagradable que por el frente.

Se disponía a seguir el sendero de gravilla que bordeaba la casa, en busca de la entrada principal, cuando al llegar a la esquina de las fachadas posterior y lateral le pareció escuchar un grito que venía desde sus pies. Instintivamente miró al suelo, sin ver nada anormal. Siguió avanzando, pero, antes de dar dos pasos, el extraño sonido, mezcla de grito y susurro, volvió a dejarse oír.

Asustada —de sí misma, no de otros posibles seres humanos— miró a su alrededor. No había nadie en todo el parque, como ella bien lo sabía. Entonces, siguiendo un incontenible impulso echó a correr y no se detuvo hasta cruzar la puerta principal. Sabía que es imposible huir de uno mismo —«de la propia locura»—, pero no había podido evitar el infantil impulso de la huida. Apoyada contra la pared del vestíbulo intentaba controlar su respiración, cuando hizo su aparición el doctor Pulitzer.

—¿Ocurre algo? —le preguntó con aire preocupado.

Eleanor demoró un par de segundos la respuesta. ¿Le diría al médico que ahora también oía gritar *a sus pies*? De inmediato decidió que no. Un poco con la mentalidad del delincuente que quiere ocultar a la autoridad los delitos cometidos y que ésta aún no ha descubierto, mintió.

—Nada, doctor. Sólo que he sentido un poco de frío y vine corriendo desde el estanque.

—Un poco de ejercicio físico tendrá que ser incluido en su tratamiento —comentó el médico en tono indiferente y siguió su camino en dirección a la parte posterior del edificio.

Eleanor, sin saber en qué emplear su tiempo, comenzó lentamente a ascender la escalinata que llevaba a su habitación.

En la primera planta una mujer estaba inclinada como buscando algo en el suelo. La repentina aparición alegró a Eleanor. (Alguien con quien hablan), pensó acercándose a la mujer, que no había reparado en su presencia.

—Hola, buenos días. Me llamo Eleanor Humbler —se presentó.

La otra dio un respingo y se incorporó mirando a la recién llegada con ojos desorbitados.

—¡Yo no le he robado! —dijo.

Eleanor sonrió. Esto, paradójicamente, la hacía sentirse más tranquila. «Una compañera», se burló agriamente de sí misma.

—Yo no creo que tú lo hayas robado —dijo—. Sólo quiero ser tu amiga. Yo también estoy aquí... —¿Cómo demonios se diría en la jerga familiar de los «enfermos mentales»?—. Yo también estoy ingresada aquí —decidió.

Para sorpresa de Eleanor, sus amables palabras produjeron un cambio radical en la hasta entonces atemorizada mujer.

—Ah —dijo—, usted es una loca. Pues sepa que yo soy la ayudante personal del doctor Sollier. Marche de inmediato a su habitación o se le aplicará la hidroterapia intensiva descompensada.

Eleanor estaba inmóvil, atónita ante la reacción de la mujer, que la miraba con severidad mientras, con el índice de su mano derecha, le señalaba el tramo de escalera que llevaba a las habitaciones. Sin entender nada, pero deseosa de no crearse más problemas, la chica hizo lo que la otra le ordenaba.

Ya en su habitación, recordó que había puesto un par de libros en la maleta, escogió uno y, sentada ante la ventana enrejada, se puso a leer.

La enfermera conocida, que dijo llamarse Hilda, le llevó una bandeja con la comida. Eleanor aprovechó la oportunidad para interrogarla.

—¿Por qué no puedo comer en el comedor?

—Normalmente, los huéspedes —¡con que se decía «huéspedes»!, Eleanor tuvo que hacer un esfuerzo para no reír ante lo exagerado del eufemismo— comen en sus habitaciones.

—Pero me resulta extraño no haber visto a ninguno en el jardín o en el edificio.

—Están en sus habitaciones o realizando sus terapias —dijo la mujer, sin disimular sus pocas ganas de seguir con el tema—. Además, tenemos pocos huéspedes en estos días. Volveré más tarde a por la bandeja —concluyó, abandonando la habitación.

Eleanor se quedó con las ganas de interrogarla sobre esa extraña «ayudante personal» del doctor Sollier.

Acabada la comida, que le resultó bastante insulsa, se echó sobre la cama a fumar un cigarrillo. Y volvió a pensar en el doctor Sollier. ¿Dónde estaría? Si era tan brillante como Wellright le dijera, tanto podía estar en un congreso en Nueva York como dictando un cursillo en Nueva Zelanda, pero lo que no resultaba tan fácilmente explicable era el hecho de tener tan pocos pacientes — ¡«huéspedes»!— en su clínica. Decidió que eso no era asunto suyo y, aplastando el cigarrillo en el cenicero, se cubrió con el cobertor y se quedó dormida.

Patinando en el lago helado, se rompió el hielo y ella cayó a las profundidades, en las que muchos gritos se oían, llamándola por su nombre. Pero ella sólo aspiraba a volver a la superficie, por lo que tenía que hacer tremendos esfuerzos, que la dejaban sin respiración. Y los golpes en el hombro eran cada vez más fuertes por lo que tuvo que abrir los ojos para detenerlos. Cuando, con los ojos abiertos, terminó de despertar, vio junto a ella a la enfermera, que le golpeaba suavemente en el hombro.

—Estaba usted profundamente dormida —le dijo sonriendo.

—Sí, y soñando cosas horribles.

—Todos soñamos cosas horribles —dijo la mujer, agregando de inmediato—: Tiene una visita.

Eleanor se sentó en la cama, sorprendida.

—¿Una visita yo? No me explico quién... —Pero la imagen de Dillon, siempre preocupado por ella se formó en su mente—. Voy enseguida —dijo, saltando al suelo.

A punto de abandonar Eleanor la habitación, precedida por la enfermera, ésta se volvió y le dijo, en tono seco:

—Aquí no se permiten las visitas. El doctor Pulitzer ha hecho una notable excepción con usted, pero ya ha advertido a su visitante que esto no debe repetirse.

En el piso bajo, la enfermera abrió una de las puertas que daban al vestíbulo y que resultó ser una pequeña estancia amueblada con

un tresillo, una mesa baja y una librería con muy pocos libros. Incorporándose para saludarla estaba no el previsto Walter Dillon, sino el inesperado Leonard.

—¡Leo! ¿Qué haces tú aquí?

Se estrecharon ambas manos y Eleanor llegó a sorprenderse por la alegría que sentía al descubrir la identidad del visitante.

—Ya lo ves, visitarte —sonrió el muchacho.

Se sentaron uno junto al otro, en el sofá.

—Pero, quiero decir, ¿cómo has sabido que yo estaba aquí?

Leonard hizo un gesto de falsa modestia.

—Uno tiene sus recursos, ya sabes...

—Venga...

Ahora el gesto del muchacho fue de cómica rendición.

—Está bien, tú ganas, forastera. Hablé con el «viejo» —era el mote con el que se designaba al director del colegio en el que ambos enseñaban—, me dijo que un tal doctor Wellright te había aconsejado unas semanas de reposo...

—Y hablaste con el doctor Wellright.

—¡Bingo! El susodicho doctor dijo no conocerme, cosa que me ofendió como podrás comprender, pero, tras explicarle yo mis sentimientos hacia ti...

Ella, relajada y casi feliz, le interrumpió riendo:

—¿Y cuáles son esos sentimientos?

Él simuló sorprenderse.

—¿Cómo? ¿Nunca te había dicho que te amo locamente?

Eleanor le respondió con falsa seriedad y negando incluso con la cabeza.

—Nunca me lo habías dicho, Leo. Lo que sí me dijiste muchas veces es que querías acostarte conmigo.

—¿Y no es lo mismo?

—Para mí, no necesariamente.

—¡Cuántas cosas tendré que enseñarte cuando salgas de aquí! —suspiró él.

—Eso será si yo te permito que me las enseñes —pero ella reía al decirlo.

De pronto, Leonard se puso serio.

—Eleanor, pequeña, ¿cómo estás?

—Pues... bien. Quiero decir, bien, dentro de lo que cabe.

Él frunció el ceño.

—Tú viniste a mí, a hablarme de esas... visitas nocturnas y yo me porté como un imbécil.

—Me temo que no puedo desmentirte —dijo ella, aunque suavizando sus palabras con una sonrisa.

—Pensé que... ¡No sé qué pensé! ¡Soy un superficial y masificado mediocre!

Ante tanta contricción, que además parecía sincera, ella se echó a reír.

—¡Y todavía te ríes de mí!

—Es que exageras tu arrepentimiento —se puso seria—. Yo, así de repente, te solté algo que para mí era terrible, pero que para los demás no podía ser sino ridículo.

—Por favor, Ellie —era la primera vez que la llamaba así y hablaba en serio—, no me incluyas entre «los demás».

Ella le dio unos afectuosos golpecitos en la mano.

—Prometido —dijo—. Tú nunca estarás para mí entre «los demás». Y quiero que sepas que tu visita me está haciendo mucho bien.

—Me alegra oírlo —dijo él, agregando con voz contrita—: Pero me temo que es la primera y la última. Un horrible señor con nombre de premio americano así me lo hizo saber. «Aquí no se permiten las visitas» —remedaba la voz de Pulitzer—. ¿Por qué? —preguntó mirando de frente a Eleanor y con su voz normal—: ¿Tan mal os tratan como para querer teneros aislados?

La sensación de frío y soledad que tan bien estaba empezando a conocer volvió a apoderarse de Eleanor al escuchar las palabras de Leonard, pero no tenía motivos concretos para preocuparlo. En realidad, no tenía ningún motivo para acusar a nadie que no fuera ella misma.

—Hasta el momento —dijo, y no mentía—, me han tratado muy bien. Y supongo que lo seguirán haciendo.

—Pero eso de no permitir visitas...

Ella sonrió y le oprimió la mano con afecto.

—Créeme que a mí me duele esa prohibición más que a ti.

Él se animó como un muñeco al que le han tirado de la cuerda.

—¿De veras lo dices? ¿Entonces tu amor por mí es casi tan grande como el que a mí me devora?

Ella rió a carcajadas al escuchar sus bufonadas y él la siguió en la risa, pero Eleanor sospechó que algo de verdad había en la broma. Y deseó que la sospecha se convirtiera en realidad, cosa que no dejó de sorprenderla, ya que nunca había sentido por Leonard más que simpatía. Mucha simpatía... Tuvo que concederse a sí misma que sí, que «mucha simpatía», pero de ahí a...

—Pequeña, ¿cuánto tiempo más te tendrán encerrada en este horrible edificio neoclásico que, sólo por serlo, debería destruirse?

Ella alzó sus hombros en señal de impotencia.

—No lo sé —dijo—. El cálculo del doctor Wellright fue «más de ocho y menos de quince días».

—¡Una eternidad!

Ella volvió a reír.

—¿Nunca hablas en serio, Leo?

—Nunca, por el equilibrio biológico.

—¿El qué?

—¿Nunca oíste hablar del equilibrio ecológico, ese que impide que mates al mosquito que te está chupando la sangre, porque si lo matas un señor dejará de morir de tifus exantemático o lo que sea y eso supondrá la superpoblación imparable?

—Sí, sí —rió Eleanor—, oí hablar del equilibrio ecológico, pero ¿qué tiene eso que ver contigo?

—Que vengo a ser el mosquito de la biología. Pico con mi risa a todos mis congéneres para lograr que rían ellos también y así conseguir un mínimo equilibrio con tantas caras largas que se ven por todas partes.

—¿Y tienes mucho éxito con tus picaduras?

—Hasta ahora no he conseguido hacer reír a nadie.

—Al menos tu picadura está teniendo éxito conmigo —dijo Eleanor, riendo a carcajadas.

Él acercó su cara a la de ella y la chica supo que iba a besarla y que ese beso la haría muy feliz, cuando una voz seca rompió el encanto.

—La visita debe retirarse —estaba diciendo la enfermera desde la puerta que, a causa de las risas, no habían oído abrir.

—Intentaré volver...

—No lo intentes, muy pronto estaré fuera y podremos vemos cuanto queramos. Bueno, quiero decir...

Él le oprimió la mano, un poco a escondidas de la enfermera, que seguía junto a la puerta con ademán carcelario.

—Entiendo lo que quieres decir y me gusta —le susurró al oído. Y ésa fue la despedida.

Eleanor, desde la puerta del vestíbulo, veía perderse la figura de Leonard por el camino que llevaba a la verja y se disponía a regresar a su habitación, cuando salió el doctor Pulitzer de su despacho.

—Señorita Humbler —la llamó y a la chica le llamó la atención su aparente agitación—, venga a mi despacho, por favor.

Naturalmente, ella hizo lo que se le pedía.

—Tiéndase en el diván.

Mientras se echaba, miró los ojos del médico. Brillaban con un brillo que provocó en Eleanor un temor que ella misma se apresuró a calificar de irracional.

—No me había dicho que está unida sentimentalmente a un hombre —comenzó abruptamente Pulitzer.

Ella pudo haber respondido que tampoco él se lo había preguntado, pero prefirió una respuesta más amable y nada engañosa.

—El señor Leonard Johnson enseña en la misma escuela en que yo lo hago. Somos compañeros y, en alguna medida, amigos.

—¡No me mienta, señorita Humbler!

Las extemporáneas palabras hicieron dar un respingo a Eleanor que, apoyándose sobre una mano, alzó su cabeza y miró rectamente al médico.

—Yo no le he mentado.

Aunque el brillo de sus ojos era ahora más intenso que nunca, Pulitzer logró controlarse.

—Disculpeme —dijo—, no es fácil que los pacientes puedan comprender la tensión emocional a que está sometido un psiquiatra. Lo que quise decir es que usted debe ser totalmente sincera conmigo. Sólo una relación franca, cordial, íntima diría yo, entre médico y paciente puede hacer surgir esas cosas profundas e ignoradas que provocan los aparentemente inexplicables trastornos psíquicos. Eso es lo que yo quería decir, sólo que lo dije mal.

Sonrió a Eleanor y ésta se dejó caer sobre el diván, como en tácita aceptación de la disculpa.

—Bien, señorita Humbler, ¿qué relación la una a este señor?

—Johnson. No más de la que le he dicho. Compañeros y, en alguna medida, amigos.

—¿Se acuesta usted con él?

Ella sintió que su corazón latía fuertemente y el rubor inundaba su cara ante lo directo de la pregunta. «Y, sin embargo, esas preguntas es lógico que las haga un psiquiatra», se obligó a reconocer.

—No, doctor, no me acuesto con el señor Johnson —contestó. Y decía la verdad.

—¿Se acuesta usted con otros hombres?

—No.

—¿Es frígida?

—Supongo que no.

—¿Tiene tendencias lesbianas?

—¡Claro que no! —Consciente del rubor que tenía su rostro, se encaró con el médico—. Doctor, ¿es necesario todo esto?

Pulitzer, con sus ojos brillantes y su respiración agitada, respondió de inmediato y con voz muy firme:

—Señorita Humbler, déjeme que sea yo quien decida lo que es o no necesario en su tratamiento.

Eleanor, una vez más, apoyó su cabeza sobre el suavemente inclinado respaldo del diván y contestó todas las preguntas que Pulitzer quiso hacerle.

Durante casi media hora más, el médico indagó sobre la vida sexual de la chica llegando hasta su infancia, en lo que parecía un bisturí escarbando lo más profundo de una víscera, en busca de algún tumor indefinible y desconocido para el paciente.

—Está bien por hoy —decidió por fin el médico—. Mañana iniciaremos formalmente su tratamiento.

—¿Qué tipo de tratamiento, doctor? —preguntó Eleanor, mientras se incorporaba.

Pulitzer, que también se había puesto de pie, hizo un ademán vago con su mano.

—El tratamiento es complejo —se evadió— y nada fácil de explicar a un profano. Ya lo irá viendo por sí misma. Le resultara interesante —concluyó, con una sonrisa que, junto con el siempre presente brillo de sus ojos, desconcertó a la chica.

Cenó en su habitación, encontrando los alimentos, a diferencia de la insulsez del almuerzo, excesivamente condimentados para tratarse de la cena de alguien que, al fin y al cabo, estaba sometido a un tratamiento médico, fuera de la clase que fuese. Pero tenía apetito porque la visita de Leonard la había dejado sin merienda — en realidad, ignoraba si se servía merienda en Bellevue— y comió todo lo que contenía la bandeja.

Tras higienizarse, se acostó, dispuesta a leer durante varias horas el libro de Graham Greene que, junto con otro de Evelyn Waugh, había llevado a la clínica. Pese al interés que la lectura la producía, poco menos de una hora después de haberse acostado se sintió vencer por el sueño. Apagó la luz, tras dejar el libro sobre la mesilla de noche y se quedó dormida.

Sus sueños, influidos por las preguntas de Pulitzer y la pesadez de su estómago, fueron una sucesión de visiones entre el erotismo y la náusea, hasta que, creyendo arrastrarse por el desierto bajo un sol ardiente que quemaba su cuerpo, se despertó, comprobando que se había liberado de las ropas de cama que la cubrían.

Aún sin librarse de las brumas del sueño, le llamó la atención que la lámpara que ella recordaba haber apagado, estuviese encendida y que el calor en la habitación fuese excesivo. Pero ninguna de esas dos circunstancias motivó el terror paralizante, total, que se apoderó de ella.

El motivo era una rata grande, negra, gorda y peluda, que la miraba desde el pie de la cama. A menos de diez centímetros de sus desnudos pies.

Capítulo VII

LA parálisis dominaba totalmente a Eleanor, impidiéndole hacer el más mínimo movimiento. La rata, por su parte, apenas se movía en dirección a sus pies, como si fuera consciente de ser la dueña de la situación.

La chica se obligó a pensar y logró poner en funcionamiento su mente, aunque sus músculos siguieron paralizados. ¿Qué convenía hacer? ¿Permanecer en absoluta inmovilidad o intentar la huida hasta el cuarto de baño, cuya puerta estaba a poco más de un metro de la cama?

Recordaba haber leído que la inmovilidad se recomienda en caso de aparecer una serpiente, pero nada sabía de ratas, animal que desde muy pequeña le había aterrorizado y sido horroroso protagonista de muchas de sus pesadillas.

¿No sería ésta otra de esas pesadillas? En los libros, la gente se pellizca para saber si está dormida o despierta, pero para eso es necesario poder mover las manos y ella no podía poner en movimiento ni uno solo de sus dedos.

Ni apartar sus ojos del repugnante animal.

En cuanto a éste, se decidió a iniciar un lento avance. Las piernas de Eleanor estaban separadas y la rata se introdujo entre ellas. No llegaba a tocar la piel de la chica, pero ésta comprendió que no podría seguir un segundo más esa alucinante situación.

Aunque la rata avanzaba con lo que parecía deliberada lentitud, en instantes llegaría hasta su pelvis y entonces no habría medio de evitar el repugnante contacto y, casi seguramente, la mordedura.

Eleanor hizo un esfuerzo por ponerse en movimiento. Encogiendo sorprendentemente sus piernas y saltando de la cama, todo en un solo movimiento, con dos zancadas, tal vez sólo con una, estaría dentro del cuarto de baño y, una vez cerrada la puerta, se libraría del peligro.

En ese instante sintió el contacto de la cola de la rata rozando la piel de su muslo izquierdo y la mezcla de repugnancia y terror que eso le produjo, le proporcionó la energía que parecía haber desaparecido de su cuerpo, y pudo poner en práctica su plan. Levantó violentamente sus piernas para escapar al horrible contacto, saltó al suelo y de otro salto se introdujo en el cuarto de baño. Cerraba lo más rápidamente posible la puerta, cuando vio que la rata saltaba de la cama al suelo. Respiró aliviada, ya estaba a salvo. Maquinalmente —porque su cerebro todavía no podía funcionar con normalidad—, corrió el pestillo de la puerta, como si el animal fuese capaz de abrirla accionando la manija.

Con la frente apoyada en la puerta, intentó comenzar a recuperarse del terrible momento vivido. «No, no era una pesadilla. Era una rata de carne y hueso». Al decir «de carne y hueso», sintió que la náusea que hiciera su primera aparición durante el sueño se apoderaba ahora de ella. No intentó rechazarla, por el contrario, pensó que vomitar le haría bien. Apoyándose en la puerta para controlar el equilibrio se volvió, dispuesta a inclinar su cabeza sobre el lavabo.

Pero no lo hizo porque desde el interior de éste la miraba con sus redondos y amarillentos ojillos una rata tan negra, tan gorda y tan repugnante como la que la aterrorizara en el dormitorio.

—Señorita Humbler...

—Bien, señorita Humbler, espero que nos explique lo que le ha ocurrido.

Eleanor miró a su alrededor sin comprender lo que estaba ocurriendo. Se encontraba en su cama, bien cubierta por sábanas y colchas, en tanto el doctor Pulitzer y la enfermera Hilda, junto con otra desconocida para ella, rodeaban sus camas. Hilda vestía su uniforme normal, en tanto el médico y la otra enfermera se cubrían con batas y tenían el aspecto propio de quienes han sido violentamente arrancados de su sueño.

—Las ratas... —murmuró Eleanor, mirando la cama y el suelo, ante el temor de que los asquerosos animales aún estuviesen allí.

Hilda hizo un significativo gesto al médico.

—Eso es lo que repite desde que llegué aquí, doctor —dijo.

Eleanor se incorporó, quedando sentada en el lecho.

—Había una rata allí —señaló los pies de la cama—. Yo escapé

al baño y allí, en el lavabo, había otra rata.

Pulitzer miró a las dos mujeres.

—Pueden retirarse —les dijo—. Yo hablaré con la señorita Humbler.

Las enfermeras se fueron, cerrando la puerta tras de ellas y el médico se sentó en una silla, junto al lecho.

—Hilda estaba de guardia —comenzó diciendo— y la oyó gritar. Vino de inmediato, encontrándola dormida, pero en un estado de terrible agitación. Pensó en administrarle un sedante, pero prefirió pedir mi opinión antes de administrárselo. Yo decidí venir personalmente para hablar con usted. En cuanto a Janet, la otra enfermera, también fue despertada por sus gritos. Vino por si era necesaria su ayuda.

Todo parecía lógico. Eleanor estaba confundida.

—Yo... Lo siento.

Pulitzer sonrió ampliamente.

—Nada de disculpas. Somos profesionales y estamos acostumbrados a que los pacientes tengan problemas por la noche. Ahora quisiera que usted me contara lo que motivó sus gritos.

—Yo dormía y tenía pesadillas —los recuerdos confluían a la mente de Eleanor, ahora bien despierta—. Me temo que la cena estaba demasiado condimentada...

—No me extrañaría —intervino Pulitzer, asintiendo con la cabeza—. Nuestra cocinera es demasiado amiga de las especias. Prosiga, por favor.

Por primera vez en la noche, la chica miró de frente al médico. Sus ojos no brillaban.

—Desperté con una terrible sensación de calor. La temperatura había aumentado varios grados en la habitación —se interrumpió, al advertir que en esos momentos la temperatura era normal—. Ahora no es así —reconoció, con acento de sorpresa.

El médico asintió en silencio y le hizo señas para que continuara su relato.

—Desperté con mucho calor y vi que, durante el sueño, me había quitado las ropas de cama que me cubrían. Y entonces... la vi. Se detuvo porque el miedo intentaba volver a ella.

—¿Qué vio? —La animó Pulitzer, con voz persuasiva.

—La rata. Estaba allí —volvió a señalar el lugar—. Entre mis

piernas y comenzó a caminar muy lentamente hacia mi cuerpo. ¡Entonces salté de la cama y me encerré en el cuarto de baño! Hasta corrí el pestillo de la puerta por el miedo que tenía...

—¿Qué ocurrió entonces?

—Sentí náuseas y me volví hacia el lavabo para vomitar en él, pero allí estaba otra rata que me miraba con sus ojos amarillos, como burlándose de mí...

La cajetilla de cigarrillos de Eleanor estaba sobre la mesilla de noche; el médico estiró su mano, la tomó y ofreció un pitillo a la chica, cogiendo otro para él. Después encendió ambos con el mechero que estaba junto al paquete.

—Tranquilícese, señorita Humbler —dijo por fin—. Aunque creo que un sedante no le vendría mal, antes de proporcionárselo y que usted se duerma, quisiera que habláramos unos minutos. Porque supongo que no tendrá demasiado sueño, dadas las circunstancias...

—No, no tengo sueño.

—Bien. Como usted misma comprenderá, su relato, que incluye una rata en el dormitorio, otra en el cuarto de baño, más una puerta cerrada con pestillo que ahora está abierta —la señaló con la mano que sostenía el cigarrillo— y, para completar la historia, un calefactor que decide por sí mismo aumentar su potencia, son demasiadas cosas como para tomarlas en serio.

—Doctor, yo vi esas dos ratas.

—Usted creyó verlas, señorita Humbler.

—¿Cree que estoy inventando toda esta historia sólo para llamar la atención sobre mí o algo por el estilo?

Pulitzer levantó ambas manos en gesto de indignado rechazo.

—¡De ninguna manera creo que usted esté mintiendo, señorita Humbler! —protestó.

—¿Entonces?

—Estoy convencido que usted cree firmemente que todo lo que me ha relatado ha ocurrido en la realidad, cuando sólo es producto de su mente.

Eleanor acababa de pasar por una experiencia terrible, había sufrido demasiado como para darse por vencida y mucho menos por convencida.

—No, doctor, eso no ha sido producto de mi mente. Eso ha ocurrido realmente. Admito que la pesadez de mi estómago me

provocó pesadillas y puede que la mala digestión fuera la causa del calor que sentía y que atribuí a un aumento de la calefacción, pero las ratas eran bien reales. Especialmente la primera, la de la cama, ya que la segunda apenas la vi durante una fracción de segundo y después debo haberme desmayado —miró atentamente al médico—. ¿Usted ha dicho que la enfermera Hilda me encontró en la cama? —preguntó.

El interrogado asintió lentamente con su cabeza.

—Usted estaba en la cama —dijo—. Muy excitada, con las ropas de cama revueltas, pero en su lecho y dormida. Eso no se compagina muy bien con su versión de la rata en el lavabo y el pestillo de la puerta del cuarto de baño echado —concluyó con una sonrisa.

Cada vez más, Eleanor se sentía obligada a aceptar la tesis del médico. Era todo demasiado fantástico para haber ocurrido en la realidad. Por contra, la teoría del sueño, pesadilla o como quisiera llamársele, permitía explicar todo muy fácilmente. Inició su rendición tendiendo una cuerda a Pulitzer.

—¿Qué explicación encuentra usted a lo ocurrido, doctor?

Al médico le gustó la pregunta y sonrió ampliamente.

—Así me gusta, señorita Humbler. Lo que acaba de decir me confirma en mi idea que podremos terminar muy pronto con sus pesadillas, ya que posee una admirable capacidad de reacción, lo que denota un buen equilibrio mental. Bien —continuó con voz profesional y tras dar una chupada a su cigarrillo—, para mí lo ocurrido es evidente. Y hasta podría añadir que previsible.

—¿Previsible?

—Sí, por mi parte, naturalmente.

—Quisiera que me explicara...

—Y lo haré de inmediato. Pero antes una pregunta. La rata que vio sobre la cama y que avanzaba entre sus piernas, ¿hacia dónde se dirigía?

—No lo sé. Yo sólo pensaba en huir de ella.

—Comprendo. Pero me atrevo a creer que usted, aún en tan terribles momentos, tenía alguna idea sobre la parte de su cuerpo que elegiría la rata para atacarla.

—Avanzaba entre mis piernas. Pensé que me mordería en el pubis...

Pulitzer apuntó con su cigarrillo hacia ella, en gesto de triunfo.

—¡Eso era lo que quería oír! —dijo—. Y eso lo explica todo. Es decir —se corrigió—, lo explicará para usted, ya que yo nunca tuve dudas sobre el motivo de su pesadilla.

—No entiendo.

—Se lo explicaré en dos palabras. Incluso apelando a sus recuerdos. Cuando comenzó usted sus menstruaciones, especialmente cuando estaba en período inmediatamente premenstrual y tenía dolores, ¿no soñaba con ratas que la mordían en el bajo vientre?

Eleanor frunció el entrecejo, tratando de recordar. Hacía más de una docena de años de todo eso y sus recuerdos de aquella época iban más hacia el dolor motivado por la pérdida de su madre que a los dolores, por otra parte muy esporádicos y nada intensos, que le provocaban sus menstruaciones. Pe entonces llegó a su mente el recuerdo de una noche de invierno, cuando ella tenía doce años. Hacía mucho frío y su padre había dejado funcionando la calefacción, por lo que su cuarto estaba anormalmente caluroso. Esa noche había tenido una horrible pesadilla en la que se veía rodeada de ratas sanguinolentas. Las ratas luchaban entre ellas y la niña sabía que la que venciera se la comería y que comenzaría a comerla por el bajo vientre. A la mañana siguiente comenzó su menstruación.

Asintió al médico, que había permanecido en silencio y observándola durante todo ese tiempo.

—Sí, doctor —dijo—. Al menos una vez recuerdo haber soñado con ratas que intentaban morderme, antes de una menstruación.

—Y seguramente lo habrá soñado más de una vez. La inmensa mayoría de las niñas y jóvenes lo hacen.

—¿Pero por qué soñar anoche?

—Por las preguntas que yo le hice sobre su vida sexual. Recuerde que llegamos a hablar hasta de su menarca.

—¿De mí qué?

Pulitzer sonrió.

—Perdóneme por el término. Menarca significa simplemente primera menstruación —la miró, siempre con su sonrisa en los labios—. ¿Está convencida de que todo fue una pesadilla, producto por partes iguales de una digestión pesada y una conversación sobre

temas sexuales?

—Bueno. Todo fue tan real que...

—Todo le pareció tan real.

Ahora fue ella la que sonrió, e hizo un gesto de rendición.

—Supongo que usted tiene razón, doctor. Diga a su cocinera que no condimente tanto la comida.

—Y yo tendré mis conversaciones con usted por la mañana —completó el médico en tono distendido y poniéndose de pie—. ¿Está tranquila o prefiere que le aplique un sedante? —preguntó cuándo comenzaba a alejarse.

Ella hizo con su mano un gesto tranquilizador, que lo era a su vez de despedida.

—No pierda más horas de sueño por mi culpa, doctor —le dijo—. Estoy muy tranquila y, en cuanto usted se vaya y acabe mi cigarrillo, me quedaré profundamente dormida y soñaré con ovejitas en los prados.

—Espero que sea así —dijo el médico y abandonó la habitación.

Al quedar sola, Eleanor pensó que realmente estaba muy tranquila, a pesar del terror vivido o soñado.

«Es extraño que me sienta tan tranquila», no pudo dejar de pensar.

Y, como había dicho al médico, minutos más tarde dormía profunda y tranquilamente.

A la mañana siguiente, Hilda la despertó con una bandeja que sólo contenía una taza de té.

—Hoy comenzará el tratamiento —le anunció—. El doctor sólo le permite beberse esta taza de té.

Se la bebió y, después de higienizarse y vestirse, Hilda la condujo a la primera planta, haciéndola entrar en una sala a cuya puerta se leía: «Ergometría». Con bata blanca y de pie ante lo que parecía un panel de instrumentos, estaba Pulitzer.

—Buenos días, señorita Humbler —la saludó—. Hoy vamos a apreciar la capacidad de su corazón.

—¿Mi corazón? —se sorprendió ella—. No creo tener nada en él...

—Muchos problemas psiquiátricos son cardiopatías encubiertas —explicó el médico—. Desnúdese, por favor —concluyó, señalando un ángulo de la habitación a medias cubierto por una cortina y

donde se veía una percha y una silla.

—¿Tengo que desnudarme completamente? —preguntó ella.

—Completamente, sí.

Un par de minutos más tarde reapareció de tras la cortina completamente desnuda. Pulitzer, desde su panel, hizo una seña a Hilda, que esperaba junto a una báscula.

—Peso y altura —ordenó.

—Cincuenta y tres kilos; un metro sesenta y siete —pudo informar la enfermera tras las correspondientes mediciones.

A pesar de estar ante un médico y una enfermera, Eleanor se sentía molesta por estar desnuda, deseando que la prueba, fuera lo que fuese, acabara de una vez.

Entonces Pulitzer señaló un aparato que, según lo que la chica pudo ver, consistía en su parte visible en una ancha banda de caucho situada a unos quince centímetros del suelo y que tenía en uno de sus extremos, a la altura de la cintura de un hombre, una barra horizontal de hierro sujeta en sus extremos a una caja metálica que formaba parte del aparato.

Pulitzer señaló la banda de caucho.

—Súbase allí —dijo— y sujétese fuerte con las manos en la barra de hierro.

Eleanor hizo lo que se le ordenaba y, sin aviso previo, se sintió impelida hacia atrás hasta casi caer. Pero estaba firmemente sostenida en la barra y de inmediato comprendió que la banda se había puesto en movimiento hacia atrás y lo que se esperaba de ella era que simulara caminar hacia adelante, moviendo sus pies rítmicamente, a paso de marcha.

No le costó en absoluto adaptarse al ritmo de la máquina y hasta encontró el asunto divertido, en especial porque ante sus ojos, fijado con chinchetas en la pared había un dibujo que representaba un camino que se perdía en el horizonte y un título: «El día muere». Se le ocurrió que eso lo habría puesto allí algún humorista con el fin de introducir la idea de muerte en quien hacía el experimento.

Y de pronto comprendió que la banda sobre la que se apoyaba marchaba ahora a mucha mayor velocidad. Se vio obligada a correr para mantenerse en equilibrio. Y su corazón comenzó a latir con violencia.

Ladeando la cabeza todo lo que su esfuerzo por mantener el

equilibrio le permitía, miró a Pulitzer. Con los dedos oprimiendo botones en su panel, el médico tenía los ojos fijos en ella. Y los ojos brillaban desagradablemente.

La velocidad volvió a aumentar. Eleanor se sintió desfallecer y gritó:

—¡Paren esto, por favor!

El corazón parecía que iba a salirse por la boca y una sensación de mareo comenzó a invadirla.

La velocidad con que se movía su suelo móvil volvió a aumentar.

—¡No puedo! ¡Mi corazón!

«Quiere matarme. Pulitzer quiere matarme», la terrible idea cruzó su febrilmente, pero nada podía hacer por evitarlo si así era. Soltarse de la barra y saltar fuera de la banda de caucho significaba un terrible golpe, que hasta podía costarle la vida. «Pero esto también me va a matar».

Y entonces, tan sin aviso como al comienzo, un invisible botón paralizó el aparato y Eleanor, desfallecida, salió trastabillando de él y se dejó caer sobre una camilla que estaba a menos de un metro de distancia.

Ya no le preocupaba su desnudez, sólo quería descansar.

Tras unos minutos se sintió suficientemente repuesta como para incorporarse, aunque todavía respiraba con esfuerzo y todo su cuerpo parecía haberse convertido en un inmenso latido.

Pulitzer estaba sonriendo frente a ella, mientras blandía una larga tira de papel del tipo que se utiliza para gráficos.

—La felicito, señorita Humbler —dijo—. Tiene usted un corazón de hierro. Nada debemos temer de él. Puede ducharse allí —señaló una puerta cerrada— si lo desea. Luego vístase y vaya con Hilda, que le servirá un succulento desayuno.

Cuando el agua agradablemente tibia caía sobre su fatigado cuerpo, Eleanor se rió de las ideas que había llegado a formarse sobre Pulitzer cuando la hacía correr desesperadamente sobre esa máquina infernal. «Si quisiera matarme, elegiría un sistema más sencillo», se dijo, riéndose de sí misma.

El desayuno que le sirvió Hilda en la misma sala de la «máquina infernal» no fue realmente succulento, pero sí abundante y agradable. Huevos fritos con bacón, pan, mantequilla y mermelada,

y café. Reconfortada, primero con la ducha y después con la comida, Eleanor decidió dar un paseo por el jardín y se lo dijo a Hilda.

—Pero está lloviznando —objetó la enfermera.

—No me importa. Vivo en Londres, estoy acostumbrada a la llovizna.

En realidad, cuando salió al exterior la lluvia había dejado paso a una bruma cargada de humedad que, aunque no mojaba, resultaba más molesta que el agua. Pero la chica estaba resuelta a dar su paseo. Vestida con falda u jersey, aunque la falda fuera de *tweed* y el jersey de cuello alto y lana gruesa, sintió un poco de frío, considerando la idea de volver a la habitación en busca de un abrigo. Tal vez debió haberlo hecho, pero no lo hizo. Quería dar un paseo y quería hacerlo de inmediato.

Para muchos, el parque ofrecería un aspecto casi siniestro, con colgajos de niebla envolviendo los árboles desnudos y una bruma que no permitía ver a más de un par de metros de distancia, pero para Eleanor, solitaria, introvertida y con cierta tendencia a la depresión, el espectáculo era hermoso. Mil veces preferible a ese sol de tarjeta postal que, según ella lo comprobara en un viaje, lucía todos los días del año en España.

Ella era londinense y amaba la niebla. Lentamente se introdujo en ella, siguiendo el camino que eligiera el día anterior, para no perderse. «Aunque sería divertidísimo perderme», pensó. A su mente acudió la imagen de Pulitzer, Hilda, la enfermera que viera la noche anterior y la desmelenada «ayudante personal» del doctor Sollier, buscándola con linternas y perros entre la niebla.

Pulitzer, Hilda, la otra enfermera y la «ayudante personal»... ¿Es que no habría, además del portero que sólo viera en el instante de su llegada, más seres vivos en Bellevue?

Esto le había preocupado más de una vez, desde su llegada a la institución. Pulitzer había hablado de una cocinera y, en efecto, alguien tendría que preparar las comidas que le servían, pero eso no era todo. Tenía que haber más gente. Algún paciente... Uno o dos, aunque más no fuera. Era difícil pensar que ella era la única «huésped» del lugar y que toda la organización funcionaba sólo para atenderla.

Y también estaba la cuestión del personal. Ciertamente el director,

Sollier, estaba de viaje, según le informara Pulitzer, pero debería haber otros médicos, asistentes sanitarios y enfermeros. No era entendible que Hilda y, en todo caso, la otra enfermera que viera por la noche se ocuparan en exclusiva de la atención de Bellevue. En cuanto a la autotitulada «ayudante personal» del doctor Sollier, Eleanor tenía serias dudas de que se tratara, efectivamente, de un miembro del personal, más bien se inclinaba a creer que se trataba de una interna como ella.

A pesar de que la humedad parecía penetrarla hasta los huesos y que estrechaba los brazos contra su pecho para darse calor, no renunció a su paseo. Le encantaba esa niebla y esos árboles que se alzaban fantasmales entre ella. «Parece el escenario ideal para una película de terror», bromeó consigo misma. Pero su mente lógica se indignó contra la idea: «Demasiado visto. Si yo realizara una película de terror, todas las escenas exteriores serían con sol y las interiores con mucha luz y mucha gente».

Aunque comenzaron siendo graciosos, estos pensamientos terminaron por alterar su tranquilidad. Además del frío, que era muy natural que sintiera, esa vieja y temida sensación de soledad se apoderó de ella. «Estoy muy sola».

Había, sin advertirlo, rodeado el edificio y estaba pasando junto al lago. Pensó en Leonard. «Cuando salga de aquí, él estará esperándome. Nunca volveré a estar sola». Pero ¿cuándo saldría de allí? Cosas como las ratas de la noche anterior y la sangre saliendo de la ducha, no ayudarían a que le dieran el alta muy pronto. «Debo estar muy enferma...».

Su mente lógica se negaba a aceptar esa posibilidad. «Esto es una crisis. Pasará. Siempre he sido equilibrada...».

Sus pensamientos se interrumpieron al oír el grito. Estaba muy próxima a la pared posterior del edificio y, como ocurriera al día anterior, el grito parecía venir de sus pies. Pero esta vez al grito siguió una voz humana que dijo claramente: «¡Ayúdeme!».

Capítulo VIII

POR un instante, Eleanor creyó que se trataba de otra de sus fantasías. Una combinación de sus temores sobre la salud de su mente, con la niebla y la soledad. Pero un nuevo «¡Ayúdeme!», mezcla de grito y ruego, dicho casi junto a sus pies la convenció de que esto era realidad y no trampa psíquica. «También las ratas parecían muy reales...».

Miró en la dirección de la voz. De inmediato vio algo en lo que no había reparado el día anterior: sobresaliendo no más de veinte o treinta centímetros del nivel del suelo, había una abertura enrejada. Eleanor imaginó lógicamente que se trataría de una abertura de ventilación para el sótano. Se agachó todo lo que el mantenimiento del equilibrio le permitía.

—Ayúdeme, por favor...

El día gris y la oscuridad del sótano le impedían ver el rostro del que hablaba. Se inclinó aún más. Confusamente distinguió una masa de pelos rubios que no sabía si pertenecían a una cabellera o una barba.

—Me van a matar —dijo la voz. Era ronca y sonaba desagradablemente.

—¿Quién es usted?

—Soy médico. Me han encerrado.

—¿Por qué?

Desde el interior del sótano llegaron hasta la chica rumores confusos y un grito que le pareció haber sido proferido por una mujer. Los pelos rubios desaparecieron de su vista y ella, sintiendo de pronto un miedo cuyo motivo no hubiera sabido explicar, abandonó casi corriendo el lugar.

Sentada frente a la ventana de su habitación, pensó en lo que acababa de oír y ver. ¿Se trataría de un pabellón de aislamiento? En una institución de ese tipo, era muy lógico suponer la existencia de

zonas apartadas, donde recluir a internos peligrosos.

Pero el hombre que le pidiera ayuda no parecía peligroso, sino asustado. «Me van a matar», había dicho. Claro que todos los locos dicen cosas similares. «También yo, hace sólo unas horas...».

La depresión volvió a apoderarse de ella. «Estoy muy enferma». Y su mente lógica le decía que no veía mejoría en su estado. «Todas las noches te inventas algo nuevo». No pudo reprimir un estremecimiento al imaginar qué nuevos horrores le tendría preparada su mente para esa misma noche.

Hilda, entrando con una bandeja que contenía su almuerzo, la arrancó momentáneamente de sus tristes pensamientos. La llegada de la enfermera le recordó la masa de pelos que clamaba ayuda desde el sótano.

—Hilda, ¿soy yo la única interna de Bellevue? —preguntó a la mujer, una vez que ésta hubo dispuesto la bandeja sobre una mesita.

¿La enfermera dio un respingo o sólo se lo pareció a Eleanor? De todos modos, hubo unos segundos de silencio antes de que diera su respuesta.

—Sí, es usted la única. —Y de inmediato, mirándola fijamente —: ¿Por qué lo pregunta?

La chica aprendía rápidamente que la mentira, el engaño y el disimulo son las únicas defensas con que cuentan los reclusos de todo tipo, así que mintió con absoluta naturalidad. Incluso restando importancia al asunto con un encogimiento de hombros.

—Por nada. Simple curiosidad. Me resulta extraño que un establecimiento tan grande y conocido como éste no tenga ningún... cliente.

—Los huéspedes vienen y van. A veces, Bellevue está llano y otras está vacío —comentó la mujer con voz dura y como poniendo punto final al diálogo.

Eleanor consumió en silencio su comida, menos condimentada que la de la noche anterior, ya una vez que hubo terminado Hilda se hizo cargo de la bandeja y se retiró en silencio.

La chica volvió a sentarse ante la ventana, con un cigarrillo entre sus dedos. Aunque sólo era poco más de la una, la luz diurna se difuminaba en el parque, atrapada por las masas de niebla que se espesaban cada vez más. Un par de horas, todo lo más, y la

oscuridad sería total. «Sola entre la niebla». La frase llegó al cerebro de Eleanor y ella no supo si se trataba del título de una película o de una exacta definición de su estado actual.

«No —se corrigió de inmediato—; la frase, para ser exacta, tendría que decir. Sola entre la niebla... y loca».

Esa noche pidió a Hilda que le administraran un sedante, porque imaginaba que no iba a poder dormir, pero la enfermera se negó aduciendo que el doctor Pulitzer sólo los ordenaba cuando eran estrictamente necesarios, ya que de no proceder así el paciente creaba adicción, lo que era extremadamente peligroso.

Eleanor permaneció largo tiempo sentada ante la ventana, con el libro de Graham Greene entre las manos. No lograba concentrar su atención en lo que intentaba leer. «¿Qué nuevo horror me inventaré esta noche?», era la pregunta que ocupaba su mente.

En la oscuridad de una noche fría y ventosa, el jardín ofrecía un aspecto de desolación y tristeza, nada propicio para levantar el ánimo de la chica. Decidió ir a la cama, como quien acepta voluntariamente la tortura. Apenas había probado la cena, por lo demás ligera, que le habían servido, pero presentía que algo horrible ocurriría durante la noche. Es decir, que algo horrible inventaría —ya habría inventado— su mente para aterrorizarla esa noche.

«¿Es que mi mente funciona independientemente de mí misma? —Peor aún—: ¿Es que mi mente está en contra de mí e intenta destruirme?».

Recordó haber leído en alguna revista de divulgación científica que la esquizofrenia es un desdoblamiento de la personalidad. «Cómo un hombre ante un espejo que refleja su propia imagen, pero invertida», había pensado al leer el artículo. Y ahora ella misma era la que pensaba que su mente actuaba por su cuenta y aun convirtiéndose en su enemiga. Esquizofrenia. Ése era el diagnóstico correcto para su tipo de locura.

Con los ojos fijos en el techo, se preguntó si los esquizofrénicos verían las visiones que a ella la visitaban todas las noches. Tendría que preguntárselo al doctor Pulitzer. Aunque no estaba segura de que conocer el nombre de su tipo de locura fuera tan importante.

«Estoy loca. Eso es lo importante».

Debió quedarse dormida, porque no se puede despertar sin antes

estar dormido.

A los pies de la cama estaba la Muerte.

Como de costumbre, la invitaba a acompañarla. «¿Y por qué no?», se preguntó la chica. El terror que sintiera la noche anterior ante las ratas, no lo sentía ahora ante esta Muerte a la que ya estaba acostumbrada.

No, no sentía miedo. Hasta se alegró de haber olvidado apagar la lámpara de la mesilla de noche para que su luz iluminase perfectamente a esa imagen que su mente era capaz de crear. La miró, pensando que se estaba mirando a sí misma, a su propio cerebro, con más pena que temor. Era la misma Muerte de siempre, con sus huesos y su manto negro con reflejos dorados. Aunque descubrió algo que llamó su atención: esta vez la Muerte había venido sin el aura brillante que solía envolverla. Por lo demás, todo como siempre. Y las manos invitándola sin descanso a seguirla.

Tan tranquila se sentía Eleanor que llegó a pensar: «Lástima que no seas real porque, de serlo, te acompañaría a tu reino que, al fin y al cabo, es un lugar de descanso».

Como era creyente, se le ocurrió pensar si los locos podrían entrar en el cielo o habría una especie de limbo, sin rejas, pero con paredes acolchadas, para ellos. Decidió que irían al limbo. Y se consoló pensando que siempre sería mejor que ese infierno en que la vida, por culpa de su propia mente, se había convertido para ella.

Tan intensa era la actividad de su pensamiento que llegó a olvidar la presencia de la Muerte. Alzó los ojos hacia ella, pero había desaparecido.

Sonrió con dolorosa ironía. «Mi mente es tan pobre que no es capaz de realizar dos actividades a la vez. O crea a la Muerte, o piensa en el limbo, pero no logra hacer las dos cosas simultáneamente», se le había ocurrido pensar.

Después de apagar la luz y buscar largamente una posición cómoda, logró dormirse con un sueño nervioso y agitado, en el que condujo alocada velocidad un automóvil hasta el borde mismo de un barranco; estuvo a punto de ahogarse en un lago de aguas heladas y huyó despavorida de la persecución de decenas de ratas negras, gordas y repugnantes.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Hilda le dijo que el doctor Pulitzer la esperaba para una entrevista. A su debido

tiempo, Eleanor obedientemente se tendió sobre el diván.

—¿Cómo pasó la noche, señorita Humbler?

«Los reclusos tienen que mentir a sus carceleros».

—Bien, doctor.

—Vaya... Me alegra oírlo. ¿Ninguna pesadilla?

—Bueno... Soñé que estaba a punto de despeñarme conduciendo un coche, que casi me ahogaba en un lago. Nada importante.

Como Pulitzer permanecía en silencio, ladeó la cabeza para inquirir el motivo de su silencio. El médico la estaba observando atentamente. No había ahora brillo en sus ojos, sino lo que a la chica le pareció sorpresa y hasta desconcierto.

Y eso la desconcertó a ella. «Se da cuenta que le estoy mintiendo. Los psiquiatras conocen bien a los locos y saben cuándo éstos mienten». Se sintió culpable y deseosa de decir la verdad, contar que había recibido la «visita» de la Muerte, para así evitar el castigo que seguramente le impondría Pulitzer por su mentira. «Duchas frías o, tal vez, la camisa de fuerza».

Pero, por otra parte, mentir al médico era ser superior a él. Y eso la satisfacía. No le diría la verdad.

—¿Nada más pasó anoche, señorita Humbler? —preguntó él.

—Nada más, doctor —contestó ella.

Un par de minutos más tarde estaba paseando por el parque, con una sonrisa bailoteando en su rostro. La noche anterior había comprendido que estaba loca y aceptando esa terrible situación. ¡Pues entonces se trataba de sacar el mejor partido posible a su locura!

Repasó sus conocimientos sobre el tema con el entusiasmo y la excitación de un niño que juega por primera vez un juego desconocido y apasionante. ¿Qué se decía de los locos? Que actuaban arbitrariamente, según su capricho y sin obedecer leyes ni reglas establecidas por la sociedad. En una palabra, que los locos no tenían más freno para sus acciones que los que ellos mismos se imponían. De lo cual dedujo inmediatamente que los locos eran libres. Levantó la vista hasta la verja que rodeaba el jardín. «Ése es el límite de mi libertad», se dijo sin tristeza.

Porque después de las reflexiones de la noche anterior, y especialmente después de la visita de la Muerte, se había convencido que pasaría el resto de su vida dentro de Bellevue. Veía

claramente que su estado mental empeoraba en lugar de mejorar. Había oído decir que la locura es una enfermedad progresiva, que demora años en manifestarse y sigue una evolución a peor que también dura años, pero su caso parecía ser más rápido. «Un caso de locura fulminante», se dijo, casi riendo.

Como primer y modesto paso hacia la libertad que la locura le otorgaba, siguió su paseo por los canteros, en lugar de hacerlo por el camino. Ciertamente que no había flores ni césped para pisotear, pero eso, junto con mentir a Pulitzer, eran signos de libertad que la hacían sentirse mejor.

Junto al lago consideró seriamente la posibilidad de bañarse en él, pero decidió que ella era loca, pero no estúpida y que una pulmonía no favorecería en nada su recién ganada libertad. Pero entonces recordó a la masa de pelos que le pedía ayuda el día anterior desde el sótano y pensó que hacer una visita a un compañero de desgracias podría ser agradable, además de un deber de solidaridad.

Se acercó al respiradero, inclinándose cuanto le fue posible, pero allí no había nadie. Entonces se arrodilló en el suelo de gravilla —lo que no era nada agradable para sus rodillas— y miró hacia el interior del agujero. Estaba oscuro y poco pudo ver, aunque distinguió dos especies de jergones, sobre uno de los cuales estaba echado y dormido el hombre de los pelos.

—¡Eh, usted! —le gritó.

El tipo siguió durmiendo y Eleanor comenzó a impacientarse. Estaba a punto de seguir su paseo y olvidarse del durmiente, pero creyó su deber hacer una última tentativa.

—¡Eh, compañero! ¡Despierte!

Ahora sí que el hombre la oyó y, tras mover varias veces la cabeza en busca de la voz que lo arrancaba de su pesado sueño, comprendió la procedencia y saltó del jergón al suelo, corriendo a aplastar su cara barbuda contra las rejas del respiradero.

—Señorita, por favor, ayúdeme.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—A usted la dejan andar libremente por el jardín. Escape y avise a la policía.

Eleanor empezaba a comprender que la amistad entre locos no es fácil.

—Escuche, yo no puedo salir de aquí porque soy una interna, como usted.

—¡Yo no estoy enfermo, yo soy médico!

La chica estaba dispuesta a seguir cumpliendo su función de samaritana, aunque le resultaba aburrida y se estaba convenciendo de su inutilidad.

—Usted es médico y yo soy profesora —dijo, con el tono que empleaba para sus alumnos más torpes—, pero eso no impide que los dos estemos enfermos y por eso estamos aquí.

El barbudo se excitaba terriblemente al oírla.

—¡No sea idiota! ¡Yo estoy encerrado aquí!

No gritaba, más bien susurraba, pero oprimía con sus manos los barrotes y Eleanor comprendió que su presencia le hacía mal. «Es un tipo de locura diferente a la mía —razonó—. Le excitaba la relación con otros seres, lo que explica que lo tengan aislado».

—Bueno, le dejo. Mañana volverá a visitarlo —dijo sonriente, mientras comenzaba a incorporarse.

Esto acabó de enfurecer al hombre.

—¡Espere, no se vaya! ¡Por favor!

Eleanor le dedicó una sonrisa y un movimiento amable de su mano, y se alejó del lugar. Casi se arrepentía por haber hablado con el pobre diablo. Era evidente que el doctor Pulitzer sabía lo que hacía. ¿Qué tipo de locura tendría ese pobre hombre, al que se veía joven y, pese a la barba hirsuta, con unos rasgos faciales que delataban cultura y buena posición social? Bueno, ella no era psiquiatra, sino loca. No estaba entre sus obligaciones el diagnosticar a sus compañeros de encierro.

Dijo «compañeros», en plural, porque así le vino a la mente, pero eso le hizo pensar. Así como por casualidad había descubierto al barbudo, podía haber más encerrados en otras partes del edificio. Cuando ella se consideraba «normal» había intentado cumplir todas las órdenes que se le daban y hasta no transgredir normas que sólo imaginaba que podían existir, con el exclusivo objeto de impresionar favorablemente a sus carceleros —ahora gustaba llamarlos así— y poder obtener más rápidamente la libertad.

Ahora que sabía que nunca saldría de Bellevue, o cuando menos que pasaría años allí, no tenía por qué intentar agradar. Haría lo que le viniera en gana. Y lo que en ese momento le apetecía era

recorrer el amplio edificio de punta a punta.

Comenzó por los pisos superiores. Sobre el que estaban las habitaciones, había un ático que más parecía una inmensa buhardilla. Allí se guardaban colchones, elásticos de camas, viejos instrumentos médicos y todo lo que se puede encontrar en un trastero de hospital. Mucho polvo y muchas telas de araña. Eleanor decidió que nada había allí que pudiera interesarle y, cerrando la chirriante puerta, descendió al piso inmediatamente inferior.

Doce puertas en total, seis a cada lado del amplio corredor, se ofrecían a su inspección. Abrió la que estaba más próxima al rellano de la escalera. Introducía a un dormitorio idéntico al suyo, sólo que con evidentes muestras de estar deshabitado. Dos puertas tenían echada la llave, por lo que se quedó sin saber lo que había tras ellas; el resto eran dormitorios y estaban vacíos. Excepto el suyo, naturalmente.

Al descender al piso inferior, en el que se encontraban las principales instalaciones médicas de la institución, se cruzó con Hilda, que estaba acompañada por la extraña mujer que se autotitulaba «ayudante personal del doctor Sollier». La enfermera, con su mano oprimiendo fuertemente el antebrazo de la otra, parecía conducirla a algún lugar venciendo su resistencia. Miró a Eleanor con cierta sorpresa.

—Suponía que estaba paseando por el parque, señorita Humbler.

—Sentí un poco de frío, por eso entré.

—Bien. Es mejor que vaya a su habitación. De inmediato le llevaré la comida.

Sorprendida por el anuncio, la chica consultó su reloj. En efecto, faltaban pocos minutos para las doce, hora en que le era servido el almuerzo. Entre paseos, charlas e inspecciones, la mañana se le había pasado con más velocidad de lo que ella supusiera. Tendría que dejar la exploración del edificio para más tarde.

Después de comer se sentó en su lugar favorito, frente a la ventana y contempló el parque que ese día, con algo de sol y nada de niebla, no estaba tan a su gusto como lo estuviera el anterior. Contemplándolo, se quedó dormida.

La despertó Hilda, llevándole una taza de té y unas pastas, exquisiteces que por primera vez le ofrecían. Eleanor bebió y comió y, cuando quedó sola, tras comprobar con satisfacción que no

habían echado llave a la puerta de su habitación, salió al exterior, para continuar la interrumpida exploración.

En la planta inferior no vio más de lo que esperaba ver: media docena de salas dedicada cada una de ellas a un sistema de exploración o tipo de terapia distinto. Una de las seis era la del maldito aparato que llegó a hacerle pensar que Pulitzer quería matarla. Contemplando la ahora inmóvil banda de caucho y su muy inocente aspecto, no pudo menos que reír al recordar sus temores. «Qué loca estoy, Dios mío». Y casi la divertía el pensarlo.

Descendió al piso bajo. Allí tenía que extremar sus precauciones porque en él estarían seguramente Pulitzer, Hilda y el resto del personal que pudiera haber en Bellevue.

En puntas de pie atravesó la parte de vestíbulo que llevaba desde el pie de la escalinata hasta una de las puertas situadas en el extremo opuesto a la entrada principal. Eligió esa ruta porque pensó que llevaría a los sótanos, lugar que le fascinaba, aunque ella misma no quisiera confesárselo.

Se encontró en un pasillo estrecho, con suelo de baldosas y paredes encaladas, obviamente perteneciente a la zona de servicio del edificio. Siguió adelante, pasando por un office y después por una gran cocina, que parecía ser utilizada sólo en parte. Una pequeña puerta la llevó desde la cocina a una despensa de generosas dimensiones y abarrotada de comestibles. Eleanor pensó que Bellevue esperaba tener muchos más «huéspedes» de los que tenía, a juzgar por el acopio de provisiones.

En el ángulo más alejado y oscuro de la despensa descubrió lo que su subconsciente había buscado desde el comienzo de su exploración: una estrecha y oxidada escalera metálica de caracol, que conducía al sótano.

Sin vacilar, bajó por ella. «Con la inconsciencia de un loco», pensó. Vagamente imaginaba horrores que podían estar aguardándola abajo, pero no les temía. «No serán peores que los creados por mi mente».

Abajo estaba oscuro, pero su mechero le permitió encontrar el interruptor más próximo. Lo primero que vio, gracias a la luz que inundó el recinto, fueron seis tubos de oxígeno presumiblemente vacíos, colocados de pie junto a una pared. Estaba en una estancia cuadrada, de unos cuatro metros de lado, con suelo de cemento, y

en la que había, además de los tubos, dos camillas oxidadas, varios soportes para frascos de suero también oxidados y dos estructuras metálicas plegables, que alguna vez debieron servir como biombos, pero que ahora habían perdido la tela que los rellenaba.

Una puerta metálica cerrada estaba en la pared frente a la escalera. Eleanor se encaminó hacia ella, probó el picaporte y descubrió con satisfacción que no tenía echada la llave.

Con el corazón latiéndole con fuerza creciente, la chica atravesó el vano y cerró la puerta tras de sí. Aunque no sabía —al menos conscientemente— lo que estaba buscando, tenía la intuición de que estaba a punto de encontrarlo.

A ambos lados de un estrecho pasillo con suelo de cemento y una bombilla colgada del techo como única iluminación, se veían tres puertas metálicas con pequeñas mirillas en su parte superior, del tipo de las que se utilizan en las celdas de castigo de las cárceles modernas. Eleanor miró por la mirilla correspondiente a la primera puerta a su derecha. El interior estaba oscuro, pero pudo percibir una forma voluminosa y una especie de ronquido. En su mente, sin motivo que lo explicara, se formó la idea de un hipopótamo que cuando niña viera en el zoo de Londres. Siguió adelante, pero consciente de que estaba perdiendo demasiado tiempo y muy pronto Hilda entraría en su habitación con la cena, se saltó las mirillas intermedias y se asomó a la última de la derecha. Una forma indudablemente humana estaba tendida sobre un jergón.

Probó la manija de la puerta, pero, como lo temía, estaba cerrada con llave. A la escasa luz de la bombilla del corredor y la nula que llegaba del exterior por el respiradero, no podía saber si la forma echada era el barbudo, pero decidió probar suerte.

—¡Eh, oiga!

Al revés de lo que aconteciera por la mañana, el hombre se puso en pie de un salto. Evidentemente, no estaba dormido. Lentamente, tanteando en la penumbra y como con desconfianza, se acercó a la mirilla, haciendo pantalla con su mano sobre los ojos.

—¿Quién es usted?

—Soy la que usted vio esta mañana paseando por el parque.

El hombre pareció aliviado. Arrimó cuanto pudo su cara a la mirilla. Una reja en cruz de diez centímetros la separaban del rostro de Eleanor, que intentó sonreírle, aunque, ahora sí, se sentía un

tanto asustada. Nunca había estado tan cerca de un loco furioso y comenzaba a preguntarse qué morboso instinto la había llevado hasta allí. «El deseo de ayudar a un compañero», recordó.

—¡Por favor, ayúdeme! —Estaba diciendo el hombre—. Lo que está ocurriendo es horrible. Yo soy médico...

—Ya me lo dijo esta mañana y yo le dije que soy profesora —intentaba ser amable, porque no sabía cómo tratarlo para que no le volviera el violento acceso de la mañana. ¿Y si la puerta podía abrirse desde dentro y el tipo salía y la estrangulaba?

Eleanor sintió que iba a comenzar a temblar. Y las palabras que estaba pronunciando el barbudo no contribuyeron a tranquilizarla.

—¡Oiga, usted no me cree!

Ella sonrió, tranquilizadora.

—También podría decirle lo mismo a usted. Que no cree que yo sea profesora. Yo le creo, usted es médico...

—¡No, no me cree! ¡Cree que estoy loco!

—Bueno —intentó conciliar ella—, todos los que estamos aquí tenemos algo. Yo, por ejemplo...

—¡No me interesa lo que usted tenga o deje de tener! —explotó el violento barbudo, para de inmediato controlarse—. Perdóneme, pero si usted supiera lo que es estar aquí encerrado...

—Me lo imagino, tranquilícese. Yo he venido para hacerle compañía.

Él la miró receloso.

—¿Saben ellos que usted está aquí?

—No, no lo saben —se apresuró a responder Eleanor, suponiendo que «ellos» serían los médicos de la institución.

—Entonces usted está corriendo un gran riesgo...

—Nadie me ha prohibido que vaya por donde quiera.

—Pero, si la ven conmigo, la matarán. Como mataron a los otros.

Eleanor no pudo disimular un gesto de fastidio. Qué difícil era tratar con locos. «Lo mismo dirán los médicos cuando me traten a mí», intervino su mente lógica y eso le permitió mantener la sonrisa en sus labios y decir con tono casi convincente:

—No tema, me iré de inmediato. Sé cuidar de mí misma. Si hay algo que pueda hacer por usted...

El hombre habló atropelladamente, con su barbuda cara

mostrando unos ojos hundidos y febriles.

—Escape de aquí. Vaya a la policía y dígales...

—¡Señorita Humbler!

Venciendo el paralizante terror que se había apoderado de ella, Eleanor se volvió en dirección a la voz. Con una bandeja con alimentos en sus manos y mirándola con ojos amenazantes, Hilda estaba ante ella.

Eleanor decidió rápidamente que algo tenía que decir:

—Yo... Quería conocer el edificio y... y llegué hasta aquí.

Los ojos de la enfermera parecían echar rayos.

—Éste es el sector de aislamiento —dijo—. No debió venir aquí.

Lentamente, Eleanor iba recobrando la confianza.

—Yo no sabía lo que era esto. Vine aquí como antes estuve en los pisos superiores.

—Vuelva a su habitación inmediatamente, señorita Humbler —dijo Hilda, y Eleanor se apresuró a alejarse del lugar.

Cuando estuvo sentada ante la ventana, en la relativa seguridad y hasta confort de su cuarto, recordó con pesar que no se había despedido del pobre barbudo. No creía que él hubiera reparado en tan mínimo detalle. Estaba convencida de que nada podía hacer ella por ese pobre hombre y casi se arrepentía de la visita, imaginando que sólo habría servido para aumentar su desequilibrio psíquico. Había leído más de una vez que muchos enfermos mentales se creen médicos, lo que es muy natural, dado que el médico es para ellos padre, confesor, madre, represor, dios; en fin, lo es todo. Lo que nunca creyó de verdad es que tantos locos se creyeran Napoleón. Puede que eso ocurriera cien o ciento cincuenta años atrás, pero ¿por qué iba a ocurrir a finales del siglo xx, cuando Napoleón no era más que una referencia histórica y un excelente coñac?

La llegada de Hilda con la cena la arrancó de sus reflexiones. Si esperaba recibir una reprimenda por parte de la enfermera, se equivocó totalmente. Como era su costumbre, la mujer no abrió la boca. Eleanor comió con buen apetito. Esta vez la cena tenía buen sabor y no estaba exageradamente condimentada.

Después, de nuevo sola y de nuevo sentada ante la ventana, con un cigarrillo en la mano y Graham Greene sobre las rodillas, el temor volvió a ella. ¿Qué horror la tendría preparada su mente para esa noche? La Muerte, sangre en el grifo, ratas... Y ahora, ¿qué?

¿Una serpiente en la cama?

Sentía tanto horror por las serpientes que, en un gesto que ella misma calificó de ridículo, quitó violentamente el embozo a la cama, miró debajo de ella, abrió las puertas del armario y los cajones de la cómoda, y revisó palmo a palmo el cuarto de baño.

No encontró serpientes, ni ratas, ni elefantes rosados. Intentando reírse de sí misma, pero sin lograrlo del todo, volvió a sentarse frente a la ventana. Como ya lo pensara en otros momentos de temor, consideró la posibilidad de pasar la noche en vela, fumando y leyendo. Pero eso era ridículo y, peor aún, inútil. Ya lo había intentado antes. Ya había intentado todo. Y todo era inútil, su mente era más poderosa que sus buenos deseos. «Mi parte mala es más fuerte que la buena». De nuevo la esquizofrenia se hacía presente.

Recordó sus pensamientos casi optimistas de la mañana. Había aceptado que estaba loca y que pasaría un largo tiempo en Bellevue. Bueno, había lugares peores que ése en el mundo. En su búsqueda de autoconsuelo hasta llegó a pensar cuántos habitantes del Tercer Mundo se sentirían felices viviendo en un lugar como ése. «Aunque sea una prisión...». ¿Cambiarían esos pobres seres sus chozas, sus enfermedades y su libertad por esa cárcel con calefacción, buena comida y atención médica? ¿Qué elegiría ella, de poder elegir?

«Yo no puedo elegir», concluyó y, poniéndose de pie, se desnudó y se introdujo en el lecho. «Que vengan los monstruos», se dijo. Apagó la luz y cenó los ojos.

Cuando los abrió, Hilda estaba ante ella con la bandeja del desayuno y unos indecisos rayos de sol penetraban por la ventana.

—¿Es de día? —preguntó, asombrada.

Ningún monstruo se había presentado durante la noche; ningún horror había simulado despertarla.

—Son las ocho —respondió la enfermera con su voz neutra de siempre, agregando—: El doctor Pulitzer quiere verla cuando termine de desayunar.

—Estaré con él en cinco minutos —anunció con voz alegre.

Era la primera noche en todo ese horrible tiempo que nada había turbado su descanso. ¡Ni siquiera podía recordar lo que había soñado! Tal vez, después de todo, no estuviese tan mal. A lo mejor era posible su curación...

Tal como prometiera a Hilda, pocos minutos más tarde se presentaba sonriente ante Pulitzer, que esta vez no la invitó a echarse sobre el diván, sino a ocupar una silla frente a él, que estaba tras su escritorio.

—Se la ve muy bien, señorita Humbler —fue su saludo.

—He dormido muy bien, doctor, me siento en plena forma, como suele decirse.

—Más en «plena forma» se sentirá después de oír lo que voy a decirle, señorita Humbler.

Ella le miró sorprendida. El médico le dedicó una sonrisa y después dijo:

—Mi opinión profesional es que su estado psíquico sólo presenta ligeras alteraciones que un tratamiento ambulatorio con el doctor Wellright corregirá fácilmente —como ella le miraba atónita, él aclaró—: Lo que estoy queriendo decirle es que he decidido que deje Bellevue y hoy mismo se reintegre a su hogar y a su vida normal.

Capítulo IX

FUERA de la verja la esperaba un taxi. Eleanor entregó sus maletas al conductor y se dejó caer en el asiento posterior, con la vista fija en el parque, que volvía a estar inundado de niebla, y en el edificio que apenas podía entreverse entre la bruma.

«Y pensar que hace sólo unas horas creía tener que pasar muchos años de mi vida encerrada allí».

Dio al conductor la dirección de su casa. Una vez en ella miró muebles, cuadros y paredes con la alegría de quien se reencuentra con amigos entrañables a los que temía nunca volver a ver.

Después de esa primera visión emocionante, sus ojos descubrieron, más prosaicamente, que había mucho polvo por quitar. Pasó el resto de la mañana limpiando y arreglando el pequeño apartamento. También hubo que llenar la vacía nevera y comprar todo lo imprescindible para que la casa volviera a «ponerse en marcha».

Cuando todo estuvo en orden, tras ducha y ropa alegre, descubrió con asombro que era la una, que estaba muerta de hambre y —lo más sorprendente de todo— que no había llamado a Leonard para comunicarle su inesperada libertad.

A esa hora los profesores habían acabado de comer y estaban bebiendo café en el salón; corrió al teléfono.

—Leonard... Soy yo, Eleanor.

—¡Ellie! Eso sí que es una sorpresa. Al menos te dejan hablar por teléfono, ya que no recibir visitas.

—Leo, yo... —La emoción le impedía hablar.

El muchacho interpretó mal su vacilación.

—¿Te ocurre algo, Ellie? ¿Quieres que vaya? No podrán impedir que entre...

—Leo, estoy en mi casa.

Hubo un brevísimo instante de silencio y después habló el

muchacho con voz cauta.

—No te entiendo, Ellie...

Ella se echó a reír.

—¡Ya no estoy en Bellevue, tonto! ¡Estoy en mi casa! —gritó por el auricular.

—Pero no entiendo... —La voz cambió de cauta a preocupada—. Oye, Ellie, no te habrás escapado, ¿verdad?

Un ramalazo de dolor recorrió a Eleanor. ¿Tan mal la había visto Leonard como para pensar que había huido de la institución psiquiátrica? Pero se repuso; comprendió que el desconcierto del chico era lógico, ya que ella misma no se lo podía creer cuando el doctor Pulitzer le dijo que estaba «libre».

—Realmente eres un tonto, Leonard Johnson —rió—. No me he escapado, me han dejado en libertad. Conmutado la pena, si quieres decirlo así.

Hubo otro lapso de silencio y por fin sonó la risa alegre y espontánea que parecía ser consustancial a Leo.

—¡Chica, eso hay que festejarlo!

—Si insistes...

—¡Que si insisto! ¡Estoy a punto de decir al «viejo» lo que pienso de él y de sus antepasados y correr junto a ti!

—El insulto a un superior —bromeó ella— es motivo de despido sin indemnización. Aguántate hasta las cinco.

—¡No te muevas de ahí!

—No me moveré.

Después de comer, Eleanor pensó en llamar al doctor Wellright, pero temió que éste le dijera de verla esa misma tarde. Prefería encontrarse con Leo, ya habría tiempo para el psiquiatra.

El abrazo y el beso duraron el tiempo suficiente como para no dejar dudas sobre la alegría que a ambos embargaba por el inesperado reencuentro. Después hubo sillones, *whisky*, *gin-tonic* para Eleanor y cigarrillos para ambos.

—Cuéntame, ¿cómo te «largaron» tan pronto?

—¿Crees que lo han hecho demasiado pronto?

Él se agitó, hasta comprobar que ella estaba bromeando.

—Por favor, Ellie —rogó—. No digas esas cosas ni en broma.

—Bueno —reflexionó ella—, un poco loca sí que estaba.

Él se puso serio.

—No pienses más en todo aquello. Si el doctor Pulitzer te ha dicho que te fueras es porque ha podido comprobar que tu estado mental es lo suficientemente bueno como para que no necesites estar encerrada.

—Él habló de que mi estado psíquico sólo presenta «ligeras alteraciones» y cree que unas visitas con el doctor Wellright serán suficientes para volver a estar en plena forma.

Leo echó una elocuente y prolongada mirada al cuerpo de la chica, lleno de femeninas curvas todas con el tamaño exacto y la ubicación precisa, comentando después:

—Mi modesta opinión, nada profesional, desde luego, es que ya estás en plenas formas. Por lo que se ve...

—Estoy hablando de mi mente —dijo ella, riendo—. Que no se ve.

—Pero con un cuerpo como el tuyo...

—Eso no tiene nada que ver —ronroneó ella, halagada por los elogios.

—Yo te creía más fuerte en clásicas —dijo con aparente incongruencia Leo, y ella se le quedó mirando.

—¿Clásicas? ¿Pero de qué estás hablando?

—¿Ya has olvidado aquello de *Mens sana in corpore sano*?

Los dos rieron y continuaron una alegre y deshilvanada charla, hasta que Leonard dijo:

—Bien, ya es hora de que iniciemos los festejos.

Ella le miró, sorprendida y divertida a la vez.

—Yo creí que los festejos habían comenzado cuando nos... saludamos.

—Señorita Humbler —contestó él, apuntándole con un tembloroso índice e imitando maravillosamente la voz del director del grupo escolar—, una persona que se consagra a la noble tarea de transformar la arcilla que Dios pone en nuestras manos, en seres humanos, nunca debe expresarse en términos que induzcan a confusión en quien los oye. Una profesora, como la mujer del César, no sólo debe ser decente, sino parecerlo.

Eleanor, riendo, le hizo un gesto de que acabara de una vez y se puso de pie.

—Había previsto una cena íntima —dijo—, pero parece que tú tienes otros planes.

—Una cena íntima con cursis velas encendidas en la mesa ha causado la perdición de hombres aún más decentes que yo. Un profesor —volvió a imitar la voz del «viejo»— debe ser un constante ejemplo...

Pero ella ya no le escuchaba, había corrido a su dormitorio, cerrando la puerta tras de sí.

—¡Me cambio en un minuto! —gritó a través de ella.

—¡Si tardas más de un minuto olvidaré que soy un profesor! —contestó él en el mismo volumen de voz.

En realidad, Eleanor tardó sus buenos quince minutos, pero él no olvidó su docencia, profesión que, según tu director, obliga a la decencia.

Cuando Eleanor reapareció con un vestido de noche y cubierta con un abrigo de visón, Leo emitió el inevitable y holliwoodiano silbido, pero esta vez plenamente espontáneo y sincero.

—Chica, me pregunto si un profesor tan pobre como yo...

—No te lo preguntes —cortó ella.

Cenaron en un restaurante francés y después de bailar al *Body and Soul*, una discoteca de moda, en Portobello Road. Se trataba de un lugar no muy grande y sorprendentemente oscuro y «silencioso».

—Se está bien aquí —comentó Eleanor, mientras bailaba estrechamente abrazada a su pareja, porque la discoteca era tan a la última moda que todos bailaban así.

—En cualquier lugar en el que tú estés se está bien —susurró él junto a la oreja de la chica.

Después de bailar largamente, volvieron a su mesa y a sus bebidas. Charlaban alegremente cuando ante ellos pasó una pareja. Ella era una chica flaca e intrascendente; él se singularizaba por una poblada barba negra. Otra barba, aunque rubia e hirsuta se presentó en la mente de Eleanor. Estaba hablando Leo y ella le escuchaba sonriendo. Ante el recuerdo, la sonrisa se estereotipó en su cara y, pese a la poca iluminación del local, el muchacho notó el cambio.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó, interrumpiéndose en mitad de una frase.

Ella volvió a la realidad. Sonrió a su compañero, haciendo un gesto como de espantar malos recuerdos.

—Nada —dijo—. Un mal recuerdo.

No quena hablar de ese universo cerrado y siniestro del que

acababa de salir.

—No te quedes con él, suéltalo —estaba diciendo Leo.

—Hay temas más agradables...

—Por supuesto. Decirte que te quiero es el más agradable de todos. O tal vez sea el segundo, y el primero que tú me digas que me quieres a mí. —Oprimió la mano de Eleanor y la miró a los ojos, sonriente, pero firme—. Cuéntame lo que te preocupa. No quiero que me ocultes tus temores, tus preocupaciones o lo que sea. Nuestra «sociedad» no puede funcionar solamente para lo bueno. Supongo que has sufrido mucho estos días, no calles esos sufrimientos porque hacerlo será peor para ti y yo lo tomaré como una falta de confianza.

Ella habló con la vista fija en su vaso, que hacía girar lentamente entre sus manos.

—No estaba pensando en mis sufrimientos, sino en los sufrimientos de otro.

Leo permaneció en silencio, esperando que ella continuara.

—He vivido una experiencia extraña en Bellevue y que, ahora lo comprendo, me ha impresionado. Paseaba una mañana por el parque, cuando oí una voz que me gritaba «Ayúdeme»...

Contó a Leo toda la historia, desde la primera visión de la barba tras las rejas, hasta la aparición de la enfermera Hilda con la bandeja de comida. Cuando terminó, los dos permanecieron durante unos instantes fumando en silencio. Después dijo Leo:

—Comprendo que ver a ese pobre diablo te haya impresionado. Personalmente, probablemente con egoísmo porque te quiero, lamento que hayas pasado junto a ese respiradero y que te hayas visto involucrada de alguna manera en una triste historia, pero debes comprender que eso es lógico y esperable en una clínica psiquiátrica.

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, lo mismo me he estado repitiendo desde anoche —miró con sorprendido rostro a su compañero—. «Anoche» —repitió—, ¿te das cuenta que todo eso ocurrió hace sólo poco más de veinticuatro horas?

Leonard, por toda respuesta, le oprimió fuertemente una mano y la besó en la mejilla. Ella sonrió a las caricias, pero no consiguió volver del todo a su feliz presente.

—Pensar que yo estoy aquí, bailando y bebiendo contigo y ese hombre está allí, en esa horrible celda... Tal vez aferrado a los barrotes clamando por una ayuda que nunca recibirá.

—Por una ayuda que sólo la ciencia, y tal vez ni siquiera ella, puede darle, Ellie.

—Sí, lo sé, pero no me es fácil olvidar a ese prisionero que no tuvo la suerte que tuve yo. Fíjate que al día siguiente de verlo ya estaba fuera de Bellevue...

—Tal vez el que lo vieras influyó en tu tan inmediata «liberación».

Ella miró sorprendida a su compañero. Por primera vez desde que se desataran sus recuerdos parecía realmente interesada por el inmediato presente.

—¿Qué quieres decir?

Ahora le tocó a Leo sorprenderse ante la reacción que sus palabras produjeran en la chica.

—Pss... Nada especial —alzó sus hombros para potenciar sus palabras—. Supongo que el doctor Pulitzer pensaba darte de alta de un día para otro y al enterarse por su enfermera que habías visitado esas horribles celdas habrá pensado que convenía acelerar tu salida de Bellevue. Indudablemente, el saber que bajo tus pies había seres humanos encerrados como fieras y viviendo en total aislamiento, no hubiera contribuido a tu curación.

—Sí, es muy razonable lo que tú dices —respondió Eleanor, pero el tono de su voz era dubitativo—. Desde luego —agregó como para sí misma—, debe haber una relación entre mi visita a las celdas y mi alta...

Quedó en silencio y Leo lo respetó durante el tiempo que demoró en consumirse su cigarrillo. Cuando eso hubo ocurrido, dijo a la chica, con su más despreocupado tono:

—¿Qué tal si volvemos a bailar?

Ella se puso de pie en silencio. Bailaron nuevamente muy abrazados, pero él comprendió que sólo estrechaba su cuerpo, porque su mente había regresado a Bellevue.

—¿Por qué no haces que tu cuerpo y tu alma se reúnan, para no ofender a los dueños de la discoteca^[1]? —dijo riendo a su compañera y ésta se le quedó mirando.

—Pero si mi cuerpo y mi alma están contigo —protestó.

—Sólo tu cuerpo está conmigo, tu alma sigue en Bellevue.

—Hay tanto sufrimiento en el mundo... —murmuró ella, apretando aún más su rostro contra el pecho de su compañero.

Una hora más tarde estaban ante el portal del edificio de Eleanor.

—Déjame subir —pidió Leo.

Ella negó con la cabeza, aunque suavizando la negativa con una franca sonrisa.

—No, querido; esta noche, no —dijo—. Si subes... bueno, no bajarás muy pronto, por decirlo de manera suave...

—Me iré cuando tú quieras que me vaya —dijo él, con tono algo resentido.

Ella le oprimió ambas manos.

—No me interpretes mal —rogó—. Seguramente sería yo quien no te dejara marchar. Pero esta noche... Esta primera noche, es muy importante para mí. Si tú estás conmigo, todo será demasiado fácil. Y me quedará el temor de que cuando esté sola...

—No tienes por qué estar sola nunca más, cariño.

Eleanor le besó respondiendo a un impulso espontáneo. Cuando los labios se separaron, dijo:

—Gracias por esas palabras, querido. Desearía pasar contigo todas las noches de mi vida, a partir de ésta, pero es necesario que me pruebe a mí misma que puedo estar sola.

Él le pellizcó la mejilla y se dispuso a partir.

—Lo comprendo —dijo, agregando con su alegre voz de siempre—: Y ¡maldita sea!, hasta creo que tienes razón. Iré a emborracharme —concluyó tristemente.

—¡Pero hazlo solo! —exigió ella, abriendo la puerta con su llavín.

Con un tono de voz adecuado para despertar a la vecindad, le espetó Leo:

—¡No puedes exigirme fidelidad, en tanto no...!

Eleanor se apresuró a cerrar la puerta tras de sí, riéndose a carcajadas. Pensó que su fama en el vecindario era tan buena, tan exageradamente buena, que un poco de escándalo le resultaría beneficioso.

El apartamento, frío y solitario, frenó algo su alegría. Se desvistió rápidamente y se introdujo entre las ropas del lecho,

apagando de inmediato la luz.

«No demoremos la hora de la verdad», se estaba diciendo a sí misma.

Bajaba a gran velocidad por una escalera de caracol enmohecida que se hacía más y más estrecha. «Llegaré a asfixiarme», pensaba ella, pero no podía dejar de bajar porque era hacia el infierno hacia donde debía dirigirse en un taxi con las maletas. No hacía frío porque era agosto y en el infierno siempre es agosto, pero tampoco hacía tanto calor y los condenados gritaban mucho. «Ayúdeme», gritaban los condenados, pero ella pasaba sonriente y sin detenerse junto a ellos porque Leo la esperaba al final del camino, en una posada llamada Bellevue, donde se bailaba en la oscuridad. Un hombre de largas barbas gritaba algo incomprensible delante del mar y una enfermera le explicó que era Moisés que trataba de que se abrieran las aguas del mar Rojo, que se llamaba así porque era un mar de sangre. Ella sabía que la enfermera estaba mintiendo, el hombre de las barbas no era Moisés ni quería que se abriera la jaula donde se guardaban las ratas; sólo gritaba «Ayúdeme», pero ella no podía ayudarlo porque su padre tenía dolor de cabeza y necesitaba una aspirina.

Tommy se había disfrazado de Muerte para actuar en la fiesta de fin de curso y ella se reía mucho, diciéndole: «No eres una verdadera Muerte, Tommy; te falta el aura brillante». En el supermercado había que hacer una larga cola para adquirir alimentos condimentados, por lo que ella prefirió seguir bailando con Leo. Le gustaba estar entre sus brazos porque se sentía segura. Hasta le sacó la lengua a Tommy disfrazado de Muerte. «No te tengo miedo —le dijo—. Estando con Leo no tengo miedo a nadie». Pero pronto salió de su error. No era Tommy quien representaba a la Muerte, ni era Leo quien estaba a su lado. Era un hombre con barba muy larga que tenía su mano hacia ella diciendo: «Una limosna, por favor». Pero ella no tenía dinero, todo lo había perdido en el lago helado. Comenzó a correr desesperadamente, porque el hombre barbudo se enojaría mucho con ella si no le daba una limosna. Temía que la velocidad de su carrera no fuera suficiente para ponerla a salvo, cuando el sol brilló en todo su esplendor en el gran parque del que desaparecía la niebla y Leo apareció ante ella, estrechándola entre sus brazos. «Has llegado a tiempo —dijo ella,

ahora sin miedo al frío y a la soledad—. Ya no tengo más miedo», —recalcó.

Al despertarse, notó que sonreía. Y que, efectivamente, los rayos del sol se colaban entre los intersticios de la persiana. Era de día.

«La noche ha acabado», se dijo, con cierto tono melodramático.

—Me complace mucho tenerla aquí, señorita Humbler.

—Confiese, doctor Wellright, que no esperaba verme tan pronto.

El psiquiatra sonrió y la sonrisa era una forma de dar la razón a Eleanor.

—En efecto —dijo—, pensé que su estancia en Bellevue sería un poco más prolongada. Pero, como le he dicho antes, me alegra mucho haberme equivocado. Además... —Se interrumpió, como dudando si debía seguir adelante; por fin se decidió a continuar—: Es curioso, pero en estos últimos días, después de haber estado con usted, naturalmente, he oído algunos comentarios contradictorios sobre Bellevue.

Eleanor alzó la cabeza.

—¿Comentarios de qué tipo, doctor? —quiso saber.

El médico se alzó de hombros.

—Bueno, siempre se habla... ¿Ignora usted que el gremio médico es un nido de cotillas? —Después de la sonrisa con que fueron dichas esas palabras, volvió a su actual seriedad—: Bien, hablemos de usted, señorita Humbler. El doctor Pulitzer me telefoneó ayer para anunciarme su alta y el buen pronóstico que tiene sobre su evolución futura.

—Me alegra oírlo, doctor, aunque supongo que tendremos que hablar mucho usted y yo en los próximos meses.

Wellright, alto y distinguido, sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Supongo que sí —dijo—. Lo que, por supuesto, para mí será un gran placer y espero que lo sea para usted.

—Lo será, doctor. No es lo mismo... Bueno, quiero decir... —Sintió que se ruborizaba y tuvo que cortar la frase.

El médico acentuó su sonrisa.

—Comprendo perfectamente lo que quiere decir. Es mucho más tolerable venir aquí un par de veces por semana a estar las veinticuatro horas del día encerrada en una institución, por buena que ésta sea —adelantó su busto hacia ella—. Por cierto, debí preguntárselo desde un principio, ¿cómo la trataron en Bellevue?

—Bien...

Los puntos suspensivos fueron de inmediato notados por el psiquiatra.

—Un «bien» condicionado. ¿A qué, señorita Humbler?

Ella alzó sus manos en gesto de impotencia.

—Nada achacable a la institución —dijo—. Sólo que... Bueno, ya sabe: mis locuras.

Él la miró entre divertido y desconcertado.

—¿Sus «locuras»? No sé qué quiere decir.

—Pero sabe lo que el doctor Pulitzer le ha dicho.

—No es más de lo que yo le he dicho a usted. Que no creía necesario prolongar su estancia...

—No me refiero a la llamada de ayer, sino a la anterior —interrumpió Eleanor.

—¿La llamada anterior? ¿Se refiere a cuando yo llamé para anunciar su llegada?

—No. Me refiero a la llamada que el doctor Pulitzer le hizo al día siguiente de mi ingreso en Bellevue.

Wellright frunció el entrecejo.

—La única vez que el doctor Pulitzer me ha llamado ha sido ayer —dijo.

—Pero yo estoy segura...

El médico le pidió que se interrumpiera y llamó por el interfono a su secretaria.

—Señorita Blanchard, ¿ha habido alguna otra llamada de Bellevue en estos últimos días, además de la que me pasó usted ayer?

La respuesta llegó metálica hasta Eleanor y Wellright.

—No, doctor. La de ayer fue la única llamada en meses.

El psiquiatra presionó un botón para desconectar la comunicación y se volvió a la chica.

—¿Por qué creía usted que Pulitzer me había llamado?

—Porque él me lo dijo. Yo tuve... Yo creí...

Wellright sonrió y le hizo un gesto apaciguador.

—Tranquilícese, señorita Humbler, y cuénteme sólo lo que quiera contarme.

Eleanor se echó hacia atrás el pelo, señal inequívoca en ella de nerviosidad.

—Nada tengo que ocultarle a usted, doctor —dijo después, más tranquila—. La noche de mi llegada a Bellevue fui a darme una ducha y salió... bueno, yo creí... En fin, creí que salía sangre en lugar de agua.

Calló, pero Wellright no hizo ningún comentario.

—Después no recuerdo nada más, hasta que la enfermera me despertó con el desayuno la mañana siguiente. Referí lo de la sangre al doctor Pulitzer y él me dijo más tarde que había hablado con usted y que su opinión era no dar demasiada importancia al episodio, etcétera.

Wellright sonrió, distendido.

—Me hago cargo —dijo—. Una mentira inocente, muy común en nuestra profesión. El doctor Pulitzer pensó que a usted en alguna medida le tranquilizaría el creerme al tanto de lo sucedido...

—Y así fue, en realidad.

—¿Lo ve? Por su parte, Pulitzer no consideró necesario informarme, seguramente atribuyendo su alucinación al hecho de su reciente ingreso en la clínica, circunstancia que siempre conlleva un inevitable aumento de las tensiones psíquicas, agravadas en su caso por las apariciones que había sufrido en las noches anteriores.

—Entiendo perfectamente, doctor —dijo Eleanor, pero estaba muy lejos de decir lo que realmente sentía.

—Bien, señorita Humbler —comenzó a despedirla el psiquiatra —, si a usted le resulta conveniente, podríamos reunirnos los miércoles y viernes a las... —consultó su agenda— a las cinco y media, ¿le convienen los días y la hora?

—Sí, sí, me convienen, pero antes de irme le rogaría me contestara a una pregunta, doctor Wellright.

Él la miró un tanto sorprendido, pero de inmediato volvió a su bonhomía habitual.

—Estoy dispuesto a contestar todas las preguntas cuya respuesta no ignore —bromeó.

Eleanor estaba muy seria cuando hizo su pregunta.

—¿De qué trataban las habladurías que usted oyó sobre Bellevue?

Wellright se miró las uñas durante unos segundos, cerró y abrió sus manos varias veces y por fin se decidió a cumplir su promesa de sinceridad.

—Bien, en primer lugar, le repito que sólo son habladurías. Además, se trata de temas estrictamente profesionales que no debiera comentar —miró francamente a Eleanor—. Pero sé que puedo confiar en su discreción —dijo, agregando—: He oído rumores acerca de, al menos, una muerte ocurrida en Bellevue en circunstancias poco claras. Por otra parte, nadie sabe dónde ha ido el doctor Sollier y comienza a murmurarse que podría haber abandonado el país por algún problema de índole privada, aunque hay quien relaciona su, llamémosle así, desaparición, con esa muerte sospechosa.

El psiquiatra quedó en silencio, dando lugar a Eleanor para que se pusiera en pie la primera, pero la chica estaba muy lejos de todo convencionalismo. Su mente estaba ocupada por la imagen de un hombre barbudo que pedía ayuda, a lo que se sumaban difusas circunstancias extrañas que detectara durante su estancia en Bellevue. Una horrible sospecha comenzaba a formarse en su cerebro. De pronto, hizo a Wellright una pregunta inesperada.

—Dígame, por favor, ¿el doctor Sollier...? —se interrumpió porque su mente le advirtió que había una pregunta previa por hacer.

Y la hizo:

—¿Usted conoció personalmente al doctor Sollier?

La respuesta de Wellright llegó inmediata.

—Sí, por supuesto. Desde hace no menos de cuatro o cinco años.

—¿Usaba barba el doctor Sollier?

El psiquiatra le lanzó una rápida mirada, pero respondió con voz neutra.

—No. Al menos, no hasta la última vez que lo vi.

Eleanor salió de la consulta hecha un mar de dudas. Estando en Bellevue había visto —«visto no; imaginado», se corrigió de inmediato— cosas extrañas, situaciones que no encajaban. Cierto que el trato del doctor Pulitzer con ella fue siempre correcto, pero... El brillo de sus ojos, ciertas preguntas, actitudes desconcertantes.

El hecho de que no hubiera más pacientes en régimen «normal» que ella misma. La extraña mujer que se llamaba a sí misma «ayudante personal del doctor Sollier» y a la que nunca se veía.

La misma realidad de sus visiones. «No, eso, no. Mis visiones siempre son reales».

Las celdas. Eso sí que era extraño. No que las hubiera en un establecimiento de ese tipo, pero sí ese hombre culto y sin más apariencia de peligrosidad que la muy natural producida por su inhumano aislamiento y que clamaba: «Ayúdeme, soy médico».

Soy médico... y el doctor Wellright le acababa de decir que se desconocía el paradero del doctor Sollier.

Había una conclusión que podía explicar todo esto, pero era demasiado horrible y Eleanor la rechazó de plano.

Entró en una sala de té y bebió una taza de la reconfortante infusión. Después encendió un cigarrillo y, contemplando distraídamente el abigarrado espectáculo de peatones y vehículos de Oxford Street, que veía a través de los cristales de la ventana, siguió pensando en el tema que la obsesionaba, y que ella concretaba en una pregunta: ¿Qué está ocurriendo en Bellevue?

Había una conclusión que podía explicar todas las cosas extrañas que a ella le inquietaban, pero era demasiado horrible para aceptarla.

—Oye, ¿es que no hay otro tema que Bellevue?

Esta vez Eleanor se había salido con la suya. Nada de restaurantes franceses y discotecas sofisticadas. Cena «íntima» preparada por ella —con la obvia ayuda de besos y caricias—, sentados los dos en el amplio sofá del salón. Pero ella, arrinconada contra un ángulo del diván, descalza y con los pies escondidos bajo sus muslos, había vuelto a expresar en voz alta su preocupación por lo que podría estar ocurriendo en la clínica psiquiátrica.

—Perdóname, Leo, pero no puedo quitarme de la cabeza ese pobre hombre encerrado en una horrible celda.

Él hizo un gesto de cansancio.

—Querida, en estos momentos hay miles, qué digo miles, centenares de miles, tal vez millones, de hombres y mujeres que están encerrados en horribles cárceles por los más variados motivos y, lo que es infinitamente peor, sin motivo alguno.

—Pero yo no los he visto.

Leo sonrió.

—Es un buen argumento, lo admito —reconoció—, pero no suficiente para convencerme. Ese hombre debe ser un loco furioso, aunque en la jerga psiquiátrica empleen algún eufemístico tecnicismo para definir su enfermedad. Llámale cómo quieras, pero

se trata de una persona que debe ser aislada para que no pueda hacer mal a los demás.

—¿Y si no fuera así?

Leonard, que estaba bebiendo un sorbo de *whisky*, detuvo la acción y se la quedó mirando.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Me refiero a la posibilidad de que ese hombre no sea un loco furioso, como tú dices, sino un ser tan normal como tú y como yo —dudó un segundo, movió la cabeza y se corrigió—: Bueno, quiero decir tan normal como tú, porque yo...

Él acarició sus piernas sonriendo.

—No seas tonta, tú eres una persona absolutamente normal. Si se exceptúa el preocupante hecho de que te hayas enamorado de mí, claro.

Ella respondió a la broma con una sonrisa y palmeó afectuosamente la mano que lo acariciaba, pero siguió hablando de lo que realmente la preocupaba.

—No derivemos la conversación, Leo, por favor. Supón que ese hombre no está loco.

—¿Por qué lo tendrían encerrado, entonces?

Eleanor sacudió su cabeza con algo parecido a la impaciencia. Esperaba no tener que expresar ella misma la horrible conclusión a la que, cada vez con más fuerza, daba crédito.

—¿Por qué crees tú que podrían tenerlo encerrado, no estando loco?

—No se me ocurre...

—¡Sólo hay una explicación, lógica! —estalló ella—. ¡Y es que los locos son los que lo encerraron!

Al oírla, Leo emitió un leve silbido que, más que sorpresa, denotaba desconcierto. Y miró fijamente a Eleanor, con evidente preocupación.

—Eleanor, eso es imposible. Piensa...

Ella le detuvo con un rápido gesto de sus manos.

—No es imposible, Leo —comenzó, pero cambiando de inmediato al reconocer la inquietud de su compañero—. No estoy loca, si eso es lo que te preocupa.

—Ellie, no seas tonta.

—No soy tonta y tampoco soy ciega. He visto cómo has

reaccionado ante mis palabras. Leo en tus ojos el miedo a mi locura. —Suavizó su tono y acarició una mano del muchacho—. Te comprendo, Leo. No hace más de un par de días atrás yo misma estaba convencida de mi locura. Pero puedes creerme que nunca he estado tan cuerda como en estos momentos. Ocurren cosas muy raras en Bellevue, de eso no me cabe la menor duda. Y lo que me dijo el doctor Wellright sobre la muerte de un interno en circunstancias no debidamente explicadas y la desaparición del doctor Sollier me han puesto lo que cada minuto que pasa estoy más convencida que es la realidad. Y lo diré con todas las palabras: son los locos los que mandan en Bellevue y es el doctor Sollier el que está en la celda del sótano.

Leo hizo un gesto de impaciencia.

—¿Quieres decirme que el doctor Pulitzer, con quien he hablado y rae pareció un tipo nada simpático, pero absolutamente normal, ni es normal, ni es médico, sino que es un loco?

—Puede ser médico, además de loco.

—¿Y esa enfermera Hilda? Nunca me dijiste que vieras nada extraño en ella.

Esto era cierto y Eleanor tuvo que reconocerlo con un fruncimiento de sus labios.

—En efecto —concedió—, parecía normal, pero nunca se sabe —de pronto se impacientó; Leo la obligaba a racionalizar algo que era irracional—. Mira, Leo —dijo, con tono muy decidido—, soy yo y no tú quien estuvo encerrada varios días en Bellevue. He pensado mucho en todo esto y creo que estoy en lo cierto. No analicemos como si de una serie televisiva que poco nos ha interesado se tratara. Esto es algo horrible, que está ocurriendo en estos mismos momentos a no muchos kilómetros de aquí y a lo que hay que poner fin.

Leo alzó sus brazos en señal de rendición y después señaló el teléfono.

—De acuerdo, querida —dijo—. No quiero peleas contigo ni antes ni después de amamos. Allí tienes el teléfono, llama a la policía y cuéntales todo.

Instintivamente, ella miró el teléfono. Después, sin moverse de su asiento, se echó atrás los hermosos cabellos rubios.

—Bueno, no es tan fácil...

—¿Cómo que no es tan fácil? —se agrandó él—. Si estás tan segura, no tendrás demasiado problema para convencer a la policía.

—No es tan fácil, Leo —repitió ella—. Puedo llamar por teléfono, pero sólo servirá la llamada para que me indiquen el lugar donde tengo que presentar personalmente la denuncia, no las admiten por teléfono.

—No veo que eso sea un problema insalvable. Tengo mi coche abajo.

—No es eso lo que quiero decir y tú lo sabes, Leo —se impacientó ella—. El que me tome la denuncia querrá saber cómo me he enterado yo de todo lo que denuncio. Surgirá que ayer mismo me dieron de alta; es decir, que hasta ayer yo era una interna en una institución psiquiátrica. Una loca, digámoslo claramente. ¿Crees que se sentirán movidos a creer a una loca que hace una denuncia tan descabellada?

Leo se alzó de hombros.

—No se me ocurre otra cosa que puedas hacer —se excusó.

A ella le dolieron sus palabras, no porque no le ofreciera otras vías de actuación, sino porque se autoexcluía del problema «que puedas hacer»; no que podamos. La conclusión era inevitable y ella se la dijo a sí misma: «No me cree. Tal vez hasta piensa que no estoy tan sana de mente como creía». Le echó una fugaz mirada. Los ojos del muchacho estaban fijos en su vaso. Y había preocupación en ellos.

Sorpresivamente, Eleanor se puso de pie y se encaminó hacia el teléfono.

—¿Vas a llamar a la policía? —se sorprendió él.

—No, voy a llamar al doctor Wellright.

Pero en el número que ella tenía sólo obtuvo como respuesta una voz metálica diciendo: «El doctor no se encuentra, deje su nombre y su teléfono. Tiene treinta segundos para hacerlo». Cortó la comunicación sin dejar el mensaje.

—Llamaré mañana —dijo a Leo, volviendo al sofá.

Se dejó abrazar y besar y respondió a besos y abrazos, pero él era consciente de que su mente estaba en el sótano de Bellevue. Separó sus labios de los de ella, le dio una cariñosa palmada en la mejilla y se puso de pie.

—Me voy, querida —anunció.

Ella le miró con sorpresa.

—No creía... —dijo.

—Tampoco yo. Soñaba con pasar la noche junto a ti. Pero no quiero que nuestra primera noche juntos sea un fracaso para recordar durante el resto de nuestras vidas.

Eleanor alzó hacia él unos ojos implorantes, que Leo se apresuró a cubrir de besos.

—Perdóname, Leo; es que...

—Lo entiendo perfectamente, querida. Y esa preocupación por los demás te honra y pone de relieve mi vergonzoso egoísmo.

—No seas tonto.

Él se incorporó para iniciar la retirada y ella se puso de pie, calzándose los pies desnudos.

—Hablando en serio —siguió Leo—, tu idea de contar tus... ideas al doctor Wellright me parece lo más acertado. Si él te cree —fue consciente de la mirada casi implorante de la chica y se apresuró a tranquilizarla—, que te creará estoy seguro de ello, denunciará las sospechas a la policía y a él sí le creerán. Todo se solucionará en forma muy lápida, por algo tenemos la mejor policía del mundo, y mañana a esta misma hora estaremos en este mismo lugar haciendo el amor con la conciencia tranquila.

Ella se alzó para besar su mejilla.

—Gracias por comprenderme, Leo.

—Gracias a ti por quererme —fue la oportuna respuesta.

Los sueños que Eleanor tuvo esa noche fueron una repetición de los de la noche pasada, teniendo como *leit motiv* la presencia casi constante de un hombre barbudo, que gritaba: «¡Ayúdeme!».

En un momento dado, la chica se despertó y consideró la posibilidad de ingerir en «Valium», pero decidió seguir con su política de dejar en libertad a su mente durante la noche. Si quería traer a la Muerte, a ratas o a engendros demoníacos, que lo hiciera. Se sentía capaz de enfrentarse a su propio cerebro. «Si venzo en esta lucha, la victoria será mérito mío y no del “Valium”», se dijo.

El resto de la noche transcurrió más o menos de la misma forma que antes de despertarse. Huidas hacia no sabía dónde, enfermeras malignas, ojos que espiaban sus movimientos y, por encima de todo y casi constantemente, la presencia del barbudo prisionero implorando ayuda.

Esperó hasta una hora prudencial —las diez de la mañana juzgó que lo era— y llamó al doctor Wellright. Su secretaria cogió la llamada.

—Señorita Humbler, qué coincidencia. Precisamente me disponía a marcar su número.

Eleanor esperó en silencio que la otra siguiera hablando.

—Era para decirle que, lamentablemente, tendremos que cancelar la entrevista que usted había concertado con el doctor para hoy, viernes, a las cinco y media de la tarde. Imprevistamente, el doctor ha tenido que viajar a París y no regresará hasta el martes por la noche o el miércoles por la mañana. No habrá inconvenientes con su hora del miércoles próximo...

Tras una breve despedida, Eleanor colgó el auricular en la horquilla.

El miércoles podía ser demasiado tarde para el prisionero del sótano...

Si Wellright estaba en el continente y ella no se atrevía a acudir a la policía porque no le creería e, incluso, el hacerlo podría crearle problemas, ¿qué le quedaba por hacer? ¿Leo? No, Leo se había autoexcluido.

¿Entonces?

«De hacer algo, tendré que hacerlo yo sola».

Capítulo X

CONSULTÓ su reloj: las seis y veinte. Aún tendría que esperar al menos media hora más. Hilda llevaba la cena al prisionero (al menos lo había hecho la tarde que ella estaba en el sótano) a las seis. Dándole un margen suficiente, la enfermera no retiraría la bandeja más tarde de las siete. A esa hora ella estaría oculta entre los árboles del parque, dispuesta a penetrar en el edificio por la puerta posterior, que daba a la despensa, desde la que partía la escalera de caracol hacia las celdas.

Encendió un cigarrillo, dispuesta a consumir el tiempo de espera y a calmar sus nervios fumando y paseando lentamente por las solitarias calles que rodeaban a Bellevue.

Sabía perfectamente que lo que iba a intentar era una locura —«locura es lo que hacen los locos, eso demuestra que yo...»—. Pero no, nunca había estado tan segura de su cordura como en esos momentos. Estaba segura de que el prisionero de la celda del sótano era el doctor Sollier, y Pulitzer y los que le secundaban, locos que se habían apoderado de la institución.

El hecho de que Pulitzer, siendo un loco, como ella estaba segura que era, la dejara partir, era algo que parecía no encajar en el contexto de sus deducciones y que la había desconcertado y hasta hecho dudar. Pero horas antes encontró una explicación convincente para la actitud del hombre que mantenía a Sollier encerrado. Y la explicación era muy simple: quería librarse de ella. Probablemente en un primer momento pensó hacerla objeto de sus desvaríos —la chica no pudo evitar un estremecimiento al recordar el brillo de los ojos del hombre—, pero el saber por Hilda que había descubierto al prisionero le asustó. Seguramente temió que Sollier tuviera tiempo de hablar y contarle la verdad. Tras la muerte que ya había ocurrido y alertado al gremio médico, matar a Eleanor sería extremadamente peligroso, especialmente tratándose de una

paciente enviada por alguien tan importante como Wellright La chica recordó haber leído muchas veces que los locos desarrollan una notable capacidad de autoprotección. Se cubren con una maraña de mentiras, disimulos y actitudes desconcertantes, que llegan a confundir a los más avezados psiquiatras. «Quitarme de encima fue una medida inteligente por parte de Pulitzer, pero la tomó demasiado tarde».

De haberle dado el alta veinticuatro horas antes ahora no estaría ella allí, con vaqueros y jersey de cuello alto, disponiéndose a cometer lo que ella misma llamaba una locura, pero que sin embargo consideraba imprescindible para su total curación. O liberaba al prisionero del sótano o su recuerdo no la abandonaría nunca, constituyéndose en un imborrable recuerdo de su cobardía.

Nadie puede pasar el resto de su vida tranquilo pensando que un ser humano ha muerto porque él no hizo lo necesario para salvarlo.

Por otra parte, su plan era muy sencillo y, al menos en teoría, perfectamente practicable. Bellevue no contaba con guardias especiales. La verja era alta, pero podía salvarse fácilmente trepando por ella, ya que un barrote horizontal unía todos los transversales a una altura de algo menos de dos metros por la parte superior, en tanto por la parte inferior los barrotes se empotraban en una base de cemento de treinta o cuarenta centímetros de altura. Una vez en el parque, la oscuridad y los árboles harían imposible ser vista desde el interior del edificio. Si la puerta de la despensa estaba cerrada con llave, se descolgaría al interior por una ventana baja que recordaba haber visto y cuyo vidrio rompería tratando de hacer el menor ruido posible.

Una vez dentro, quedaba el problema de la puerta de la celda cerrada con llave, pero eso ya se vería. Tenía la esperanza de que las llaves las dejara Hilda colgadas en alguna parte del sótano. De no ser así, la cosa se complicaría grandemente, ya que no podría abrir la puerta y liberar al prisionero, escapando con él de inmediato y acompañándolo a la comisaría más próxima para ratificar el relato que hiciera a la policía.

De todos modos, se había elaborado un plan «de mínima». Si no conseguía abrir la puerta de la celda, al menos hablaría largamente con el doctor Sollier —no le cabía la menor duda que de él se trataba— y le pediría datos concretos que le permitieran presentar

ella misma la denuncia a la policía, sin posibilidad de que los funcionarios no la creyeran.

Volvió a consultar su reloj: las siete menos diez. Volvió la vista para comprobar que se había alejado unos cien metros del extremo más próximo de Bellevue. Arrojó el pitillo al suelo y, controlando sus nervios lo mejor posible, se encaminó hacia la verja, dispuesta a iniciar su aventura.

Una pareja caminaba lentamente, estrechamente abrazada; Eleanor la dejó pasar y, no bien se vio sola, trepó por la verja y pronto ponía los pies, calzados con silenciosas playeras, sobre la tierra del jardín.

Sintiendo que el corazón le latía cada vez más deprisa, se aproximó a la parte posterior del edificio, cuidando de protegerse tras los troncos de los árboles, aunque la oscuridad reinante hacía imposible el que la vieran eventuales observadores. Por otra parte, observó que sólo en la ventana del despacho de Pulitzer, que daba a una de las paredes laterales, había luz; aunque un débil resplandor se filtraba por el respiradero del sótano, lo que le hizo pensar que la bombilla eléctrica del pasillo estaría encendida. ¿Era eso bueno o malo para ella? No se detuvo a pensarlo. Ya era tarde para pensar, había tomado una decisión y la llevaría hasta sus últimas consecuencias.

La puerta de la despensa estaba sin llave, por lo que pudo abrirla fácilmente, sin tener que romper ningún cristal. Consideró el hecho como un buen augurio. Y comenzó a descender la escalera de caracol.

Como supusiera por el resplandor, la bombilla arrojaba una amarillenta y no muy potente luz por el estrecho pasillo. Oculta tras el ángulo que formaba la pared del recinto al pie de la escalera con el corredor, observó éste. Nadie estaba en él y las seis puertas estaban cerradas. Todo era silencio, excepto ese rítmico ronquido que oyera en su anterior visita y que provenía de la primera celda, donde viera la monstruosa forma que no pudo saber si era o no humana.

Pasó ante ella sin mirar. Su objetivo era la última puerta de ese mismo lado. Llegó hasta ella y miró al interior por la estrecha abertura enrejada. El prisionero barbudo estaba echado sobre su jergón, aparentemente dormido. Intentó atraer su atención

mediante un chistido, pero sin resultado. Aplastando su cara contra la mirilla, se decidió a hablarle, aún a riesgo de ser oída por los amos de Bellevue.

—¡Eh, despierte! —no se atrevió a llamarlo por su nombre, aunque estaba segura que se trataba del doctor Sollier.

El prisionero exhaló una especie de quejido, se movió un poco, pero no se despertó. Eleanor supuso que estaría drogado. Dadas las circunstancias, era lógico suponer que los amos drogaran a su prisionero, para evitar posibles rebeldías. ¿Y si no lograba despertarlo o, aún despierto, no era capaz de caminar por sí solo?

Como era su costumbre, la chica decidió resolver los problemas a medida que se fueran presentando. El primero era despertar al durmiente.

—¡Eh, usted, despierte! —había hablado casi gritando.

El hombre emitió un quejido, se estremeció violentamente y, por fin, pareció despertar. Con la poca luz que emitía la bombilla del corredor, todo esto Eleanor lo imaginaba más que verlo.

Pero lo que sí vio con gran alegría fue al barbudo prisionero primero sentarse con las piernas colgando al borde del lecho y de inmediato descubrir su cara contra la luz del fondo y plantarse de dos zancadas junto a ella.

—¡Usted! Pero yo creía...

—Sí, me fui, pero he vuelto.

—¿Que ha vuelto? ¿La obligó Pulitzer a volver?

—No, Pulitzer no sabe que estoy aquí. He venido por usted.

—¿Por mí?

—Sí, usted me pidió que le ayudara y yo ahora vengo a ayudarle —miró fijamente al sorprendido prisionero—. Soy Eleanor Humbler, ¿quién es usted? —preguntó, porque no quería dar un paso en falso que pudiera ser irremediable.

El hombre sonrió.

—Cierto —admitió—, recuerdo haberle dicho que soy médico, pero no le he dado mi nombre. Soy el doctor Sollier.

Ella sonrió. No se había equivocado.

—Lo suponía —dijo—. Y también imagino por qué está aquí.

—No creo que Pulitzer le haya hablado de mí —ironizó Sollier.

—Por supuesto que no. En cuanto supo por Hilda que yo había descubierto su existencia, me hizo salir de Bellevue. Temía que yo

descubriera la verdad y le denunciara. Por cierto —se le ocurrió preguntar porque le urgía saberlo—, ¿es médico Pulitzer?

Sollier asintió tristemente con la cabeza.

—Es médico y muy bueno. Era uno de mis ayudantes, especializado en la investigación de cardiopatías y trastornos vasculares de origen psiquiátrico. —Eleanor recordó la agotadora prueba en el gabinete de «Ergometría», cuando llegó a pensar que Pulitzer quería matarla. Tuvo un estremecimiento al pensar lo cerca que había estado de la verdad.

Y reafirmó su pensamiento con una pregunta que era una afirmación.

—Pulitzer está loco, ¿verdad?

Sollier volvió a asentir con la cabeza antes de hablar, después dijo:

—Desde hace tiempo he venido advirtiendo alteraciones en su conducta... —contrajo su rostro, en el que lo único que se veía eran los ojos, la boca y, cubriéndolo todo, la hirsuta barba, en un rictus que quería ser una sonrisa dolorosa—. Pero uno se niega a creer en la locura de un colega que, además, es el mejor amigo —dijo—. Así dejé pasar demasiado tiempo, y cuando por fin le pedí que suspendiera su actividad profesional, tras un desgraciado caso...

—La muerte de un paciente, ¿no?

Sollier la miró sorprendido.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó.

—Me lo dijo el doctor Wellright, mi psiquiatra particular, ayer mismo. Lo que está pasando en Bellevue es motivo de comentario entre los profesionales. Usted también me habló de muertes, pero no le creí.

El médico repitió su gesto de asentir con la cabeza.

—Me extrañaría que no fuera así. —Miró a la chica y volvió a la realidad—. ¡Pero usted está arriesgando su vida! No debió venir...

—No podía dormir pensando en usted. O, mejor dicho, soñaba con usted aquí, en esta horrible celda y esos locos adueñados de Bellevue. Por cierto, ¿es loca la enfermera Hilda? Porque no lo parece.

—Hilda no está loca. Lo que ocurre es más simple: desde hace años es la amante de Pulitzer. Hará lo que él le ordene, aunque ello incluya matar.

—Bien —ahora era Eleanor la que volvía a la inmediata realidad —, he venido para sacarle de aquí y acompañarle a hacer la denuncia a la policía. Supongo que esta puerta estará cerrada con llave...

—Desgraciadamente, si —confirmó él—. No me permiten salir ni abren nunca esa puerta. Me temen demasiado.

—Lo comprendo —un recuerdo llegó a la mente de Eleanor—. Cuando Hilda me descubrió aquí —dijo— le traía la comida en una bandeja. Tendrá que abrir la puerta para entregársela.

—Nada de eso. Me pasa los bocados a través de estos barrotes —golpeó la cruz de acero que cerraba la mirilla.

—Bien, ahora lo importante es que usted salga de esa horrible celda. ¿Cómo podemos abrir la puerta?

—Desde luego, yo no puedo —sonrió él—. Tendrá que ser usted quien consiga la llave.

—¿Dónde está?

—Cuando las cosas funcionaban normalmente en Bellevue, las llaves estaban colgadas en un tablero, que se encuentra en el office, junto a la cocina.

—Sé a qué lugar se refiere. No es difícil llegar hasta allí.

—Pero si llegan a descubrirla...

—No me descubrirán.

Eleanor recordó fugazmente lo que llamara su plan de «mínima»; es decir, de no poder abrir fácilmente la puerta, de la celda, recabar del doctor Sollier datos concretos que avalaran su propia denuncia a la policía; pero rechazó la posibilidad. Si la llave estaba en el tablero, sería fácil cogerla. Ir y volver no le llevaría más de tres minutos y no era probable que Pulitzer o Hilda estuvieran en la cocina o en el office.

—¿Cómo reconoceré la llave? —preguntó a Sollier, que la miraba ansiosamente, temiendo tal vez que la chica se echase atrás y lo abandonase a su horrible suerte.

—Las llaves de este sector tienen una «A» mayúscula, inicial de Aislamiento, y un número.

—¿Cuál es el número de ésta?

Sollier dudó antes de hablar, por fin dijo:

—No estoy seguro...

Eleanor se echó atrás y buscó un número en la puerta o en la

pared por encima o a los lados de ella, sin encontrarlo.

—Será mejor que las traiga todas —dijo el médico—. Sólo son seis.

—Sí, eso haré —asintió la chica—. Hasta ahora —se despidió, guiñando un ojo al prisionero.

—Tenga mucho cuidado y vuelva pronto, «ángel de la guarda» —se animó a bromear él.

Mientras ascendía lentamente la escalera de caracol, Eleanor descubrió con auténtica sorpresa que no tenía miedo en absoluto: «Y pensar que hace sólo unos pocos días me aterrorizaba por creer que me visitaba la Muerte o que horribles ratas intentaban devorarme...».

Llegó hasta la despensa por la que entrara al edificio minutos antes y atravesó, tras mirar cuidadosamente lo que le esperaba del otro lado, la puerta que llevaba a la cocina. En ella no había nadie y estaba oscura, al igual que la despensa. Pero un resplandor más allá del office le hizo comprender que estaba abierta la puerta que desde el vestíbulo comunicaba con el sector de servicio.

Atravesó la cocina y penetró en el office, que estaba separado de aquélla por una abertura sin puerta. De inmediato descubrió el tablero, cubierto por decenas de llaves. Más difícil le fue encontrar las que buscaba, en la penumbra reinante, pero la «A», grande y dibujada con pintura blanca, le permitió descubrir las seis; y apropiándose de ellas, se disponía a regresar a las celdas, cuando una voz conocida llegó hasta sus oídos. Era la voz de Pulitzer y pudo escucharla porque el médico había hablado a gritos.

—¡Ahora, esta noche! —Estaba diciendo.

Eleanor se aproximó hasta la puerta abierta que comunicaba el office con el corredor. Desde allí, a través de la también abierta puerta del vestíbulo, podía ver parte de éste. Comprendió que la voz salía del despacho de Pulitzer, cuya puerta no pudo ver, pero imaginó abierta. Ese «Ahora, esta noche», dicho a gritos por el demente, sonaba amenazador. La chica quiso oír más de esa conversación que seguramente tendría mucho que ver con el inmediato futuro de Sollier. Pensó que, oculta tras la puerta que comunicaba el vestíbulo con el corredor, podría oír sin ser vista y corrió hasta ocultarse tras ella. Las playeras eran absolutamente silenciosas.

—... a mañana —oyó decir a Hilda.

—¿Por qué esperar a mañana? —Volvió a oírse gritar a Pulitzer

—. Cada minuto que pasa, el riesgo es mayor.

—Lo sé —respondió la mujer—. Pero si hubiera otro medio...

—¡Sabes bien que no lo hay! La solución es una sola y tú la conoces tan bien como yo.

—Sí, pero...

—Basta de «peros», Hilda. Acabemos de una vez por todas con nuestro problema.

—Si tú lo quieres así...

Eleanor no esperó a oír más. Corriendo, aunque sin hacer el menor ruido, recorrió corredor, office, cocina y despensa, descendió por la escalera de caracol y se plantó ante la mirilla de la celda de Sollier, tras la cual se veía la ansiosa cara del médico.

—¡Creí que no volvería nunca!

—Me retrasé porque oí hablar a Hilda y Pulitzer —explicó la chica, mientras febrilmente probaba las llaves que había traído en la cerradura de la pesada puerta.

—¿Qué decían esos miserables?

—Pulitzer insistía en que esta misma noche tenían que realizar lo que él denominó la solución de sus problemas.

—Ya entiendo. Hablaban de matarme.

—Lo mismo imaginé yo. —La cuarta llave era la que correspondía—. ¡Por fin! —exclamó la chica, mientras abría la puerta.

Sollier, haciendo pantalla con su mano, porque hasta la débil luz de la bombilla del corredor haría sus pupilas condenadas a la penumbra de la celda, se abalanzó al exterior.

—Gracias —dijo a Eleanor.

—Será mejor que nos demos prisa en salir de aquí —recomendó ésta.

Pero Sollier tenía otros planes.

—No —dijo—, si vamos a la policía daremos tiempo a ese loco y su compañera de escapar. Aunque en realidad se trata de un maniático sexual, Pulitzer puede convertirse en un asesino si no satisface sus aberraciones, como desgraciadamente ya ha ocurrido con la muerte de una paciente. No podemos dejar que escape. Tenemos que cogerle.

—¿Usted y yo? No tenemos armas y acaba de decir que Pulitzer es peligroso.

—Déjeme hacer a mí —dijo Sollier—. Yo puedo encargarme de Pulitzer.

—¿Y qué haré yo? ¿Encargarme de Hilda?

—No. Usted ya ha hecho demasiado. Yo haré lo que resta.

—Pero es demasiado peligroso. Creo que sería mejor ir a la policía...

—¡Déjeme hacer a mí le he dicho! —gritó Sollier.

La chica comprendió que el prolongado período de terrible encierro había alterado los nervios del médico, como ya pudiera comprobarlo durante su visita anterior. Era lógico que así fuera y decidió no volver a discutir sus decisiones.

—De acuerdo, haré lo que usted diga.

—Buena chica —sonrió él—. Espéreme en el parque, junto a la puerta de la despensa. Sorprenderé a esa pareja de locos asesinos, los ataré y me reuniré de inmediato con usted.

—Sigo pensando que es demasiado peligroso para hacerlo usted solo.

Las facciones de Sollier se crisparon durante una fracción de segundo, pero de inmediato volvieron a distenderse.

—¿No acaba de decirme que haría lo que yo le dijera? —recordó.

—De acuerdo, jefe —sonrió ella y comenzó a marchar hacia el corredor. Entonces recordó que aún llevaba en sus manos las llaves de las celdas y se volvió a Sollier, que marchaba tras ella—. ¿Qué hago con estas llaves? —le preguntó.

Él alargó una de sus manos para recibirlas.

—Démelas —dijo—, yo me encargaré de ellas.

Al pie de la escalera de caracol se despidieron.

—Esperaré hasta que usted esté a salvo en el parque para subir yo —susurró Sollier.

—Cuídese —dijo ella en el mismo tono y comenzó a ascender rápidamente por la estrecha y oxidada escalera.

Al llegar arriba miró hacia abajo para desear con su mano buena suerte al médico, pero no pudo verlo. La despensa seguía vacía; abrió la puerta que comunicaba con el parque, la atravesó y la cenó tras ella.

Ya en el exterior, dudó. Sollier le había dicho que lo esperara allí mismo, pero ella estaba intranquila por lo que iba a suceder dentro de unos segundos en el despacho de Pulitzer. No se atrevió a contravenir las órdenes del médico volviendo a entrar en el edificio, pero decidió acercarse a la ventana del despacho, recordando que viera luz en ella al entrar en el parque. Si no podía intervenir, al menos podría ver lo que estaba ocurriendo y, de ser necesario, correr en busca de auxilio, o tal vez prestarlo ella misma.

La amplia ventana francesa ofrecía desde el exterior una amplia visión del despacho. Pegada contra la pared y observando desde un costado del cristal, para no ser descubierta, Eleanor pudo ver a Pulitzer de pie, tras el escritorio, y a Hilda, sin su uniforme de enfermera, con un abrigo echado sobre sus hombros y también de pie, frente a él, y también de frente a Eleanor.

De pronto, Pulitzer alzó su cabeza hacia la puerta y debió decir o hacer algo, porque también Hilda se volvió violentamente, para mirar en la misma dirección.

Lo mismo hizo Eleanor, para descubrir que alguien entraba en el despacho.

Pero no era Sollier.

Capítulo XI

LOS ojos primero atónitos y de inmediato horrorizados de Eleanor vieron a una figura grande y deforme, con una cara que muy poco tenía de humana, abalanzarse sobre Pulitzer, que intentaba vanamente detenerlo con sus manos. Tras un segundo de parálisis, Hilda se arrojó sobre las inmensas espaldas del monstruo en un desesperado e inútil esfuerzo por librar al médico del ataque.

Pero nada podía detener a esa fuerza infrahumana que con sus manazas oprimía salvajemente la garganta de su víctima. Clavada en su sitio por una parálisis volitiva que le impedía siquiera cerrar sus ojos para no ver la alucinante escena, Eleanor contempló el rostro de Pulitzer volverse de color violeta. Oyó los gritos desesperados de Hilda, que golpeaba histéricamente al asesino y, al contemplar horrorizada la hinchada lengua salir de la boca como pidiendo también ella un poco de aire para sobrevivir, comprendió que la muerte había llegado para el médico.

Dejando caer el cuerpo sin vida, el monstruo se volvió hacia Hilda, cogiéndola por los brazos. Aunque la expresión de ese rostro, casi informe y de cuya boca manaba un hilo de baba, seguía siendo la misma que Eleanor viera cuando se abalanzó sobre Pulitzer, la chica intuyó que no intentaría matar a la enfermera. La expresión de supremo horror que se pintaba en el rostro de ésta hizo comprender a la paralizada espectadora que estaba en lo cierto en sus suposiciones. El monstruo no iba a matar, al menos de inmediato, a Hilda; sus intenciones para con ella eran aún más terribles.

Por un instante, Eleanor pensó: «Todo esto no es real, se trata de otra de las trampas que me tiende mi cerebro. Pronto despertaré en mi cama, o tal vez en la cama de mi habitación de Bellevue».

Al ver al monstruo arrancar las ropas de Hilda y echarse sobre ella, hizo un movimiento instintivo de retroceso, lo que fue un signo

de que había recuperado el uso de sus músculos. «Bien, sea esto sueño o realidad, ¿qué se espera de mí? ¿Qué debo hacer?». Pedir ayuda, naturalmente, ya que intentar enfrentarse al monstruo era morir.

Se preguntó dónde estaría Sollier y la explicación que de inmediato acudió a su mente fue siniestra: Sin duda, por algún medio que no llegaba a comprender, ese monstruo que era evidentemente la forma echada sobre el jergón de la primera celda, se había apoderado de las llaves que ella entregara al médico y se había liberado a sí mismo. ¿Y Sollier? Se estremeció al imaginarlo estrangulado en el suelo del corredor.

«Pero tal vez no le haya matado, sino sólo encerrado en su propia celda o desmayado de un golpe; tengo que hacer algo por él».

Con los ojos cerrados para no ver la horripilante escena que se estaba desarrollando en el suelo del despacho de Pulitzer, evaluó en un par de segundos lo que mejor podía hacer. ¿Ir ella misma al sótano para ayudar a Sollier, si es que estaba vivo, o escapar al exterior en busca de ayuda? Se decidió por esta última opción. Sus deseos de ayudar a Sollier eran muy grandes, pero mayor aún era su instinto de supervivencia y su horror a caer en manos del monstruo, que podía hacerle a ella lo que estaba haciendo a la desgraciada enfermera.

Se volvió, dispuesta a echar a correr hacia la verja del parque, pero no llegó a dar un paso.

Ante ella, a un metro de distancia, la contemplaba con ojos que hablaban de locura la mujer que se había llamado a sí misma la «ayudante personal» del doctor Sollier.

—Ven conmigo, pequeña —le dijo la mujer, contrayendo su rostro flaco en una mueca que intentaba ser una sonrisa.

Eleanor dudaba. El aspecto de loca que tenía la mujer la impulsaba a huir de ella; pero, por otra parte, pensaba que podría proporcionarle información sobre lo ocurrido a Sollier. Además, se trataba sólo de una mujer flaca y de aspecto débil, contra la que podría luchar con ventaja, llegado el caso.

—¿Dónde está el doctor Sollier? —le preguntó.

La mujer señaló la tierra con un descamado índice.

—Abajo —dijo.

—¿Está vivo?

—Sí. Ven conmigo y te llevaré con él.

Pero Eleanor no confiaba en ella.

—Él me dijo que le esperara junto a la puerta de la despensa —replicó—. Ve y dile que allí le estoy esperando.

—Como quieras —dijo la mujer y pronto desapareció en el interior del edificio.

Tal como dijera, Eleanor, sin poder impedir que un temblor agitara su cuerpo, se apoyó contra la pared del edificio, junto a la puerta que comunicaba con la despensa y se dispuso a esperar. Decidió que sólo permanecería allí un par de minutos y de no aparecer el doctor Sollier de inmediato escaparía al exterior, en demanda de auxilio. En realidad, deseaba irse de inmediato, pero seguía temiendo por la vida del médico.

Sus vacilaciones tuvieron un rápido final. No habían pasado treinta segundos desde que se apoyara contra la pared, cuando escuchó la voz del médico.

—¡Señorita, venga, por favor!

Le sorprendió que, pareciendo venir de las profundidades, las palabras le llegaran tan claramente. De inmediato comprendió que Sollier hablaba a través del respiradero, lo que la confirmó en la idea inicial de que el médico había sido encerrado en una de las celdas. Sin dudar, se precipitó en su ayuda.

Al llegar al pie de la escalera de caracol lo encontró apoyado en ella; daba la impresión de estar recuperándose de un *shock*, porque se sostenía la cabeza con ambas manos.

—¡Doctor Sollier!

—Gordon... —Al médico no le era fácil hablar—. El subnormal profundo... Me hizo acercarse a la mirilla de su celda y, con sus dedos que tienen una fuerza sobrehumana, estuvo a punto de asfixiarme. Tuve la cobardía de entregarle las llaves para no morir.

—Acaba de asesinar al doctor Pulitzer y tal vez ya habrá hecho lo mismo con Hilda, después de hacer con ella...

Sollier puso una mano en el hombro de la chica para impedirle continuar.

—¡No diga más! Es una masa de carne cuyo único contacto con lo humano es su sexualidad, que no reconoce límites. —Sollier volvió a llevar sus manos a la cabeza—, ¡Dios mío! —dijo—, todo

esto por mi culpa... —Se rehízo de inmediato—. Pero ahora lo urgente es que usted y yo salgamos cuanto antes de aquí. No podría enfrentarme con Gordon. Sólo teniendo un arma que, desgraciadamente, no poseo. Su fuerza equivale a la de diez hombres.

Comenzó a subir la escalera, seguido por Eleanor, que trataba de pegarse a él. Intentaba tranquilizarse pensando que todo estaba a punto de terminar. Pasada la puerta de la despensa, el parque ofrecía refugio suficiente y saltar la verja era juego de niños. En ese instante recordó a la mujer que se enfrentara con ella ante la ventana del despacho de Pulitzer.

—También hay una mujer...

—Katie Lerner. Una oligofrénica con tendencias suicidas. No es peligrosa. Gordon abrió también su celda porque ella solía cantarle canciones a través de la mirilla y eso le gustaba. Fue una forma casi humana de demostrarle su agradecimiento. —Sollier dijo todo esto sin detener la marcha.

Llegaron a la despensa. La puerta seguía abierta, tal como Eleanor la dejara minutos antes; Katie no estaba a la vista. De improviso, Sollier hizo a la chica un gesto para que interrumpiera su avance. Ella, en punta de pie, se pegó a su espalda.

—¿Qué ocurre? —susurró.

—Me temo que Gordon no anda lejos —contestó él, en el mismo tono.

Como un diligente actor que se presenta puntualmente a escena cuando es su turno, el espacio de jardín que se veía a través de la abierta puerta quedó totalmente oculto por el inmenso y deforme corpachón del monstruo. En un primer momento pareció desconcertado al ver al médico y hasta inició un movimiento de retirada, pero entonces descubrió la presencia de la aterrorizada Eleanor y, lanzando un grito que nada tenía de humano, se lanzó hacia delante.

—¡Atrás, al vestíbulo! —ordenó Sollier.

Las playeras no sólo eran silenciosas, también permitían a la chica correr velozmente. El médico, por su parte, cubría su espalda y la impulsaba a no perder velocidad. La pesadez tremenda de Gordon era una ventaja para los que huían.

Llegaron al vestíbulo. Evitando mirar hacia el interior del

despacho de Pulitzer, Eleanor llegó la primera hasta la puerta principal, manoteando con desesperación el picaporte. Pero sus esfuerzos se estrellaron ante la terrible realidad de que le llave estaba echada y no se encontraba allí.

—¡Maldita sea! —estalló Sollier—. ¡Hilda tenía la llave!

Los dos se volvieron a la vez, Gordon, jadeando y resoplando, estaba contemplándoles desde la puerta que comunicaba con el sector de servicio. Todas las puertas que daban al vestíbulo estaban cerradas, con excepción de la del despacho de Pulitzer y el monstruo estaba a un par de metros de ella. Intentar escapar por allí era imposible. Sollier señaló la escalera.

—¡Arriba! —ordenó.

A la carrera, los dos lograron subir casi hasta el primer rellano, antes que Gordon lograra ascender dos peldaños.

Por una fracción de segundo, Sollier dudó entre seguir ascendiendo o quedarse en la planta. Se decidió por lo último. Señaló la puerta con el cartel «Terapias eléctricas».

—¡Entremos allí! —dijo.

Lo hicieron porque la puerta, aunque cerrada, no tenía echada la llave. Cerraron la puerta tras ellos, pero poca defensa era ello, ya que no disponían de la llave y, de todos modos, la fuerza de Gordon era más que suficiente para echar abajo el obstáculo que se interponía entre él y sus perseguidos. Eleanor, angustiada, comprobó de inmediato que las dos ventanas de la muy amplia estancia tenían rejas por su parte exterior.

—No podremos escapar por las ventanas —murmuró.

Sollier le dio unos golpecitos en el brazo para calmarla.

—Aquí dispongo de mejores medios para detener a Gordon —dijo.

Había en el recinto varios grandes aparatos que Eleanor no supo identificar, excepto una especie de «silla eléctrica», que imaginó serviría para realizar electroencefalogramas.

En una de las paredes laterales, a la luz que ahora inundaba la habitación, gracias al interruptor accionado por Sollier, Eleanor pudo ver un gran tablero de mármol, con cantidad de botones e interruptores de diverso tamaño. Hacia él se dirigió Sollier a la carrera.

En ese instante un fuerte golpe hizo temblar la puerta. Gordon

comenzaba el ataque. Eleanor comprendió de inmediato que el cerebro de ese ser no tenía las circunvoluciones suficientes como para accionar la manija antes de derribar la puerta. Y la puerta cayó de inmediato. Dando tumbos, el monstruo penetró en la habitación. Eleanor, llena de terror, se aplastaba contra la pared más alejada, en tanto Sollier bajaba lentamente una palanca. A la chica le sorprendió descubrir que estaba sonriendo. Y esa sonrisa, que interpretó como signo de seguridad, contribuyó al menos en algo a tranquilizarla.

El efecto de la acción del médico no pudo ser más sorprendente. Una barrera lumínica separó a Gordon de Eleanor y Sollier. Eran delgados rayos de luz de un color entre azulado y violáceo, que viboreaban en el espacio, a una altura entre metro y metro y medio del suelo, formando un auténtico muro.

—Tranquílcese, señorita...

—Eleanor.

—Bien, Eleanor. Quédese tranquila. A Gordon le aterroriza la electricidad, porque la ha probado varias veces. No intentará atravesar esa pared, aún su mente obtusa sabe que de hacerlo moriría.

Corroborando las palabras del médico, el monstruo soplaba y chillaba, en un estado de furia estremecedora, paseándose de un lado a otro, pero sin tocar los rayos eléctricos.

—Esto nos protege de momento, pero ¿por cuánto tiempo? —Se inquietó Eleanor.

—Lo suficiente —sonrió Sollier, oprimiéndole una mano—. Gordon escapará de aquí muy pronto.

Era evidente que el médico conocía bien las reacciones del monstruo, porque éste, tras lanzar unos chillidos con los que parecía querer quebrar el muro que le impedía llegar hasta sus víctimas, comenzó torpemente a retirarse. Por fin abandonó completamente la estancia. Sollier no se dio prisa en cortar el campo eléctrico.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Eleanor.

El médico hizo un gesto que mezclaba la duda con la inquietud.

—Gordon estará acechándonos en algún rincón oscuro —dijo y la chica se estremeció. A su mente volvió el horroroso recuerdo del monstruo lanzándose sobre Hilda—. Además —siguió el médico—, me preocupa no saber nada de Katie. En su pobre mente enferma,

puede ocurrírsele el ayudar a Gordon en sus planes.

—Pero yo creía que ella le era muy adicta a usted —se sorprendió la chica—. En una oportunidad me dijo que era su «ayudante personal».

Sollier sonrió al escucharla.

—Pobre Katie —comentó—. Como ya le he dicho, es una depresiva con tendencias suicidas. Para animarla, yo le permitía que me hiciera pequeños e intrascendentes trabajos y en una oportunidad, también con fines terapéuticos, la designé, efectivamente ante el resto del personal que sabía que la cosa no iba en serio, mi ayudante personal.

—Esto confirma lo que yo suponía: le tiene afecto a usted, nunca se pondría de parte de Gordon sabiendo que con eso pone en peligro su vida.

Sollier volvió a mover la cabeza en gesto de duda.

—Hay un problema —dijo—. Katie odia a los médicos. El culpable es Pulitzer que, desde que comenzó su grave alteración mental, demostró un odio irracional hacia ella, llegando a encerrarla en el sector de aislamiento, cosa que no era en absoluto necesaria dado que se trata de una paciente inofensiva. Ese odio a Pulitzer, que de inmediato extendió a todos los médicos, la hizo acercarse con sus canciones a Gordon, como una especie de venganza. —Sollier adelantó su barbilla hacia el rellano—. Iré a ver si podemos salir —dijo.

—No se vaya... —pidió Eleanor, estremeciéndose.

El médico sonrió. Se dirigió al tablero y cortó la electricidad.

—No se preocupe —sonrió—. Si aparece Gordon en mi lugar, sólo tiene que bajar esta palanca —la señaló con toda su mano.

Eleanor se quedó junto a ella, viendo alejarse al médico. Al llegar al vano de la destrozada puerta, Sollier se detuvo y miró con precaución a ambos lados. De inmediato desapareció de la vista de la chica, que le oyó abrir y cerrar puertas, en busca del horrible enemigo que se ocultaba en alguna parte, seguramente no lejos de allí.

Pasaron dos, tres interminables minutos. Con la vista clavada en el vano de la puerta, Eleanor pasaba de la impaciencia al temor ante la tardanza en el regreso de Sollier.

Por fin, oyó ruido de pasos. Aunque eran pasos que no se

ocultaban, llevó su mano a la palanca que el médico le indicara. La brillante luz que iluminaba el cuarto dejaba en la oscuridad todo lo que estaba más allá de él, por lo que la chica tenía que esforzar sus ojos para ver el rellano.

Siempre fuera del alcance de su vista, los pasos se detuvieron durante unos segundos y de inmediato volvieron a oírse, ahora con más fuerza.

Un segundo más tarde, Gordon apareció ante los ojos aterrorizados de Eleanor.

El monstruo, al descubrirla, lanzó un horrible grito de triunfo y se abalanzó en su dirección.

Con mano temblorosa, la chica accionó la palanca.

Pero en ese instante la habitación quedó a oscuras.

La corriente eléctrica se había cortado.

Capítulo XII

CON la mano todavía en la ahora inútil palanca, Eleanor demoró vitales segundos en conseguir que su mente aceptara la desesperante realidad: Ninguna barrera de ninguna clase le separaba de ese monstruo cuyo único instinto que podía considerarse humano, según le dijera Sollier, era un desorbitado apetito sexual, para cuya satisfacción no reparaba en medios, como la misma chica había podido comprobar en el caso de la desgraciada Hilda.

Negar la realidad y hundirse en su propio mundo, que ellos mismos se inventan, es el recurso habitual de los esquizofrénicos; pero Eleanor, por mucho que días atrás temiera lo contrario, no estaba loca. Tras esos segundos de indecisión, su cerebro aceptó la realidad y dio la única orden que podía dar en semejantes circunstancias: huir.

La oscuridad era total en la habitación, ya que las nubes cubrían la luna y ninguna luz venía del exterior. Esto, consiguió razonar la chica, la beneficiaba, ya que aunque la falta de luz era igual para los dos ella podía disimular su presencia, en tanto los soplidos y jadeos que su corpulencia y su excitación provocaban en Gordon delataban sus movimientos.

Superado el pavor inicial, Eleanor puso sus cinco sentidos al servicio de su supervivencia. En un primer instante, permaneció inmóvil en el lugar donde se encontraba al apagarse las luces, aun siendo consciente de que el monstruo la había visto e iría a ese lugar a apoderarse de ella.

En efecto, muy pronto sintió que el jadeo aumentaba de volumen y entonces comenzó a correrse muy lentamente hacia su izquierda, sin perder contacto con la pared. Mentalmente agradeció la idea que tuviera de calzar playeras, que le permitían moverse sin hacer el menor ruido. Su plan era seguir la pared, para evitar

choques que la delatarían y, bordeando la habitación ganar la salida.

El monstruo lanzó un horrible chillido que hizo sobresaltar a la chica, aunque de inmediato comprendió que la causa era el haber llegado a la posición que ella ocupara antes y no encontrarla.

A partir de ese instante, los gritos, jadeos intensos y chillidos de furia se sucedieron constantemente. Gordon estaba enloquecido de rabia y deseo y, en su torpe andar, chocaba contra aparatos, volteaba mesas y destrozaba instrumental. Todo ello le era útil a Eleanor que así podía conocer la posición de su perseguidor, en tanto ella continuaba su lento, pero ininterrumpido avance a lo largo de la pared. Llegó a un ángulo y comenzó a seguir una de las paredes laterales. Calculó que tendría que andar unos cinco metros por ella y tres más por la de la puerta, hasta alcanzar la salida. Ocho metros pueden cubrirse en segundos o en horas... Inconscientemente, Eleanor apresuró el paso.

Fue un error. Al caminar más rápidamente, aunque siempre siguiendo la línea de la pared y con los brazos extendidos hacia adelante como los ciegos, su equilibrio disminuyó proporcionalmente al aumento de la velocidad. Cuando sus manos tropezaron con un obstáculo, como ya ocurriera sin percances un par de veces antes, su cuerpo no logró detenerse a tiempo y tropezó con lo que debía ser una pequeña mesa sobre la que se encontraban recipientes de vidrio. La chica consiguió mantenerse en pie, pero los recipientes cayeron al suelo rompiéndose con estrépito.

El monstruo lanzó un rugido de triunfo y, golpeándose y volteando, se encaminó velozmente hacia Eleanor, que encontraba dificultades para continuar su avance por el obstáculo que significaba la mesa y su contenido esparcido por el suelo.

El jadeo aumentaba sin cesar.

«Que el terror no me paralice», rogaba mentalmente la chica.

Recomenzaba el avance cuando una informe masa, más oscura que la oscuridad reinante, se plantó ante ella. No tenía más remedio que retroceder.

Lo hizo muy lentamente. El monstruo avanzó una de sus deformes manos, tanteando a ciegas y Eleanor, momentáneamente inmovilizada, vio con horror que iba a tocar su cara. Instintivamente la echó hacia atrás y eso evitó que el contacto se

produjera.

Comenzó a retroceder caminando en su retirada. Ahora tendría que bordear en sentido contrario toda la habitación, con la cantidad de tiempo que ello suponía. Pero no se atrevía a apartarse de la pared, porque desconocía la ubicación de los muchos aparatos que allí había y otro choque podría ser el último.

Los bufidos y gruñidos de ira aumentaban en volumen, pero se alejaban de ella. Eleanor se volvió y continuó su avance de frente, lo que le permitiría sortear con éxito los obstáculos que antes encontrara y cuya ubicación más o menos conocía.

Caminando cada vez más velozmente, la chica pronto llegó al tablero de mandos y alcanzó la pared lateral correspondiente. El monstruo parecía haberse detenido en su búsqueda, ya que ella no oía ni sus jadeos ni sus golpes. Al pasar junto a las ventanas se agachó para que su cuerpo no pudiera ser visto contra la penumbra exterior, pero la medida pareció innecesaria porque Gordon seguía sin dar señales de movimiento.

Ya estaba en la pared de la puerta, sólo tres metros la separaban de la abertura que la pondría en el rellano. ¿Dónde estaría Sollier? No había pensado antes en lo extraño de su desaparición, pero ahora encontraba una razón contundente y terrible para ella. Seguramente Gordon le había sorprendido y matado.

Estaba a poco más de un metro del vano de la destrozada puerta. Descendería la escalera del vestíbulo y huiría por la puerta posterior...

Adelantó un pie. El próximo paso lo daría fuera de la habitación...

Pero entonces una deforme mano se cerró sobre su brazo izquierdo y la chica lanzó un grito de horror y agonía.

Jadeando y echando sobre su cara un fétido aliento, el monstruo la empujó hacia atrás para hacerla caer y lanzarse sobre ella. Eleanor trastabilló, pero logró mantener el equilibrio. Y, lo que era más importante, logró mantener el control de sus sentidos.

Sólo veía una horrible masa informe en la oscuridad, pero pudo calcular el lugar donde un puntapié causaría mayor efecto. Su brazo izquierdo seguía aprisionado, pero sus piernas estaban en libertad.

Levantó la derecha y, con toda la violencia de que era capaz, golpeó con su pie el bajo vientre del monstruo, que lanzó un

horrible chillido de dolor y, seguramente para llevarse ambas manos al lugar dolorido, soltó el brazo de Eleanor.

Era lo que ella había intentado conseguir. Sin perder un instante, rodeó a Gordon, cuyas formas podía intuir en la oscuridad dada la mínima distancia que los separaba, y alcanzó el vano donde estuviera la puerta, huyendo a la carrera hacia la escalinata, con la intención de bajar por ella y alcanzar la puerta trasera.

Ponía el pie en el primer escalón, cuando las luces de toda la casa se encendieron.

Gracias a ellas pudo ver al pie de la escalera a Katie que, al descubrirla, lanzó un rugido de furia. A la carrera, inició el ascenso hacia ella.

En la mano empuñaba un gran cuchillo de cocina.

Más que el cuchillo, asustó a Eleanor el brillo que iluminaba los ojos de la mujer. «Tendencia al suicidio...». ¿No se habría equivocado el doctor Sollier en su diagnóstico? Lo que el brillo de esos ojos quería significar no era suicidio sino asesinato.

Algún ruido indefinido que escuchó a sus espaldas hizo que Eleanor se volviera instintivamente.

Tambaleándose como borracho y con las manos todavía sosteniéndose las partes doloridas, apareció en el vano de la derruida puerta Gordon. La luz que ahora había vuelto le permitió descubrir que el monstruo estaba completamente desnudo y que había manchas de sangre en su deforme cuerpo.

Todo esto lo vio en un segundo, pero ese segundo, que había bastado para que Gordon la descubriera a ella lanzando un grito de triunfo, también había bastado a Katie para recorrer más de la mitad del camino que la separaba de Eleanor.

A su frente, la loca con el gran cuchillo; a sus espaldas, el monstruo. ¿A cuál de los dos enfrentarse?

Había que tomar una decisión inmediata.

Ya mismo.

Y no permitir que la mente fallara, sobreviniendo la parálisis.

«Prefiero el cuchillo, la muerte rápida, al horror...».

«¿Dónde estará Sollier?». Muerto, Sollier estaba muerto, como Pulitzer y la enfermera.

Hilda en manos del monstruo... «Yo en manos del monstruo. Estoy sola y mi mente puede traicionarme ahora y ordenar a mi

cuerpo que se paralice para que así reciba el castigo que merezco por haber matado a mi madre y a mi padre. Pero no, yo no les he matado. ¡No les he matado!».

Había que tomar una decisión.

Ahora Katie ascendía muy lentamente. Con la lengua humedeciendo sus rescos labios y el brillo asesino aumentando en sus ojos, parecía gozar por anticipado del placer que el acto que estaba a punto de cometer le produciría.

Emitiendo cortos chillidos de excitación, Gordon adelantó sus manos hacia el objeto de su deseo.

Luchando contra la parálisis que el terror le provocaba, Eleanor pensó en Wellright, en Leonard, en los que podían ayudarla. Pero los dos estaban muy lejos y ella estaba sola. Sola ante una doble muerte.

Había que tomar una decisión.

Capítulo XIII

EN PARÍS no se cena hasta las nueve, pero es costumbre beber un aperitivo una hora antes. A las ocho de esa noche, en el instante en que Eleanor tenía que tomar la horrible decisión de elegir su muerte, el doctor Wellright bebía un vermut con dos distinguidos colegas —el doctor Allensbury, británico; y el doctor Duperrier, francés—, en el bar del hotel donde se realizaba la conferencia científica que lo había llevado a la capital de Francia.

Como es habitual entre médicos que asisten a un congreso, se hablaba de casos interesantes.

—Nuestros locos ya no se creen Napoleón —se quejaba Duperrier—, sino Jomeini, Reagan o Stalin, ¿no es eso una ofensa a nuestro orgullo nacional?

Sus dos colegas rieron. Después, serio, dijo Wellright:

—Estoy atendiendo a una chica que cree recibir por las noches la visita de la Muerte.

—¿Sentimiento de culpa? —apuntó Allensbury.

—Sí, por supuesto —asintió Wellright y siguió, tras beber un trago de su vermut—: Se considera responsable de la muerte de sus padres. —Explicó brevemente las circunstancias en que ambas muertes se produjeran, continuando—: Una noche estuvo a punto de suicidarse tirándose por la ventana de su cuarto. Creía obedecer órdenes de la Muerte, naturalmente.

Sus dos oyentes movieron sus cabezas, impresionados.

—Usted habrá decidido su ingreso en algún centro, seguramente —comentó Duperrier.

—Sí —asintió el interrogado—. En el Bellevue, un pequeño establecimiento...

—¿El Bellevue? —se sorprendió Allensbury—. He oído decir cosas de él.

—También yo —dijo Wellright—, pero me llegaron después de

haber dispuesto el ingreso de la muchacha.

—Se dice que ha muerto una paciente y se ha negado información coherente a los familiares —dijo Allensbury—. Tengo entendido que esa gente ha presentado una denuncia judicial. El juez, antes de actuar, pidió un informe al Colegio Médico quien hoy mismo, según me comentó hace unas horas Harrington que ha llegado al mediodía de Londres, ha dictaminado que corresponde la investigación. Me temo que mañana o pasado el doctor Sollier se verá metido en un buen lío.

—No será Sollier, sino Pulitzer —le corrigió Wellright—. Tengo entendido que Sollier está de viaje o algo por el estilo.

La noticia hizo mover varias veces la cabeza al otro psiquiatra británico, en tanto el francés, encendía un cigarrillo y seguía con cortés atención una charla que, evidentemente, no le incumbía en forma directa.

—Esto que usted me dice de Sollier viene a confirmar algunos rumores muy extraños que he oído sobre él —comentó Allensbury, con tono que indicaba su resistencia a creer en dichos rumores.

—Sollier es un eminente psiquiatra —opinó Wellright.

—Por supuesto, por supuesto. Yo mismo he enviado varios pacientes a realizar diversos tipos de tratamiento en Bellevue —no quería que su colega se sintiera molesto por haber enviado a una paciente suya—. Pero, ya le digo, de un tiempo a esta parte...

—¿Qué se dice de Sollier? —intervino inesperadamente Duperrier—. Yo no le conozco personalmente, pero he leído un par de artículos escritos por él que me parecieron francamente buenos. Recuerdo especialmente uno, cuyo título era más o menos «Sexualidad: el último contacto», en el que relataba experiencias con subnormales profundos. En contra de lo que generalmente se admite; es decir, que es comer y beber lo que podríamos llamar «el último contacto» entre esos desgraciados y la sociedad, el instinto sexual es aún más fuerte y, por ende, lo último que se pierde. Una teoría original, sin duda.

Wellright escuchó la opinión del francés con moderado interés, pero a Allensbury le animó a seguir hablando.

—Precisamente de eso se trata —comenzó, apuntando con su cigarrillo al francés—; de sexualidad.

—No le entiendo —comentó extrañado Wellright.

Su compatriota se volvió a él.

—No me gusta hablar de estas cosas, tratándose de un colega tan distinguido como Sollier —dijo—, pero los rumores que han llegado hasta mí... Y no me refiero a las sempiternas estupideces de los pacientes, sino a comentarios de colegas, es que el director del Bellevue se ha... digamos excedido en esas experiencias sobre el comportamiento sexual de los subnormales profundos.

Wellright le miró con el ceño fruncido, como urgiéndolo a explicarse mejor.

—Sí —continuó Allensbury—; se dice que... Bueno, que esa muerte de que habíamos pudo ser producida por imprudencia de él.

—¿Durante algún electroshock?

—No, durante una de sus experiencias.

—Perdóneme, Allensbury, pero usted habla en acertijos.

—Me explicaré ante ustedes, aunque tratar este tema me desagrada profundamente. Lo que he oído es que la muchacha cuya muerte ahora parece que va a investigarse, perdió la vida a manos de un subnormal profundo, una auténtica especie de monstruo, que Sollier utilizaba para sus experimentaciones.

—Pero eso sería horrible... —Se espantó Wellright.

—Repito que sólo son habladurías.

A la misma hora en que Eleanor tenía que elegir su forma de muerte y los psiquiatras hablaban de Bellevue y su director en París, Leonard acababa de perder una partida de dardos frente a su amigo Peter Baummell, en *The Mousse and the Lion*, su taberna predilecta.

—¿Jugamos otra? —propuso éste.

—No, ya está bien por hoy. Prefiero pagar las cervezas. No estoy en forma.

Se encaminaron hacia la única mesa que aún estaba vacía en el abarrotado local.

—Comprendo que no estés en forma —comentó Peter, guiñando un ojo a su amigo—. Tu muñequita te ha abandonado...

—«Muñequita», qué horrible término —simuló horrorizarse Leonard—. La televisión no sólo arruina tu mente sino también tu lenguaje, muchacho.

El otro se encogió de hombros.

—Los casados podemos darnos el lujo de ver televisión —contraatacó—, porque no tenemos que gastar las horas de descanso

en la búsqueda de mujeres.

—Tampoco yo tengo que buscar. Ya he encontrado.

—Habías encontrado. Ahora parece has perdido.

Leonard se aprestaba a responder como la agresión se merecía, pero una flaca y desangelada camarera llegó con las cervezas que habían pedido.

—Son diez chelines.

—No hemos pedido *champagne* —se preocupó Leonard—, sólo cerveza.

—Son diez chelines.

Pagó. Hacía cinco años que frecuentaban el lugar y desde tan remota fecha conocían a Maggie, la camarera, pero nunca habían conseguido arrancar de sus pintados labios más frases que las que anunciaban el monto de la consumición.

—Cómo te decía —siguió el ataque Peter—, has perdido a tu muñequita, pajarita, gatita o ratita, como prefieras llamarla.

—Prefiero llamarla Ellie —respondió con helada dignidad Leonard, como dando por terminado el tema.

Pero sabía que Peter seguiría dándole la tabarra durante el resto de tiempo que estuvieran juntos. Lo mismo había hecho él cuando su mejor amigo inició un noviazgo, frecuentemente interrumpido por peleas, con Jennifer, la que ahora era no sólo su mujer, sino también la madre de sus dos hijos.

—Tú tienes un carácter difícil, Leo. No te será fácil encontrar una mujer que te aguante.

—«Carácter difícil, no te será fácil» —remedó el aludido—. ¡Qué pobre construcción de una frase para un profesor de lengua!

—Ahora no estoy ejerciendo la docencia.

—Yo creía que sí.

—Bien, en cierto modo tienes razón. Enseñar a quien sabe menos que uno, no importa la edad que el ignorante tenga, es ejercer la docencia.

—¿Y tú pretendes saber de mujeres más que yo?

Peter bebió unos tragos de la espumosa bebida, movió filosóficamente la cabeza un par de veces y por fin dijo:

—Lo único que yo pretendo es hacerte ver que tu gatita, perdón, tu Ellie, te está metiendo los cuernos esta noche, mientras tú pagas la cerveza a tu mejor amigo que, por serlo, tiene la obligación de

advertirte acerca de...

Con gesto y sonido obscenos, Leo interrumpió la homilía del otro.

—Leo, eres un grosero.

—Y tú, un pesado.

—Sólo quería abrirte los ojos. Tú me dijiste que querías a esa chica...

—Que quiero a esa chica.

—Y yo no puedo permitir que te meta los cuernos impunemente.

Leo rió a carcajadas.

—¿Ellie los cuernos? ¡Eso sí que tiene gracia! No debes extender tu propia experiencia a los demás, Peter. No es justo ni científico.

Ahora le tocó el turno a Peter de reír a carcajadas.

—¿Jenny meterme los cuernos? Tiene un hombre a su lado, Leo. Un hombre que la hace feliz. Que la satisface en todo. ¿Por qué iba a meterme los cuernos?

—¿Y quién te ha dicho que yo no satisfago a Ellie?

—Bueno, muchacho, tus experiencias anteriores...

¿Cómo lo diría yo para no herirte? En fin, digamos que más de una vez he tenido que ayudarte...

Leo amagó una trompada al otro, que se echó atrás riendo; después, echando una ojeada al antiguo reloj de esfera redonda que colgaba de una pared, dijo:

—Ya puedes irte a cambiar los pañales a tus críos. Yo me voy a mi casa.

Peter simuló sorprenderse.

—¿Así, tan tranquilo, te vas a tu casa? ¿Sin preocuparte que tu noviecita del alma ande por las calles?

—Mi noviecita del alma está en su casa. Me dijo que hoy no nos veríamos porque quería arreglar algunas cosas...

—Con su amante, en un motel.

—Con sus papeles, en su casa.

Peter miró al otro con lo que parecía sincera pena.

—Ella te dijo que esta noche se quedaría a arreglar unos papeles sola en su casa y tú le has creído... —comentó con dolorido tono y como para sí mismo.

—¡Claro que le he creído, idiota! Y ahora, me voy.

La cara de Peter se animó.

—¿Vas a su casa a comprobar su infidelidad?

—¡No! Voy a la mía, a cenar, ya que tú no me invitarás a cenar en la tuya porque tu mujer no sabe guisar y te avergüenza que tus amigos te vean a ti haciendo la comida.

—Jenny es una de las mejores cocineras de Londres, lo que ocurre es que... —Se le cruzó una idea por la cabeza y volvió a su animación de antes—. ¡Espera un poco! Estoy dispuesto a hacer una apuesta contigo...

Leo, que ya estaba de pie, volvió a sentarse.

—¿Apuesta? ¿Qué clase de apuesta?

Peter señaló el teléfono que colgaba de una pared.

—Tú llamas a tu gatita Ellie ahora mismo. Si está en su casa... aunque, como los teléfonos no son televisores no podremos saber si está sola o no, pero en fin, tú ganas la apuesta y yo te invito a cenar a mi casa. —Su tono se volvió solemne—. Pero si, por el contrario, nadie contesta al teléfono, o lo hace una voz de hombre, entonces seré yo quien gane la apuesta y tú me pagarás las cervezas durante una semana.

—Una semana es demasiado. Tu cena nunca lo valdría.

—¿Es que temes perder? ¿Desconfías de tu noviecita?

—Perdóname, no sabía lo que decía. Te pagaré la cerveza no una semana, sino un mes.

Peter se refregó las manos.

—¡Un mes bebiendo gratis! —Pero volvió a ponerse solemne—. Perdón, aún hay más.

—¿Más cerveza?

—No, no se trata de cerveza, sino que además de pagármela durante un mes reconocerás públicamente, y tantas veces como yo te lo exija, que soy más hombre que tú.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero mejor sería que ya fueras llamando a Jenny para que compre unas *pizzas* y unas hamburguesas. Así, al menos, cenarás bien una noche.

Peter sonrió mefistofélicamente, volviendo a señalar el teléfono.

—Lo haré con mucho gusto —dijo—. Pero antes tienes que llamar tú.

Leo se dirigió al aparato rebuscando monedas en su bolsillo. Permaneció de espaldas a su amigo durante unos largos minutos y después colgó el auricular y regresó a la mesa.

Peter no necesitó hacer ninguna pregunta para saber que había ganado la apuesta.

Y lo lamentó sinceramente.

Capítulo XIV

TRAS el paralizante segundo de horror y duda, Eleanor tomó su decisión. No se enfrentaría con la peligrosa Katie, pero menos aún se entregaría al monstruosos Gordon. Sorprendiendo a sus dos enemigos con un movimiento falso, que les hizo creer que se lanzaría escaleras abajo, en realidad hizo todo lo contrario: se plantó con dos zancadas en el tramo que conducía a los pisos superiores y ascendió los peldaños de tres en tres.

Katie, furiosa al verse burlada, inició de inmediato la persecución. Gordon, con su lento cerebro y su pesado cuerpo, tardó más en hacerse cargo de la situación, pero por fin él también comenzó a trepar los escalones soplando y jadeando.

Al llegar a la última planta, Eleanor comprendió que Katie, más flaca que ella y con la velocidad de movimientos que suelen poseer los dementes, acortaba distancias, en tanto Gordon quedaba atrás.

Concibió un pequeño plan y, para comenzar a ponerlo en práctica, ascendió a toda velocidad el siguiente tramo de escalera, recordando que llevaba a una especie de desván o buhardilla.

Cuando alcanzó el último rellano tenía a Katie a no más de diez escalones por debajo de ella. Había que actuar de inmediato o el cuchillo acabaría con su vida.

No bien acabara de subir la escalera, Eleanor se ocultó de la vista de su perseguidora aplastándose contra la pared del pasillo que llevaba a la puerta del desván.

Como lo esperaba, Katie apareció a la carrera creyendo que la chica iba a encerrarse en la buhardilla, por lo que iba con la vista fija en el fondo del pasillo. Eleanor adelantó la pierna derecha y la zancadilla cumplió su objetivo. Katie fue a dar violentamente contra el suelo.

La chica no deseaba matarla, pero sabía que se trataba de su vida contra la de la loca asesina, por lo que sin perder un segundo

se agachó y le dio un puñetazo en la nuca. No la mató, pero con el golpe completó la obra de la caída, dejándola inconsciente.

Un gruñido le llegó desde la escalera. El monstruo se acercaba.

Moviendo con el pie el cuerpo exánime de Katie, logró apoderarse del cuchillo. Aún con él en su mano no se atrevería a enfrentarse con Gordon, pero era un arma, podía ayudar y, tal vez lo más importante, le daba una cierta sensación de seguridad.

Corrió hacia la puerta del desván, recordando que la vez anterior estaba sin llave. Lo estaba también ahora, por lo que pudo abrirla sin problemas e introducirse en el inmenso espacio que ocupaba buena parte de la totalidad del perímetro del edificio.

Se disponía a cerrar la puerta tras de sí, cuando oyó un ruido muy fuerte, como de caída, seguido de gritos y chillidos. Superando su miedo, espió por la entreabierta puerta.

Gordon estaba caído en el suelo sobre el cuerpo de Katie. Eleanor comprendió que el monstruo, en su desesperación por no dejar escapar su presa, no había visto a la mujer en el suelo cayendo sobre ella.

El golpe y la demora en la persecución que ello significaba acabaron de enfurecerlo. Ante los ojos paralizados de terror de Eleanor, se desarrolló una escena espantosa —otra más— de las que viera en esa noche alucinante.

El monstruo comenzó a patear el cuerpo exánime, como una niña caprichosa lo haría con una muñeca a la que hiciera responsable de sus frustraciones. Con la furia con que eran propinados, tres o cuatro puntapiés seguramente fueron suficientes para matar a la pobre loca, pero Gordon no se conformó con ello.

Después de las patadas, optó por apoderarse de la cabeza de Katie con ambas manos y golpearla repetidamente contra el suelo de baldosas, hasta que el rostro no fue más que una masa sanguinolenta e informe.

Eleanor cerró la puerta. Luchando contra la náusea, se internó entre la selva de trastos que en la buhardilla había. No estaba segura de que encerrarse en ese lugar hubiese sido lo mejor, pero no había podido elegir. No le habían dado tiempo.

Tampoco ahora. Oculta tras una pila de desvencijadas sillas, vio a Gordon destrozar la puerta de la buhardilla, como antes lo hiciera con la de la sala de «Terapias eléctricas». Ahora la luz intensa del

pasillo penetraba en la buhardilla que Eleanor había querido dejar a oscuras, aunque no llegaba hasta su escondite.

Gordon, desde el vano de la puerta que llenaba totalmente con su corpachón, trataba de descubrir a su víctima en la oscuridad. No lo consiguió, naturalmente, y furioso comenzó a destrozar todo lo que encontraba a su paso, con la esperanza de encontrar a Eleanor tras cada mesa o cada silla que hacía trizas.

El plan de la chica era escapar. La buhardilla tendría no menos de quince metros de largo por ocho de ancho, y estaba literalmente llena de trastos. Con un poco de buena suerte podría despistar a su perseguidor y abandonar la estancia mientras él la seguía buscando en ella. Después sería fácil. Ya no quedaban más enemigos en el edificio, tras la muerte de Katie. Se estremeció al recordar el horrible final de la pobre loca, pero eso le hizo aferrar con más fuerzas el cuchillo que le había quitado.

La pobre desgraciada había intentado asesinarla y estaba muerta; ella no intentaba asesinar a nadie, sólo salvar su vida. Era de su vida de la que tenía que preocuparse.

Gordon seguía destrozando muebles, ficheros y carpetas. Cada escondite posible tras el que no hallaba a la chica era motivo para enfurecerlo más y más. Eleanor tuvo que apretar fuertemente sus dientes como una infantil manera de evitar el temblor que pugnaba por apoderarse de su cuerpo al ver avanzar hacia donde ella se escondía esa especie de subhombre, de fuerza elemental que resultaba a la vez horrorosa y repugnante. Un cuerpo de alrededor de un metro ochenta que debía pesar por lo menos ciento diez o ciento veinte kilos, totalmente desnudo y con un cuerpo deforme manchado con multitud de lamparones de la sangre de sus víctimas.

Curiosamente, paradójicamente, insensatamente, Eleanor estaba, a la vez, horrorizada y satisfecha. Si comprensible era el horror, no lo era tanto la satisfacción que sentía, pero también ella tenía su explicación. Y la explicación era muy simple y muy breve: no estaba loca. Su mente funcionaba a la perfección. Tal vez un minuto más tarde estuviera muerta, pero en ese momento estaba bien viva y bien sana. A su mente llegó el recuerdo de Pulitzer, que la había dado de alta aduciendo que creía en su salud mental, cuando lo que realmente quería era desembarazarse de quién podía ser un testigo de su locura. También pensó en Sollier. Era evidente que había

muerto a manos de Gordon; aunque también podía haber sido Katie, a quien él consideraba inofensiva, quien acabara con su vida.

Aunque apenas podía ver en la penumbra en que se encontraba, miró con cierto asco el cuchillo que empuñaba. ¿Habría sido con él...?

Volvió a la realidad. Gordon estaba destrozando un armario a menos de cuatro metros de su escondite. Comenzó a desplazarse hacia su izquierda, ya que el monstruo avanzaba por su derecha.

Se sentía optimista; casi eufórica. Todo estaba a punto de acabar bien. Era muy difícil que Gordon la descubriera. Había demasiados trastos entre ellos y el monstruo era muy pesado y de movimientos torpes. En cambio, ella era ágil y ya sabía que le sacaba ventaja en velocidad. Aunque él la descubriera antes de abandonar la buhardilla, nunca podría alcanzarla. Y nadie más se interpondría entre ella y la libertad. Recordó al portero que llevara sus maletas cuando llegó a Bellevue por primera vez, pero nunca había vuelto a ver a ese hombre, seguramente despedido por Pulitzer al igual que habría hecho con la enfermera a la que sólo vio una noche.

El resplandor que le llegaba desde el corredor le bastaba para evitar los obstáculos más grandes. Avanzaba lentamente, más atenta a no hacer ruido que a alcanzar rápidamente la puerta. Gordon seguía avanzando por su lado, sin preocuparse más que de lo que tenía frente a él. Y hacía suficiente ruido con su destrucción como para cubrir el que pudiera hacer Eleanor.

Fueron minutos, pero le parecieron horas. Por fin estuvo a sólo un par de metros de la puerta o de lo que quedaba de ella. Miró hacia atrás. En la penumbra, distinguió la masa voluminosa y torpe de Gordon que, habiendo llegado hasta el final de la buhardilla, comenzaba ahora la búsqueda de la chica por la parte por donde ella se ocultara hasta momentos antes.

Avanzó cuidadosamente hasta colocarse junto al dintel de la puerta y allí esperó. Menos de un minuto más tarde, Gordon se enfureció contra un armario que le impedía el paso, destrozándolo con manos y pies.

Ése fue el momento elegido por Eleanor para atravesar el vano de la puerta y salir al iluminado pasillo.

Aunque trató de impedirlo, sus ojos, como atraídos por invencible imán, se posaron en la figura de Katie. El rostro era una

masa de sangre y el cuerpo estaba enroscado sobre sí mismo, como si de una serpiente se tratara. «Tal vez lo era, después de todo», pensó Eleanor y, cuidando de no pisar el cuerpo, siguió adelante.

A sus espaldas escuchó un terrible rugido de furor. No sabía si se trataba de otro obstáculo difícil de destrozar o si Gordon acababa de descubrirla, pero prefirió creer que se trataba de esto último y se lanzó a la carrera por la escalinata.

Descendió los tres tramos saltándose los peldaños y llegó al gran vestíbulo fatigada, pero satisfecha. Ya faltaba muy poco.

Aminorando un tanto el ritmo de la marcha, dobló en dirección a la zona de servicio, pero se detuvo bruscamente ahogando un grito de terror. Una figura humana había surgido de alguna parte y le cerraba el paso.

Debió perder por unos segundos el conocimiento porque cuando reaccionó se sintió sostenida por unos fuertes brazos y una voz de hombre que le decía: «¡Despierte, despierte!». Abrió los ojos.

El doctor Sollier era quien intentaba reanimarla.

—¡Doctor! Yo creí que usted...

—Ya lo supongo. Imaginé que Gordon me había sorprendido y matado.

—Sí, así es.

Eleanor, exhalando un profundo suspiro, se sintió mejor y se apoyó firmemente sobre sus pies. El médico la soltó suavemente.

—Lo que ocurrió fue muy distinto —explicó—. Busqué a Gordon por la planta en la que estábamos y al no encontrarlo, sabiendo que su cerebro tan elemental no le permite buscar escondites sofisticados, imaginé que habría bajado en busca de Katie y bajé tras él. No me había equivocado en mi suposición, pero descuidé la vigilancia. Me esperaba allí, tras la puerta de la cocina —la señaló— y me desmayó de un golpe en la cabeza —sé tocó la nuca, friccionándosela con suave firmeza—. Aún me duele —explicó con una sonrisa.

—Pero las luces se cortaron poco después de irse usted, cuando Gordon ya estaba en las plantas superiores.

—No lo sabía —se sorprendió Sollier—. No me explico... —se interrumpió—. Sí, sí que me lo explico. El tablero central está en el sótano. Debió ser Katie la que cortó la luz, tal vez para ayudar a Gordon o para ayudarla a usted o a mí. Nunca puede afirmarse con

certeza el motivo que tienen los locos para hacer lo que hacen.

—¿Y habrá sido Katie la que volvió a dar la luz?

Sollier se encogió de hombros.

—No puedo afirmarlo, aunque supongo que sí —dijo—. Por lo visto, yo he estado mucho tiempo inconsciente —puso una mano sobre el hombro de Eleanor—. Pero no hablemos de mí, sino de usted. ¿Cómo se las arregló para, felizmente, escapar de la amenaza de ese monstruo?

—No sólo de Gordon, también de Katie.

—¿Katie? Pero si es inofensiva...

—No tanto. Intentó asesinarme con ese cuchillo.

Lo alzó ante los ojos del médico que se sorprendió al verlo.

—Vaya —dijo—, mi alegría fue tan grande al verla viva que no reparé en lo que llevaba en las manos. Démelo, ya no le hará falta.

Eleanor se lo entregó.

—Pero Gordon... —recordó de inmediato.

—¿Dónde está?

—Escapé hasta la buhardilla. Lo dejé allí, buscándome, pero no tardará en bajar.

—Podremos controlarlo. ¿Y Katie?

—Para salvarme de su asalto me oculté, le hice una zancadilla y, una vez caída, la dormí con un golpe en la cabeza y me apoderé de su cuchillo. De inmediato llegó Gordon, no vio el cuerpo caído, tropezó con él y, furioso, mató a la pobre mujer a golpes y puntapiés.

Sollier contrajo su rostro en un gesto de horror.

—Pobre Katie —dijo—. Era una incurable, pero no merecía ese fin. —Se sacudió el recuerdo con un movimiento de cabeza y volvió a la realidad inmediata—: ¿Dice usted que Gordon ha quedado en la buhardilla?

—Sí, pero supongo que ya no estará allí.

—Hay que acabar con ese monstruo. Ya ha hecho demasiado daño.

—Doctor, ¿no sería mejor que nos fuéramos y avisáramos a la policía?

Sollier alzó su mano en gesto de disculpa.

—Vaya —dijo—, con tantas emociones he olvidado decírselo. No bien recobrar el conocimiento, hace algunos minutos, telefoneé a la

policía de Bicester, están en camino. Incluso dijeron que pedirán refuerzos a Oxford, ya que recalqué la peligrosidad de Gordon.

Eleanor se permitió un esbozo de sonrisa.

—Ésa sí que es una buena noticia —dijo—. Supongo que no tardarán mucho en llegar.

—Estamos a menos de tres kilómetros de la comisaría de Bicester y hace ya un par de minutos que he llamado. Me dijeron que salían de inmediato, así que no pasara más de un minuto o dos hasta que lleguen.

—Yo pensaba en escapar por la puerta trasera...

—No es necesario. La policía está al llegar —miró a su alrededor y señaló una puerta que estaba cerrada, como siempre la había visto Eleanor—. Allí estaremos seguros —dijo, señalándola.

La chica se habría sentido más tranquila saliendo al exterior, pero junto a Sollier se sentía segura. Y la policía estaba al llegar.

Con una llave que estaba puesta en la cerradura, Sollier abrió la puerta, pulsando un interruptor invisible para Eleanor que dio luz a la estancia. Entraron los dos y el médico cerró la puerta con llave.

—Es mejor prevenir —sonrió.

—Pero Gordon destroza las puertas.

—Nunca podría destrozar ésta —el médico la golpeó con su puño—. Roble macizo —dijo, sonriendo—. Ni Gordon podría con ella.

Sollier le señaló una silla y Eleanor se sentó en ella, echando una ojeada a su alrededor. En primer lugar, le sorprendió la amplitud del cuarto, que parecía destinado a exploraciones clínicas e incluso pequeñas intervenciones, ya que el centro del mismo estaba ocupado por una amplia camilla, que más parecía una mesa de operaciones, no sólo por su gran tamaño, sino por tener un poderoso foco de luz sobre ella. Contra las paredes había varios armarios de cristal, conteniendo instrumental clínico y quirúrgico, así como diversos medicamentos y tambores de gasa. Un lavabo en el que había un *spray* para lavarse las manos, toalla y un par de guantes de goma, completaban la impresión de que se trataba de un quirófano para pequeñas intervenciones de urgencia. Sentada junto al lavabo, Eleanor sintió su garganta reseca y un deseo imperioso de beber. Pero no había vasos a la vista y no quiso expresar su deseo, para no obligar a Sollier a salir de la habitación. No sólo para que

no peligrara la vida del médico, sino porque temía quedarse sola, a pesar de la solidez de la puerta de roble macizo.

—Todo este horror que está viviendo acabará muy pronto —estaba diciendo el médico.

Eleanor le sonrió.

—Y pensar que ha expuesto su vida sólo por salvarme —siguió Sollier—. ¿Cómo vino sola? ¿Por qué no dio aviso a la policía o vino con algún amigo?

Eleanor se alzó de hombros, aburrida de tener que explicar algo que ya parecía pertenecer al más remoto pasado.

—La policía no me hubiera hecho caso —dijo—. Y mis amigos... bueno, el único amigo al que te conté algo de mis sospechas, tampoco las tomó muy en serio.

—Así que se decidió a venir sola a salvarme y no dijo a nadie que venía.

—Eso es. Claro que pensé que todo iba a resultar más fácil...

Sollier sacudió fastidiado la cabeza.

—Nunca debí dejarme presionar por Gordon.

—Si no le hubiera entregado la llave, ahora estaría muerto.

—Pero los demás estarían vivos.

—Bueno —matizó Eleanor—, Pulitzer y Katie estaban locos; lo siento por Hilda, pero usted, doctor, es, según me han informado, una mente privilegiada que ha hecho mucho por la ciencia y que aún tiene decenas de años por delante para seguir trabajando por el bien de la humanidad.

—Me halaga usted en exceso —sonrió Sollier, agregando—: Sólo soy un investigador que gusta de experimentar por su cuenta, sin someterse a los corsés de la ciencia oficial. —Amplió su sonrisa, mirando fijamente a Eleanor—. Mi pasión es investigar —añadió—. Nunca pierdo la oportunidad de hacerlo, aunque mi campo de experimentación es muy restringido...

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es su campo de investigación? —preguntó Eleanor, sólo por cortesía, ya que un vago desasosiego se estaba apoderando de ella y comenzaba a preguntarse cómo podía tardar tanto tiempo la policía en recorrer tres kilómetros.

—El comportamiento sexual de los subnormales profundos —respondió muy serio Sollier.

Algo así como un timbre de alarma sonó en la mente de Eleanor,

pero sin poder —o querer— interpretar su significado.

—Oigo ruidos —dijo de pronto el médico, adelantándose hacia la puerta—. Ha debido llegar la policía.

Antes que la chica pudiera decir que ella no había oído nada, Sollier había abierto la puerta.

Gordon apareció en el vano.

—Ahí la tienes, es toda tuya —dijo el médico señalando a la paralizada Eleanor—. A ver cómo te portas.

Capítulo XV

«TODO ha terminado», fue la primera frase que se formó en la trastornada mente de Eleanor.

Ahora —demasiado tarde— comprendía su error. Había creído descubrir lo que nadie había descubierto y se había equivocado. El loco no era Pulitzer, sino Sollier. Pero ¿de qué valía ahora saberlo?

Y si la muerte estaba a punto de llegarle fuera en forma de un disparo de revólver o de un cuchillo clavándose en su pecho..., pero morir a manos del monstruo que, echando repugnante baba por la comisura de sus labios, avanzaba muy lentamente hacia ella...

Morir sería lo último, no lo primero que iba a ocurrirle. No temía pensar en el fin de su vida, pero sí en lo que antes haría con ella esa mole de carne que no podía llamarse un ser humano.

Vio a Sollier sonreír desde la puerta. ¿Cómo había titulado sus investigaciones? «El comportamiento sexual de los subnormales profundos». Todo estaba claro para Eleanor ahora. «Utiliza a Gordon para sus experimentos. Antes habrá utilizado a otros y muchos habrán muerto por su culpa. Hasta que Pulitzer se decidió a encerrarlo. Debió haberlo matado...».

El aliento fétido del monstruo llegó hasta ella. Con los brazos caídos a los costados de su cuerpo, Eleanor no pensaba en resistir, ¿cómo podría hacerlo? Si al menos tuviera el cuchillo que tontamente entregara a Sollier... Pero no lo tenía. No había salvación para ella, arrinconada entre la mesa de operaciones, la pared posterior y el lavabo. No había escapatoria posible...

El monstruo adelantó una mano y la posó en su pecho.

No había escapatoria ni defensa posible. Incongruentemente, la sensación que dominaba a la infeliz muchacha era la sed. Una terrible sed. Pensó en el lavabo que podía procurarle agua para saciar su sed.

El lavabo...

Las dos manos del monstruo oprimían brutalmente los senos de la chica, en lo que él consideraría una caricia. La baba chorreaba por su cara y su jadeo era constante y en continuo aumento. Eleanor pudo alargar su brazo izquierdo en dirección al lavabo sin que Gordon lo advirtiera.

Las manazas desgarraron de arriba abajo el jersey de la chica y el monstruo lanzó un rugido de placer al ver aparecer los senos desnudos. Entretanto, la mano izquierda de Eleanor buscaba inútilmente en el vacío.

Gordon empujó a la chica hacia la mesa de operaciones, pero ella había encontrado lo que buscaba.

—¡Cuidado, Gordon! —Alcanzó a advertirle Sollier, que adivinó la intención de Eleanor, pero el monstruo estaba demasiado excitado para oírle.

Con el *spray* seguro en su mano, ella se dejó echar sobre la mesa de operaciones. Cuando Gordon inclinado sobre ella se dispuso a arrancarle el resto de su ropa, Eleanor puso el tubo ante el rostro del monstruo y oprimiendo el botón lanzó directamente a sus ojos y desde una distancia de pocos centímetros un largo chorro de jabón líquido.

Lanzando un rugido de furor, Gordon se llevó sus manos a los doloridos ojos, abandonando momentáneamente su presa. Eleanor estaba preparada para liberarse. Dando un salto cayó de pie en el suelo, y a la carrera pasó junto a Sollier, echándole también a él jabón en los ojos.

El médico estaba más o menos preparado para el ataque y se protegió con una mano, no recibiendo más que unas gotas del irritante líquido en la vista, pero eso fue suficiente para Eleanor, ya que le permitió pasar junto a él y salir de la habitación.

Pero era consciente que no sería tan fácil escapar de Sollier como de Gordon. El médico era joven y ágil; por otra parte, nunca permitiría que ella escapara con vida.

«Sólo he prorrogado por minutos mi sentencia de muerte», pensó mientras corría. ¿Hacia dónde? La puerta principal estaba cerrada y el paso hacia el sector de servicio y la salida posterior se lo impedía Sollier que, aunque refregándose los ojos para aliviar la irritación, veía lo suficiente como para no dejarla pasar junto a él.

Una vez más en esa horrorosa noche, Eleanor tuvo que optar por

subir las escaleras en lugar de buscar el exterior.

Llegaba al primer rellano cuando Sollier inició la persecución. Ella subió al piso superior, al de las habitaciones. Al menos éstas tenían puertas y llaves del lado exterior.

Su propia habitación fue la elegida porque, efectivamente, la llave estaba puesta en la cerradura. Se hizo con ella, entró y, tras cerrar la puerta, echó la llave.

Sollier llegaba en ese instante.

—¡Abra! —exigió.

Ella permaneció en silencio.

—¡Abra, Eleanor! —insistió el médico—. Sabe que Gordon echará la puerta abajo en un segundo. Le prometo protegerla de él.

«Como para creer en sus promesas», pensó la chica, que siguió sin contestar. Tenía tareas más urgentes que realizar. Desesperadamente buscaba algo que pudiera servirle como arma.

Pero nada había en la habitación. Cama, ropa de cama, mesa, silla... No es fácil que en las habitaciones de los pacientes de las clínicas psiquiátricas puedan encontrarse revólveres, cuchillos o, cuando menos, tijeras.

Y excepto el revólver, ningún arma empuñada por ella sería eficaz contra Gordon.

—¡Abra! —seguía insistiendo Sollier, mientras golpeaba furiosamente la puerta. Eleanor se preguntaba cuánto tiempo demoraría Gordon en llegar y derribarla.

Era lo mismo que preguntarse cuánto le quedaba de vida. ¿Tres minutos? ¿Cuatro? ¿Dos?

No había nada utilizable como arma en el dormitorio. Eleanor pasó al servicio. De esa ducha había salido sangre y en ese lavabo había visto una rata...

Tampoco había nada que sirviera como arma en el aseo. Hasta el vaso para enjuagarse los dientes era de plástico...

¿La ventana? No tenía rejas, pero era demasiado pequeña para salir por ella.

La puerta del dormitorio comenzó a estremecerse ante el empuje de una mesa de carne que pugnaba por echarla abajo.

«Gordon ya ha llegado», pensó tristemente Eleanor mientras echaba el pestillo a la puerta del cuarto de baño que acababa de cerrar.

Miró el estrecho recinto y pensó que ese lugar era su último refugio.

«Ya no tengo escapatoria. Y aquí no hay armas para defenderme».

Ni siquiera el *spray* jabonoso, que dejara olvidado en el dormitorio.

Capítulo XVI

—SI sigues conduciendo a esta velocidad, vamos a matarnos.

—Deja de lloriquear y lee lo que pone ese cartel.

—«A tres kilómetros, salida a Bicester». Ya lo has oído, sólo faltan tres kilómetros, quita el pie del acelerador.

—Pero después tenemos que encontrar esa maldita Bellevue. No tengo ni idea del lugar donde está.

—La gente del pueblo lo sabrá. Oye, Leo, ¿no te parece que todo esto es una locura? Sólo porque a mí se me ocurrió hacerte una broma...

—Conozco a Ellie, Peter. No se trata de que me meta o me meta los cuernos...

—¡Te repito que eso sólo era una broma!

—¡Ya lo sé! ¡Llevamos haciéndonos esas estúpidas bromas una docena de años! Lo que intento decirte es que Ellie estaba obsesionada con el problema del tipo barbudo encerrado en una celda de la institución psiquiátrica.

—Sí, ya me lo dijiste. Y entiendo la preocupación de la chica, hasta puede que tengas razón en sus sospechas, pero de ahí a venirse sola...

—Tú no la conoces.

—Hace cuatro años que soy compañero de ella, igual que tú.

—No es lo mismo tomar un café en la sala de profesores, que... que...

—Sí, sí, ya te entiendo.

—¡No, idiota, no me entiendes! No es lo que tú piensas. Quiero decir que... Bueno, lo que quiero decir es que yo la conozco mejor que tú.

—¡El desvió!

—Ya lo he visto. Y que la conozco lo suficiente como para saber que si no está en su casa a estas horas es porque se ha venido a

Bellevue.

—¿Y qué vamos a hacer cuando lleguemos? ¿Tocar el timbre y preguntar al portero si ha visto entrar a Eleanor Humbler, que iba a liberar al tipo barbudo que estaba encerrado en la celda del sótano?

—Decidiremos sobre la marcha.

—«Decidiremos sobre la marcha». Tú has visto demasiadas películas de pistoleros... ¡Y hasta llevas un revólver en el bolsillo!

—No creo que lo necesitemos, pero es mejor estar preparado. ¡Mira, allí hay un viejo! Baja el vidrio y pregúntale dónde está Bellevue.

—Oiga, ¿podría decirme por dónde se va a Bellevue?

—¿Cómo dice?

—¡Que por dónde se va a Bellevue, la clínica psiquiátrica!

—No le oigo.

—Adelante, Leo. Éste es sordo.

Capítulo XVII

CON un estruendo, cayó la puerta del dormitorio.

—¡Está en el servicio! —Oyó Eleanor que decía Sollier, tras unos segundos en los que constató que ella no se ocultaba en la habitación.

Gordon gruñía y emitía sonidos incoherentes, que delataban su extremado nerviosismo.

—¡En el servicio, te digo, idiota! ¡Echa la puerta abajo!

Apretada contra la pared más alejada de la puerta, Eleanor esperaba aterrada el momento en que la última barrera defensiva cayera y el monstruo se precipitara sobre ella.

Oyó gritar a Gordon como nunca lo hiciera antes. Ahora parecía enfurecido.

—¡Allí, en el servicio! —vociferaba Sollier—. ¡La chica está allí, voltea la puerta y será tuya!

Pero nada pasaba en la puerta.

—¿Qué haces? ¿Estás toco? —Oyó Eleanor que gritaba Sollier con voz atemorizada.

Un rugido del monstruo.

—¡Déjame! ¡Te digo que la chica está allí!

Un grito de Sollier y gruñidos y jadeos.

—¡No! ¡Déjame! ¡Nooo!

Después el ruido de un cuerpo al caer y silencio.

La mente de la chica, aunque paralizada como todo su cuerpo por el terror, podía imaginar lo que acababa de ocurrir en el dormitorio. Como un nuevo Frankenstein, Sollier había creado un monstruo y muerto a manos de él.

Pero el silencio que permitía pensar a Eleanor se quebró muy pronto. La puerta del cuarto de baño comenzó a ser sacudida.

«Ha llegado mi hora», pensó ella, intentando que su cerebro pudiera formar las palabras de una oración.

La puerta comenzó a ceder.

«¿Cuánto me queda? ¿Un minuto? ¿O sólo unos segundos?».

Con un tremendo estrépito la puerta fue arrancada de sus goznes y ella instintivamente se apartó para que no le cayera encima.

Tras la puerta se abalanzó sobre ella el monstruo con su desnudo cuerpo lleno de sangre.

«Ya es el final».

Cogiéndola por un brazo la arrastró brutalmente fuera del servicio, obligándola a seguirlo al dormitorio. Ya en él, la arrojó sobre el lecho y se echó encima, mientras le arrancaba los pantalones.

Eleanor tuvo una visión del monstruo intentando la consumación del horror y de un disparo o varios disparos, que sonaban cada vez más cerca. Y entonces se desmayó.

Epílogo

WELLRIGHT estaba sentado tras su escritorio y, frente a él, Eleanor y Leo.

—Bien —estaba diciendo al psiquiatra—, por lo que a mí respecta, sólo seguiré viendo a Eleanor por el placer de su compañía.

—Pero, doctor —se preocupó Leo—, sólo ha pasado un mes desde esa horrible noche vivida por Ellie en Bellevue, ¿no cree usted que es demasiado pronto...?

—¿Para dar por terminada nuestra vinculación psiquiátrica? No, no es demasiado pronto. Es más, yo diría que fue precisamente esa horrible noche cuando Eleanor superó todos sus complejos. Se vio enfrentada a peligros y terrores que hubieran desequilibrado la mente más normal y ella, en lugar de hundirse en la fantasía para rechazar tan espeluznante realidad, le hizo frente en todo momento y con gran inteligencia, hasta lograr la victoria final.

—Victoria que, justo es reconocerlo —intervino la chica por vez primera—, obtuvo Leo, ya que, de no haber llegado tan a tiempo...

Se interrumpió, echando hacia atrás sus cabellos porque el recuerdo del monstruo echado sobre ella era demasiado horrible para ser mencionado, excepto como catarsis, cosa que ya había hecho durante las sesiones que mantuviera todo ese mes con el doctor Wellright.

Prefirió desviar la conversación.

—Ha quedado claro, doctor —dijo—, que las apariciones de la Muerte no eran más que fantasías de mi mente que se consideraba culpable de la muerte de mis padres...

—Desde el primer momento de nuestra vinculación usted había arribado a ese exacto diagnóstico —sonrió Wellright.

—De acuerdo, doctor, aunque estuve a punto de morir por culpa de mis propias fantasías. Pero hay otras visiones que no tengo tan

claras, las ocurridas en Bellevue concretamente.

—¿Se refiere usted a la sangre que salía de la ducha, las ratas y la aparición de la Muerte?

—Sí, a ellas me refiero.

—Bien —el psiquiatra se arrellanó en su sillón—, aunque se ha dado gran publicidad a los llamados «Crímenes del manicomio» y usted es una especie de heroína nacional por haber esclarecido la verdad sobre lo que ocurría en Bellevue, hay algunos detalles que no han trascendido a la prensa y que pueden ayudar a esclarecer sus dudas —hizo un gesto de disculpa—. Ya saben ustedes —continuó— que los médicos nos defendemos entre nosotros. Por eso se ha evitado dar a luz todo lo evitable, como una forma de proteger la profesión. En fin, vamos a los hechos. Pulitzer venía observando con temor desde hacía tiempo las investigaciones que realizaba Sollier...

—¿Era Sollier tan genio como se dice? —interrumpió Leo.

Wellright asintió con la cabeza y después dijo:

—Sí, lo era; lo que hace doblemente lamentable lo ocurrido. Hubiera sido un segundo Freud en el campo de la sexualidad, pero, sea por exceso de trabajo o por alguna malformación genética, su mente se perturbó. Parece ser que lo que comenzó siendo investigación terminó siendo aberración. Sollier disfrutaba viendo a sus monstruos... —se interrumpió con un gesto de disculpa—. Creo que no es necesario abundar en esos desagradables detalles —dijo, continuando—: Como antes dije, Pulitzer sospechaba la verdad. Más aún, estaba prácticamente seguro, porque así lo ha dejado escrito en su diario encontrado en la caja fuerte de Bellevue por la policía, que Sollier estaba incurablemente loco...

—¿Y por qué no lo denunció a las autoridades o hizo lo que tenía que hacer con él? —volvió a interrumpir Leo.

—Porque le queda mucho como amigo y le admiraba aún más como investigador. Querer y admirar a Sollier fue la culpa de Pulitzer, que pagó tan duramente con su vida y la de Hilda, su compañera de muchos años.

—Mis visiones, doctor —recordó Eleanor sonriendo.

—Cierto. Vamos a ellas. Pulitzer llegó a un acuerdo con Sollier le permitiría algunas pocas horas de libertad para que realizara experiencias inofensivas y el resto del tiempo permanecería encerrado en la celda de la que usted lo liberó.

—En mala hora.

—Tal vez haya sido mejor así. Acabar de una vez, aunque haya habido algunas víctimas inocentes que, o mucho me equivoco, o hubieran muerto de todas formas. Y es muy posible que hubiese habido aún más muertos. En fin, a las visiones. La policía piensa que es difícil lo de la sangre en la ducha porque habría exigido una preparación muy dificultosa. En principio, lo de la sangre queda como una trampa de su mente. Pero lo de las ratas y la aparición de la Muerte, casi puedo asegurar que fueron «bromas» de Sollier.

—¿Por qué hacerme eso?

—No olvide, Eleanor, lo que antes dije: Sollier sufría graves aberraciones sexuales. Una guapa joven como usted tenía que ser una constante tentación para él. Y esos horrores una forma de satisfacer sus sentidos perturbados.

—Pobre diablo —dijo Eleanor como para sí misma—. Y pensar que era un genio... Que Dios tenga a todos esos pobres muertos en su gloria.

Y ése fue el último epitafio para todos los muertos de Bellevue.

Ya en la calle, Leo abrazó a la chica, ante el escandalizado asombro de varias señoras y murmuró en su oído:

—Nunca más habrá cabida para el miedo en tus noches, querida, porque en ellas estaré siempre yo para llenarlas de amor.

Ella respondió a las palabras con un apasionado beso, lo que aumentó el escándalo y los comentarios indignados de las señoras.

Pero ellos no se enteraron. Estaban por encima de la maledicencia, de la envidia, del odio y hasta del miedo. Habían vencido para siempre al miedo.

Porque estaban llenos de amor.

FIN

Notas

[1] El nombre de la discoteca *Body and Soul*, significa «Cuerpo y Alma», de ahí el juego de palabras. < <